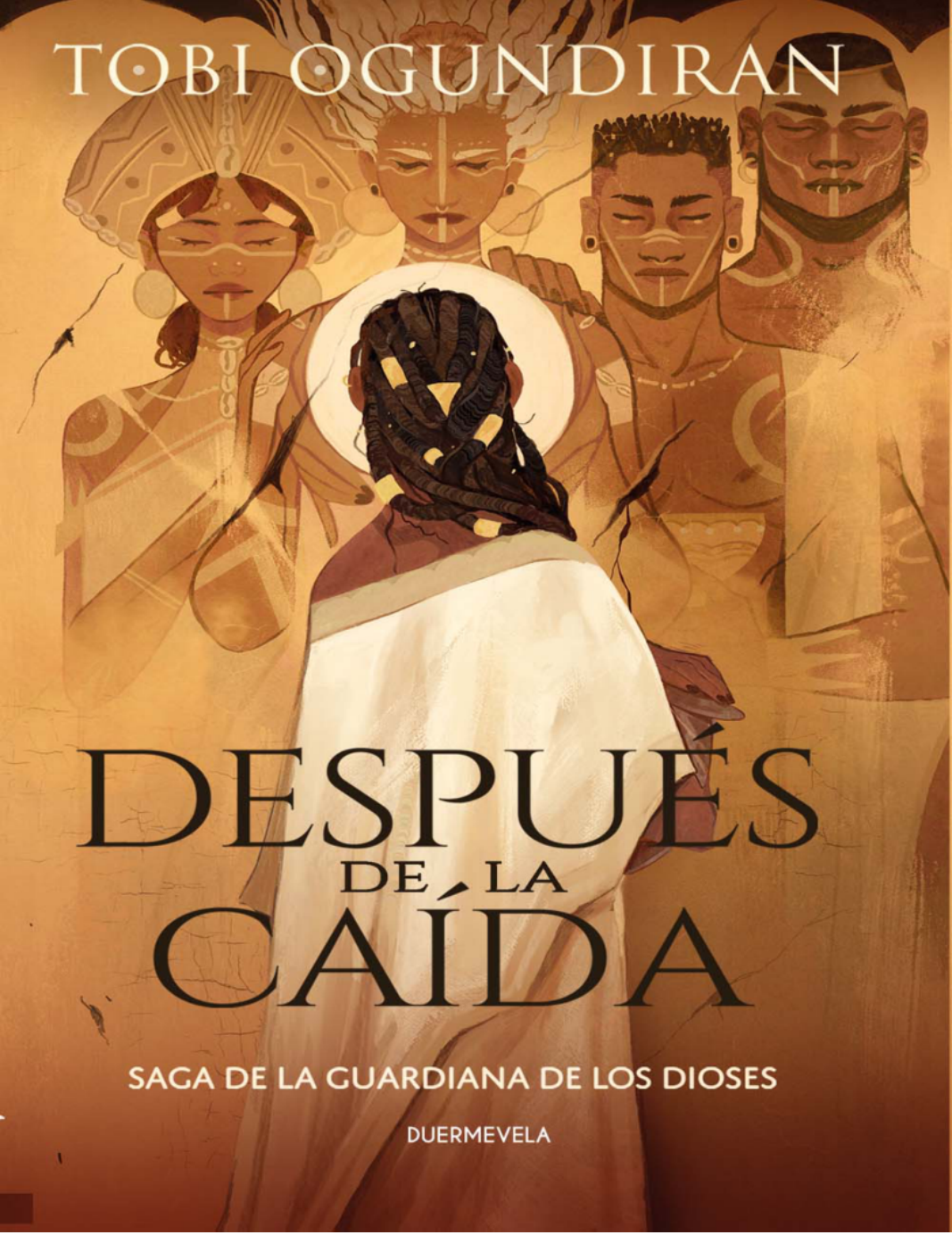
TOBI OGUNDIRAN



DESPUÉS DE LA CAÍDA

SAGA DE LA GUARDIANA DE LOS DIOSES

DUERMEVELA

DESPUÉS DE LA CAÍDA

Tobi Ọgundiran

~ Saga guardiana de los dioses ~

DESPUÉS DE LA CAÍDA

Traducido por

Rebeca Cardeñoso Viña

Corrección por

Olaya González Dopazo

Título original: In the Shadow of the Fall
© Tobi Ogundiran, 2023

Todos los derechos reservados

© de la traducción: Rebeca Cardeñoso, 2024
© de la corrección: Olaya González Dopazo, 2024
© de esta edición: Duermevela Ediciones, 2024

Ilustración de la cubierta: © Marina Vidal, 2024
Diseño y maquetación: Almudena Martínez

Calle Acebal y Rato, 3, 33205, Gijón
www.duermevelaediciones.es

Primera edición: octubre de 2024

ISBN: 978-84-128906-5-5
Producción del ePub: booqlab

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para mis queridos hermanos,
Ope y Victor,
mis compañeros de travesuras y maldades.

De entre todos ellos se alzó uno,
un hombre que llevaba el sello de la muerte en la frente,
y en la mano derecha sostenía una cimitarra terrible
con la que quebró el mundo.

Inscripción encontrada en una losa en las ruinas de Ilé-Ife

Mas, si en verdad no existen,
o no les importan los asuntos humanos,
¿a qué vivir en un mundo vacío de dioses
o vacío de providencia?

Marco Aurelio, *Meditaciones* (traducción de Miquel Dolç)

UNO

Sola en el corazón de la arboleda sagrada, Ashâke levantó la antorcha y escudriñó la oscuridad.

Los árboles eran antiguos, centenarios, y sus enormes ramas blancas estaban cubiertas de musgo. Los sacerdotes contaban que esos árboles ya eran viejos cuando los orishas caminaban sobre la tierra, y todavía seguían en pie. A Ashâke le costó librarse de la sensación de que la observaban, como siempre que acudía allí, y dedicó un momento a girar sobre sí misma, esforzándose por ver algo en la oscuridad más allá de los árboles. Si había algo allí, si había alguien allí, no podía verlo.

Se pasó la lengua por los labios resecos. «A lo mejor son los orishas los que me observan. Mientras me esperan». El pensamiento la hizo estremecerse. Seguro que sabían lo que estaba a punto de hacer…

Se acercó al árbol más grande, un enorme baobab blanco que se inclinaba sobre el río. Medía más de veinticuatro metros de alto, y tenía la corteza tan arrugada que parecía que alguien hubiera tallado un anciano rostro apergaminado en él. Se podía calcular la edad de un baobab blanco contando las hojas que le quedaban; este no conservaba ninguna, sus ramas extrañamente desnudas brotaban del tronco inmenso. Ashâke clavó la antorcha en la tierra blanda junto a sus raíces. Dejó la bolsa al lado, pesada por culpa del tablero de adivinación y los cauris, y del tomo que había robado de la biblioteca, el que le había enseñado cómo hacer lo que tenía planeado.

Ashâke sintió un escalofrío. Era una locura construir un idan para invocar y encadenar a un orisha. Pero la culpa era suya. Era todo culpa suya, por negarse a hablar con ella, por negarse a elegirla a ella cuando habían seleccionado a sus compañeros, por elegir a los otros.

El aullido de una ráfaga de viento recorrió el bosque. Ashâke levantó el rostro y vio nubes de lluvia iluminadas por relámpagos intermitentes. «Shangó entrechoca sus hachas», pensó. Unos pocos latidos después, un trueno ensordecedor agrietó el cielo, y en algún lugar de la arboleda se escucharon los graznidos asustados de los cuervos. ¿Un mal augurio? Ashâke esperaba que no. Shangó se

enfurecía rápido, pero no era a él a quien buscaba, al que quería invocar. Estaba desesperada, pero no quería morir. Shangó la destruiría a la menor oportunidad. Casi podía imaginarse a sus compañeros, ver sus expresiones burlonas cuando descubrieran su suerte. Y los sacerdotes ¿chasquearían la lengua y sacudirían la cabeza, murmurando que la incapacidad de la pobre Ashâke para oír a los orishas la había empujado hasta tales extremos?

Ashâke apretó los dientes y alejó las voces de su mente. No tenía sentido mortificarse con pensamientos negativos. Centró su atención en el árbol, en la gran fisura entre sus raíces. Para un ojo no entrenado podría parecer una fisura normal, una rama caída que se había ido pudriendo a lo largo de las estaciones; pero había sido Ashâke quien le había dado ese aspecto. Entre gruñidos de esfuerzo, empezó a apartar la suciedad (hojas de palma podridas, hojas secas y tierra) para revelar…

Eshu, señor de los caminos y las encrucijadas, el orisha mensajero, se alzaba ante ella. O su efigie al menos. Todos los orishas mayores tenían efigies en el templo, enormes figuras de bronce que poblaban las paredes del Santuario Interno. Pero esta estatua no era como aquellas. Para empezar, estaba hecha de arcilla blanca que Ashâke había sacado poco a poco del lecho del río, zambulléndose en el agua fría noche tras noche y tamizando con cuidado la tierra, y después atravesando a trompicones la arboleda, calada hasta los huesos, para regresar al templo antes de que sonara la campana del amanecer. Muchas lunas de trabajo la habían conducido hasta ese momento, al idan que tenía ante sí, tallado con el lenguaje de vinculación. Una vez llevara a cabo el último ritual, por fin, la efigie contendría la esencia de Eshu. Le haría sus preguntas, y el orisha no tendría más remedio que responder.

Entonces, ¿por qué dudaba? ¿Por qué le temblaban las manos y se le aceleraba el corazón? Los ojos vacíos de Eshu la observaban, y a Ashâke le parecía que la curvatura de sus labios sugería una sonrisa.

«Estás asustada». La voz de Simbi resonó con claridad en su cabeza. «Lo que buscas es peligroso. Todavía estás a tiempo de detenerte».

Y, después, ¿qué? Regresar implicaría aceptar su fracaso, condenarse a sí misma a… ¿cuántas estaciones más de ridículo? Sus compañeros ya llevaban cinco estaciones de sacerdocio. Y ella seguía ahí, atascada como acólita, expuesta a las burlas de los renacuajos que habían venido después y se consideraban sus iguales.

No. Tenía que descubrir por qué los orishas se negaban a hablar

con ella, en qué había fallado.

—Vale —dijo, y respiró despacio para calmarse—. Lo que debe hacerse, debe hacerse bien.

Ashâke colocó dos manojos de palitos de madera de dioses en las manos extendidas del idan y los prendió. Al arder el incienso, el humo ligeramente dulce le hizo cosquillas en el fondo de la garganta. Acto seguido, cogió el cuchillo y se hizo un corte en la palma de la mano. Escocía, ahogó un gemido cuando la sangre brotó del corte recién hecho. Cuando se le llenó la mano de sangre, la vertió sobre las llamas, que sisearon; el humo se volvió negro y acre y sintió el olor penetrante del cobre en la garganta.

—Eshu Elegua —recitó—. Señor mensajero de los orishas. Aquel al que conducen doscientos cincuenta y seis caminos. Aquel cuyos caminos son innumerables. Te vinculo con ashé, que me concede la vida. Te invoco con el aliento de Obatalá. Preséntate. Preséntate ante mí.

El viento gimió entre los árboles, y estuvo a punto de apagar el fuego. Ashâke esperó… Pero no ocurrió nada. ¿Por qué no funcionaba? Los glifos que había grabado en la efigie tendrían que brillar, pero conservaban el mismo tono blanco apagado. Ashâke dejó escapar un suspiro de frustración y apretó el puño sobre el fuego otra vez, pero ya había parado de sangrar. Agarró el puñal ensangrentado y ahogó un nuevo gemido al clavárselo más profundo en la palma hasta que la sangre brotó de nuevo y se derramó con un silbido sobre las llamas.

—Eshu Elegua. Señor mensajero de los orishas. Aquel al que llevan doscientos cincuenta y seis caminos; aquel cuyos caminos son innumerables. Te vinculo con ashé, que me concede la vida…

Su mano se movió por voluntad propia y golpeó el brazo extendido de Eshu. El brazo se rompió y cayó rodando al suelo, y la madera ardiente se apagó.

—Pero ¿qué?

Ashâke dejó escapar un grito ahogado justo cuando su mano golpeó el otro brazo de Eshu. Este salió volando, dando vueltas en la oscuridad, hasta que cayó al río con un chapoteo.

La joven se quedó inmóvil, parpadeando e intentando comprender lo que acababa de ocurrir. Un latido, dos, tres…

La estatua estalló en llamas.

Ashâke aulló y saltó hacia atrás. Tropezó con una raíz y agitó los brazos con desesperación para detener la caída. Se retorció en el último momento y se desplomó con tanta fuerza que se le cerró la

mandíbula del golpe y le subieron oleadas de dolor por los brazos. Gritó. La estatua al completo estaba incandescente, las llamas subían más y más, y lamían el gran baobab blanco. Era un fuego antinatural, y en él vio…

Vio un vestíbulo en llamas, cada centímetro cubierto por un fuego dorado. Vio una mesa, y sentadas tras la mesa había sombras, espacios vacíos con forma de hombre, que ni siquiera esas llamaradas furiosas podían consumir. Escuchó voces, y todas pronunciaban su nombre, todas la llamaban. De la oscuridad surgieron muchas manos que trataron de agarrarla, de descuartizarla. Ashâke sintió como si la hubieran estirado, como si hubiera cosas en su cabeza, cosas que no deberían estar ahí.

—¡BASTA! —gritó—. ¡BASTA! ¡LO SIENTO!

Se puso de pie y echó a correr, huyendo de las voces y de las cosas que intentaban agarrarla. Se había excedido. ¿Cómo había sido tan soberbia de creer que podría encadenar a un orisha? Había enfadado a Eshu, los había enfadado a todos, y los orishas eran, ante todo, vengativos.

El suelo se desvaneció bajo sus pies y cayó, cayó rodando por la escarpada orilla del río, chocando una y otra vez con la pendiente. Cayó al agua salpicándolo todo, y se golpeó la cabeza contra una rama retorcida.

La oscuridad la reclamó.

DOS

Un rostro alargado se inclinó sobre ella. El ojo izquierdo estaba cubierto por un parche viejo y mugriento, el derecho la valoraba con cierta curiosidad. De una mata de pelo gris blanquecino, como la barba de un chivo, salía una pipa de hoja de luna que parecía una rama. Un rostro peculiar, pero uno que Ashâke reconocería en cualquier parte.

—Ejem. Buenas noches. —Ba Fatai, el curandero, frunció el ceño —. Aunque pasan dos horas de la medianoche, y hasta las lechuzas guardan silencio. Así que debería desearte los buenos días.

Ashâke gimió al intentar incorporarse.

—¡Oye!, no intentes moverte todavía —la increpó, mientras la empujaba contra la cama con sus manos huesudas—. No queremos que se te suelte el cerebro, aunque de eso debes ir bien justita. Es la única explicación para lo que has hecho.

Le dolía todo. Le dolía muchísimo. Le palpitaba la cabeza como si se la hubiera roto contra aquella raíz, y el vendaje que le había puesto Ba Fatai parecía empeorar el dolor. Era como si un par de egbere malvados le estuvieran dando martillazos dentro del cráneo. Intentó aflojarse la venda y Ba Fatai le apartó la mano de una palmada.

—Que no te muevas. —El curandero se quitó la pipa de la boca y se la ofreció—. Para el dolor. Tres caladas.

Ashâke aspiró, y el humo le llenó la boca y los pulmones. Consiguió dar dos caladas antes de estallar en toses explosivas y que los egbere reanudaran sus martillazos.

—Agua —graznó.

Ba Fatai se desvaneció, para reaparecer un momento después con una taza de agua. Se le escurrió por la barbilla mientras bebía con ansia. Una vez calmó su sed, Ashâke se hundió en la cama de nuevo con un suspiro.

Estaba en los dominios del curandero. No recordaba la última vez que había estado allí (quizás cuando tenía trece estaciones y había comido unas setas venenosas con Simbi). De las paredes colgaban las mismas máscaras de madera que entonces, y sus ojos hundidos la

miraban con desaprobación; en los mismos calderos de bronce y peltre burbujeaban idénticas pócimas, y sus vapores, por no mencionar la peste espantosa de las hojas de luna, saturaban el aire y la sofocaban. Ashâke se preguntó si los fuegos se apagarían alguna vez; parecía que el curandero siempre estaba preparando alguna poción.

Había creído que se había muerto.

—¿Quién…?, ¿quién me encontró? —preguntó con voz ronca.

—¿A ti qué te parece? En todas mis estaciones he conocido muchos acólitos estúpidos, pero tú, querida, te llevas la palma —resopló el curandero—. Debes contar con el favor de los orishas. Estaba recolectando hojas de luna cuando te encontré, o más bien te oí gritar. Qué cosa tan curiosa, ¿verdad? Porque, verás, las hojas de luna no crecen en la parte del bosque en la que te encontré. Lo sé bien, pero aun así fui hasta allí. Y yo nunca recorro esa parte del bosque. —La fulminó con la mirada a través del ojo bueno—. ¿Por qué será? ¿Por qué no recorro esa parte del bosque?

Ashâke tragó saliva y apartó el rostro.

—Porque es la arboleda sagrada —murmuró—. Solo los sacerdotes y la Suma Sacerdotisa van allí.

—¡Ah! Y yo que pensaba que eras una inculta. Al final va a resultar que solo eres una estúpida.

Estúpida, desesperada, furiosa. Todo dependía del punto de vista. Ashâke esperó a la siguiente pregunta: ¿qué estaba haciendo allí? Si Ba Fatai la había sacado del agua, debía haber visto la estatua en llamas, la daga y su bolsa con el libro robado…

La mirada del curandero viajó despacio hasta la bolsa vacía que había sobre la mesa, y después regresó a ella.

—Sí —refunfuñó—. Una estúpida.

En ese momento llamaron a la puerta. Ba Fatai se levantó del taburete con un gruñido y cojeó hasta la puerta, para desaparecer tras la cortina de abalorios. Un cerrojo que giraba, un crujido de bisagras, y después unas voces ahogadas. Ashâke intentó escuchar, pero no entendía las palabras, aunque no era difícil adivinar quiénes eran ni lo que querían.

—Te quieren a ti —dijo Ba Fatai un momento después, cuando regresó a la estancia—. Los sacerdotes. Parecían sabuesos en un banquete, pero los he mantenido a raya, de momento.

—Gracias —murmuró ella.

—Descansa. Por la mañana habrá problemas.

~

Los problemas no esperaron a la mañana. Alguien sacudió la puerta a golpes. Una, dos, tres veces. Ashâke se sentó de un salto, arrancada del estupor provocado por las hojas de luna.

—¡Voy! ¡Ya voy! —gritó Ba Fatai, arrojando una espátula sobre la mesa. La espátula se deslizó y volcó un decantador pequeño que derramó su contenido negro en el suelo. Ba Fatai maldijo y volvieron a golpear la puerta. Más alto. Con más fuerza—. ¡Que los orishas os lleven! ¡Es una puerta, no un tambor!

En cuanto la abrió, la sacerdotisa Essie se abrió paso a empujones, con las fosas nasales dilatadas y buscando a Ashâke con la mirada. Llevaba un atuendo blanco y en el cuello un collar de tres vueltas de conchas de coral que indicaba su posición como sacerdotisa de alto rango, tenía el pelo recogido en trenzas tan tirantes que le estiraban las cejas.

—Todavía no está recuperada —dijo Ba Fatai, e intentó bloquearle el paso.

—A mí me parece que está lo bastante bien —respondió la sacerdotisa—. Lo bastante bien para responder a mis preguntas.

—No está en condiciones de moverse. Aún debo determinar si hay sangrado interno en la cabeza. Cualquier movimiento equivocado, o demasiada excitación, y podría caer muerta…

—Si cae muerta —dijo Essie, masticando las palabras—, será porque se lo ha ganado.

El silencio siguió a sus palabras, roto solo por el borboteo de las numerosas pociones de Ba Fatai.

—Vete, sacerdotisa —gruñó Ba Fatai—. La acólita está a mi cuidado y, por tanto, bajo mi protección. No puedes llevártela.

La sacerdotisa enarcó las cejas aún más.

—¿Vas a desobedecer a la Suma Sacerdotisa? ¿Tendré que decirle a la Madre de los Misterios que la has desobedecido?

¿La Suma Sacerdotisa? Mierda. Ashâke podía contar con los dedos de una mano las veces que había visto a la Suma Sacerdotisa a lo largo de sus veintidós estaciones en el templo. Rara vez abandonaba el Santuario Interno y no parecía preocuparse por los entresijos de la vida diaria del templo; ese era más bien el dominio de la sacerdotisa Essie. Ashâke sabía que tenía problemas, que tendría que pagar por lo que había hecho. Pero ¿que la Suma Sacerdotisa en persona requiriese su presencia? Aquello no prometía nada bueno. Se preguntó si sería buen momento para fingir un desmayo.

—Bueno, por supuesto —dijo Ba Fatai—, nunca desobedecería a la Suma…

—En ese caso, te sugiero que te apartes y vuelvas a tus… —Essie echó un vistazo a la estancia, con una expresión de desprecio apenas disimulada en el rostro— brebajes, y dejes los asuntos de importancia a los sacerdotes. ¿De acuerdo? —Sin esperar respuesta, se volvió hacia Ashâke—. Tú. Conmigo. Ahora.

Ashâke miró hacia Ba Fatai, pero este se encogió de hombros. No la ayudaría más. Había hecho todo lo que había podido. La joven se levantó, trastabilló mientras la habitación daba vueltas a su alrededor, y salió de allí arrastrando los pies con la sacerdotisa detrás.

A través de las altas ventanas del pasillo, Ashâke divisó cómo el tono negro tinta del cielo daba paso al azul celeste de la mañana. Los salones estaban vacíos, y mientras los cruzaban era difícil no imaginarse que caminaba hacia su muerte. Su castigo sería rápido y severo, de eso no cabía duda. Era la incertidumbre del tipo de castigo que le impondrían lo que le preocupaba. No era como si se hubiera saltado el toque de queda para acudir a una cita a medianoche; había construido un idan. Había intentado invocar y encadenar a un orisha. Todo habría valido la pena si lo hubiera conseguido, si hubiera sido capaz de hablar con uno de ellos al fin. Pero en vez de eso…, no. No quería pensar en ello.

Atravesaron un patio en el que dos acólitos en horario de mañana dormitaban apoyados en las escobas. Essie les ladró y se pusieron en marcha de un salto, mascullando mientras barrían el polvo y las hojas caídas del suelo de piedra.

Pronto se detuvieron ante las gigantescas puertas que conducían al Gran Auditorio.

—Adelante.

Ashâke entró. El auditorio era inmenso, el techo ligeramente curvado culminaba en una cúpula que dejaba entrar la luz desde arriba. Las paredes eran una sucesión ondulante de esculturas en bajorrelieve: contaban la historia de la creación del mundo, desde el primer momento en que Obatalá arrojó un puñado de arena en el mar Eterno para crear el continente hasta la creación de las primeras personas, y la construcción de la torre de los orishas que conectaba Ayé con Orun. A veces, cuando la luz incidía en el ángulo correcto, parecía que las paredes cobraban vida, las escenas dejaban de ser imágenes estáticas de piedra y se transformaban en seres vivientes que respiraban. Era el lugar favorito de Ashâke en el templo, en el que se sentía más cercana a los orishas. En el centro del auditorio, cinco sillas formaban un semicírculo. A Ashâke se le cayó el alma a los pies al identificar a los presentes: a la derecha del todo el sacerdote Jegede,

que hablaba en voz baja con el sacerdote Dunsin con expresión preocupada; frente a ellos, la sacerdotisa Tokunbo. El asiento a su lado estaba vacío. En el centro del semicírculo, Iyalawo, la Suma Sacerdotisa. Vestía de azul medianoche, y ocultaba su rostro tras una máscara de bronce. Ashâke nunca había vislumbrado el rostro que ocultaba la máscara, ni tampoco nadie que ella conociera. Entre los acólitos corría el rumor de que no era mortal del todo, que la esencia de un orisha corría por sus venas. Cualquiera que fuera el motivo, un aura indescriptible rodeaba a la Suma Sacerdotisa, y la máscara alimentaba ese aire de misticismo.

La sacerdotisa Essie se deslizó hacia las sillas, inclinó la cabeza ante la Suma Sacerdotisa en señal de respeto y ocupó su lugar.

En el silencio posterior, cinco pares de ojos se posaron en Ashâke. Y pensar que solo unas horas antes no había sido más que una entre cientos de acólitos, que no merecía ninguna atención especial, si se ignoraba el doloroso hecho de que llevaba cinco estaciones sin conseguir ordenarse como sacerdotisa. Y ahora… ahora los sacerdotes de mayor rango se congregaban por su culpa de madrugada.

La sacerdotisa Essie se aclaró la garganta y se inclinó hacia delante.

—La vinculación de…

El sacerdote Dunsin estalló de repente en una tos seca que duró un largo minuto y lo dejó sin aliento.

La sacerdotisa Essie le lanzó una mirada asesina.

—¿Desea el sacerdote… ser disculpado?

—No, no —jadeó él, sacudiendo una mano mientras hurgaba en su túnica con la otra. Sacó un pañuelo, escupió en él, observó el contenido con el ceño fruncido y lo guardó de nuevo—. Es la temporada de lluvias. Le hace algo a mis pulmones. Continuad, continuad…

La sacerdotisa Essie se volvió hacia Ashâke.

—La invocación y vinculación de un orisha es un ritual arcaico, uno del que ni los sacerdotes veteranos saben demasiado, y mucho menos han osado realizarlo. ¿Dónde descubriste su existencia? ¿Dónde descubriste cómo llevarlo a cabo?

Ashâke tragó saliva. «Me colé en la sección prohibida de la biblioteca, robé un libro y lo transcribí palabra por palabra». Pero eso no podía contárselo. Ya tenía bastantes problemas sin que lo supieran.

—¡Acólita! —la voz de la sacerdotisa Essie chasqueó como un látigo—. ¡Responderás cuando se te hable! ¿Dónde descubriste el ritual de vinculación?

Ashâke se aclaró la garganta.

—Eh… No puedo decirlo, sacerdotisa.

—¿No puedes?… —Parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas—. ¿A ti te parece que esto es algún tipo de broma, que puedes elegir no contestar mis preguntas? ¿Eres consciente de la gravedad de tu situación?

—Lo soy, sacerdotisa —respondió Ashâke—. Y no pretendo ser irrespetuosa. Es solo que… no puedo decirle dónde aprendí el ritual de vinculación porque no lo recuerdo.

—¿No lo recuerdas?

—Sí. Cuando… me caí, me golpeé la cabeza y… me resulta difícil recordar algunas cosas.

Era mentira, por supuesto, y la expresión de la sacerdotisa indicaba que no se creía ni una palabra, que sabía que Ashâke mentía. Pero no había manera de demostrarlo, sí que se había caído, y se había golpeado la cabeza…

—Comprendo… —dijo la sacerdotisa Essie.

—Lo siento, sacerdotisa. La mayoría de mis recuerdos están borrosos.

Essie dejó escapar un suspiro de frustración, y le tembló la mandíbula.

—¿Hay algo que sí recuerdes?

Fuego. Las voces. Las manos.

—Caer. Recuerdo caer.

La sacerdotisa se hundió en la silla, el pecho le subía y bajaba.

—No hay problema —respondió con una tranquilidad helada—. Permite que te refresque la memoria: te encontraron fuera después del toque de queda. Habías profanado la arboleda sagrada. Habías construido un idan y hecho un intento chapucero de invocar y vincular a un orisha; uno que culminó en la quema y posterior muerte de un árbol sagrado. No pensaste en tus acciones… o quizás sí lo hiciste y simplemente no te importó. Te pusiste en peligro a ti misma, y también a todos los que vivimos en el templo. Por último, y lo que es más importante, aún no has mostrado el menor remordimiento. —La sacerdotisa Essie cogió aliento y se volvió hacia el resto de los sacerdotes—. Un acto execrable. Esto es lo que propongo: que se la destierre de este templo, para que no pueda corromper al resto de los acólitos. Que la maldigan todos los sacerdotes de los Diez Reinos. Es obvio que los orishas no encuentran un uso para ella, y nosotros tampoco deberíamos.

—¡No! —gritó Ashâke, y cayó de rodillas—. Por favor…

—¡Hablarás solo cuando te hablen, nada más!

Las lágrimas le inundaron los ojos, se los restregó. No podían… No podían pretender desterrarla de verdad. No después de todas sus estaciones de servicio. Ella, igual que el resto de los acólitos, había llegado al templo de niña. No recordaba una vida fuera de esas paredes, ¡ni siquiera recordaba a sus padres! No conocía nada más. Irse de allí sin haberse convertido en sacerdotisa sería la peor deshonra. Su vida no tendría ningún propósito. Era un destino peor que la muerte.

—¡Estaba desesperada! —gritó.

—He dicho… —comenzó Essie.

—Déjala hablar —dijo Tokunbo—. Escuchemos lo que la acólita tiene que decir.

Se había prometido a sí misma no hacer aquello nunca, no dejar que nadie viera jamás cuánto dolor y cuánta vergüenza le provocaba su situación. ¿No había soportado ya infinitos rumores y burlas? Pero ahí estaba, de rodillas, suplicando por una vida en el templo, una vida de servicio, por muy tortuosa que fuera. La invadía un profundo sentimiento de vergüenza, pero se obligó a mirar a cada sacerdote a los ojos por turnos.

—Tengo veintidós estaciones. Debería haberme ordenado hace cinco. Todos lo saben. Lo que no saben…, lo que no pueden saber es lo que se siente al ser la única acólita ignorada por los orishas, lo que se siente al preguntarse una y otra vez qué has hecho para merecerlo. Lo he hecho todo, he estudiado más que ningún otro acólito, me atrevería a afirmar. Me he dedicado a servir. No hay nada que desee más que servir a los orishas, pero ¡no puedo hacerlo si no me hablan!

¿Cuántas veces había estado en ese mismo vestíbulo, observando primero cómo sus compañeros y luego los más jóvenes entraban en el Santuario Interno y salían convertidos en sacerdotes? ¿Cuántas veces se había humillado ante las estatuas de los orishas, esperando, rezando para que la eligieran? ¿Cuántas veces había tenido que irse, incapaz de sacudirse la sensación de que había algo terriblemente equivocado en ella?

—Yo solo quería entender, preguntar por qué… —Inspiró por la nariz y se secó los ojos—. Fue una estupidez por mi parte; lo sé y lo siento muchísimo, pero, por favor…, no pueden expulsarme.

Silencio.

—Incluso ahora —señaló la sacerdotisa Essie con voz gélida— se atreve a decirnos lo que podemos y no podemos hacer.

—Vamos, vamos —intercedió el sacerdote Jegede—. No podemos

echarla. No se ha ordenado. Sabes que no liberamos a los acólitos en el mundo, y con buen motivo. Y, bueno… —Observó a Ashâke pensativo, mesándose la barba—. Puede que lo haya hecho todo al revés, pero sus intenciones eran puras…

—¿Puras? —exclamó Essie, como si fuera la palabra más ridícula jamás pronunciada—. ¿Es preciso que te recuerde que ha puesto en peligro las vidas de todos los que vivimos en el templo? Todos habéis visto el idan. ¡No se construyó en un día! Eso significa que se escapó noche tras noche. Podría haberse encontrado con cualquiera de… de ellos. ¿Cómo sabemos que los seguidores…?

—¡Sacerdotisa Essie! —la advirtió la sacerdotisa Tokunbo.

Los sacerdotes se sumieron en un silencio tenso mientras intercambiaban miradas cargadas de significado. Había algo que no le estaban contando, algo que no querían sacar a la luz durante su audiencia.

Los seguidores.

¿Qué seguidores? ¿Era eso lo que tanto les preocupaba, que pudiera haber descubierto el ritual de vinculación de… alguien? Pero ¿de quién?

Los acólitos tenían prohibido abandonar el templo si no lo hacían acompañados por un sacerdote. En apariencia, se hacía para que estuvieran centrados en su labor. Pero ¿y si era también para protegerlos? ¿Y si Ashâke, en su misión para escuchar a los orishas, los había puesto a todos en peligro de verdad?

Fuego. Voces. Manos.

El sacerdote Dunsin volvió su mirada llorosa hacia Ashâke.

—¿Había alguien más… ahí fuera contigo?

—¡No! —gritó Ashâke, sacudiendo la cabeza—. Estaba yo sola. Lo juro.

—Pensaba que no te acordabas —dijo la sacerdotisa Essie—. ¿O ahora ya sí? Cuéntanos.

—Yo…

—¿Qué ocurrió?

Había sido la Suma Sacerdotisa quien había hablado. Todos se quedaron callados y la miraron estupefactos.

—¿Qué ocurrió cuando realizaste el ritual?

—Yo… —Ashâke no pudo articular palabra—. No funcionó. El… El idan estalló en llamas y… se me prendió la manga e intenté apagarla a golpes.

—Dejadnos —dijo Iyalawo.

Ashâke tardó un momento en comprender a quién se dirigía.

—Madre de los Misterios… —comenzó la sacerdotisa Essie, pero las protestas murieron en sus labios cuando la máscara de bronce se giró hacia ella. Inclinó la cabeza—. Como ordene.

Los sacerdotes se levantaron de las sillas, inclinaron la cabeza y salieron del vestíbulo. Las toses del sacerdote Dunsin lo acompañaron incluso al otro lado de las puertas.

—Acércate, niña.

Ashâke se incorporó y se acercó dos pasos, desde donde veía los ojos de la Suma Sacerdotisa brillar tras la máscara.

—Cuando yo era una niña —dijo Iyalawo—, hace muchas estaciones, mucho más joven de lo que eres ahora, caí desde un precipicio en los rápidos. Estaba convencida de que moriría. Cuando el agua me empujó hacia abajo, cuando la muerte irrumpió en mis pulmones, invoqué a cualquier orisha que me escuchase. Para que me salvase. Uno lo hizo. Los orishas siempre están escuchando. Puede que no te hablen, pero siempre están escuchando. —Hizo una pausa—. Entiendo cómo te sientes. Perdida, sin dirección. Pero a lo mejor hay un motivo.

—Perdóneme, pero soy incapaz de ver el motivo.

—Lo sé. —Iyalawo se levantó y redujo la distancia entre ambas—. Ahora te haré una pregunta, y quiero que lo pienses muy bien antes de responder.

—Sí, Suma Sacerdotisa.

—¿Qué fue lo que viste cuando llevaste a cabo el ritual?

INTERLUDIO I

~

Yaruddin

La ciudad de Skaggás asaltó a Yaruddin en cuanto se bajó del barco. Apestaba a pescado, a excrementos y al hedor nauseabundo de los seres humanos. Habían surgido cientos de puestos en la calle que salía del puerto, y cada vendedor intentaba opacar al anterior, vociferando sobre su mercancía a los viajeros recién llegados. El estruendo era irritante, y Yar deseaba acallarlo. Pero eso llamaría demasiado la atención, y si había algo que el Maestro les había enseñado era que nunca había que atraer la atención.

Yar dejó que el gentío lo adelantara en su camino hacia la ciudad propiamente dicha. Recordaba la época en que había sido poco más que una aldea, un grupo de casuchas miserables que acechaban a la sombra de las montañas Skaggási, cuando la gente pequeña subsistía gracias a lo que podían sacarles a sus granjas de azúcar de caña; sin embargo, en ese momento la ciudad estaba atravesada por carreteras anchas, y los edificios de piedra y barro cocido se elevaban alto hacia el cielo. Ese no era el Skaggás que Yar recordaba. Claro que el mundo había cambiado mucho después de la caída.

Cuanto más se adentraba en la ciudad, más sentía el pulso, una sutil tirantez en el pecho, como si un faro lo llamara. Lo había sentido desde que se había despertado, le permitía conocer la localización de sus hermanos y hermanas, repartidos por los Diez Reinos y más allá.

—¿Necesitas una habitación, baba?, ¿un sitio donde dormir?, ¿una prostituta? Conozco los mejores sitios. Y baratos.

Un joven de no más de trece años había acompasado sus pasos con Yar. Tenía la mirada hambrienta de los niños callejeros, pero sus ojos brillantes apuntaban a una vida dedicada a buscar comida en la calle. Llevaba un dashiki varias tallas más pequeño que lo hacía parecer un insecto embutido en un saco. Yar frunció el ceño ante el colgante que pendía de su cuello escuálido, una efigie toscamente tallada de un cazador y un perro: el símbolo de Ogun.

—Necesitaré una habitación —contestó Yar.

El chico le dedicó una sonrisa fugaz y asintió.

—Ven conmigo, baba.

La noche caía con rapidez y los habitantes de Skaggás invadieron las calles, algunos se arremolinaban alrededor de los puestos de suya ahumado, otros muchos acudían a las tabernas. A Yar le costaba seguirle el paso, y el chico miraba por encima del hombro, impaciente, sus ojos oscuros barrían la calle a la vez que le instaba a acelerar. Lo llevaba en una dirección opuesta a la del pulso, con cada paso sentía un poco menos el tirón.

—¿Cómo te llamas, chico?

El muchacho torció el gesto, receloso.

—¿Qué más te da?

—Me haces un gran favor, lo menos que puedo hacer es agradecértelo como es debido.

Pareció pensárselo un momento, después se encogió de hombros.

—Vig.

—Gracias, Vig.

Vig gruñó y le hizo pasar delante.

—Es a la vuelta de la esquina.

Yar entró en la callejuela, un espacio muy estrecho entre dos chozas con las paredes mugrientas, cubiertas de musgo húmedo y excrementos mal limpiados. Una barricada de muebles viejos y ruedas de carros rotas bloqueaban la callejuela.

—Tendrías que haber esperado a darme las gracias, ¿eh? —Escuchó la burla de Vig a sus espaldas—. Ya me encargo yo de tu costal, vejestorio.

Al girarse, Yar se encontró a Vig bloqueándole el paso, con un puñal en la mano.

—¿Estamos solos?

—Sí. Nadie oirá tus gritos, vejestorio.

Yar sonrió.

—Bien. Muy bien.

Vig frunció el ceño, como si no acabara de entender por qué Yar no actuaba de la forma esperada.

—¿Quieres morir, vejestorio? —dijo con un tono de voz más agudo —. Suelta el costal y lárgate antes de que te abra las entrañas…

Chilló cuando Yar lo agarró, inmovilizándole un brazo bajo la axila y retorciéndole el otro hasta que soltó el puñal, que cayó al suelo con estrépito. Después lo estampó contra la pared, sujetándolo por el cuello. El chico gimoteó, los ojos le daban vueltas como los de un caballo desbocado.

—Gracias, Vig —dijo Yar con suavidad.

—Espera, ¿qué estás…?

—Por el regalo de tu cuerpo.

Yar tomaba la mayoría de los cuerpos sin aviso ni preámbulos.

Rara vez concedía a su presa el favor de saber lo que sucedería. Incluso aquellos a quienes se lo concedía eran incapaces de comprender lo que implicaba.

—Por favor. —Las lágrimas resbalaban por las mejillas grasientas de Vig—. Déjame ir. Lo siento… Por favor.

—En el nombre del Maestro —murmuró Yar, y se lo comió.

El ashé era infinito, la fuerza de la vida que latía dentro de todos los seres vivos, desde los pájaros en el aire hasta los árboles del bosque. Cuando el espíritu de Yar salió volando de su cuerpo y entró en el de Vig, vio el ashé del chico, una bola de luz pálida que parpadeaba casi como… como una luciérnaga. Yar se lanzó sobre ella y la consumió hasta que no quedó nada del chico, así que fue como si nunca hubiera existido, no podría reencarnarse. Los recuerdos del chico permanecieron, vestigios de una vida que fue, que podría haber sido. En cualquier otro caso, Yar podría haberlos conservado para camuflarse mejor, pero esa vez no hacía falta. Nadie echaría de menos al chico. Así que descartó los recuerdos y se liberó, tomó el nuevo cuerpo como el bronce que ocupa la forma de un nuevo molde.

Yar abrió los ojos y encontró la mano del anciano todavía rodeándole el cuello. Lo apartó de sí, y el cuerpo sin vida cayó al suelo hecho un guiñapo. Le impresionó ver al viejo: el pelo blanco y ralo y la piel surcada de arrugas profundas, reseca como la fruta deshidratada. Un cuerpo no era más que algo que llevar puesto y descartar cuando dejaba de ser útil, como un viejo caftán deshilachado. Yar aún recordaba haber tomado ese cuerpo cuando se encontró en aquella granja solitaria con el granjero. Había conservado los recuerdos del hombre y había vivido con su familia hasta que no pudo disimular lo despacio que envejecía; una noche simplemente se levantó y se fue. Eso había sido al principio, hacía muchas estaciones, cuando todavía lidiaba con emociones contrapuestas. Yar buscó en su interior algún rastro de arrepentimiento y no encontró ninguno. Ya estaba por encima de emociones tan vulgares. Solo quedaba el trabajo. Solo quedaba el servicio al Maestro, eso sí lo completaría.

Le apretaba la ropa, tendría que encontrar otra nueva. Yar se arrancó el colgante del cuello y lo trituró en el puño, dejando que el viento se llevara el polvo. Después recogió el costal de donde había caído y se giró para irse.

Había tres niños callejeros en la boca del callejón, mirándole con la

boca abierta, congelados por el terror. Los compinches de Vig, sin duda. Aquí era a donde atraían a sus víctimas y se repartían el botín.

—Vig ya no está —dijo Yar—. Fuera.

Lo miraron a los ojos y no encontraron nada reconocible en ellos.

—Fuera —repitió.

Se dispersaron, como las hienas que huyen de los leones.

Yar los dejó marchar, reprimió el impulso de darles caza. Matarlos no tenía ningún propósito. Además, él no era cruel.

«Permite siempre que la dulce misericordia atempere el fuego de tu ira. El equilibrio está en ello». Esas eran las enseñanzas del Maestro.

~

A través de las ventanas polvorientas de la tienda, Yar vio hileras e hileras de esculturas de loza y terracota. Sobre las ventanas, escrito a mano en un cartel colgante, se podía leer: EL EXTRAORDINARIO TALLER DE CERÁMICA DE VASHEK. Yar cruzó la calle y entró en la tienda, la campanilla de la puerta anunció su entrada.

La tienda estaba abarrotada. El espacio, ya escaso de por sí, albergaba varias estanterías que temblaban bajo el peso de las bellas piezas de cerámica esmaltada que sostenían. Estaban colocadas con tal delicadeza que parecía que la menor corriente de aire podía romper el equilibrio y hacer que todo se precipitase contra el suelo.

Un hombre calvo de unas cuarenta estaciones tallaba una pieza de madera sentado a una mesa. Vashek. La última vez que se habían visto usaba otro cuerpo. El hombre fruncía el ceño mientras trabajaba y la luz del farol le iluminaba la coronilla. Su caftán blanco tenía manchas oscuras de sudor.

En una esquina, una mujer joven limpiaba varias tazas con un mosqueador. Levantó la vista ante la llegada de Yar y frunció el ceño.

—Este no es sitio para ratas callejeras —dijo—. Fuera de aquí.

—No pasa nada, Bilkis —intervino Vashek sin alzar el rostro—. Le estaba esperando.

La joven miró a Yar de arriba abajo.

—¿Estás seguro, papá?

—Déjanos, por favor.

Por un momento pareció que iba a protestar, pero se limitó a suspirar. Se desató el mandil y lo colgó en un clavo en la trastienda.

—Voy a preparar la cena. ¿Cierras tú, papá? Acuérdate de cerrar con pestillo las ventanas, que siempre se te olvida.

Le dio un beso en la coronilla y salió a toda prisa del taller.

Yar se quedó de pie a cinco pasos de distancia de Vashek, contemplando cómo trabajaba.

—Has tardado demasiado.

—Perdóname, Vashek —respondió Yar—. Vine todo lo rápido que pude, pero el viento soplaba hacia el oeste, y el barquero era un muchacho sin experiencia.

Vashek sostuvo la estatuilla a la luz y sopló sobre ella.

—Ven. Siéntate.

Yar se sentó en el taburete de enfrente.

—Irás al sur.

—¿Qué hay al sur?

—Hace tres noches una onda se propagó por el mundo. Ocurrió durante el más breve instante, pero lo sentí. Los sentí.

Yar se echó hacia delante, con el corazón desbocado por la excitación.

—Los encontraste.

—No exactamente. Pero sé dónde debemos buscar. Después de tanto tiempo, temía que estuvieran reorganizándose, aguardando su momento. Pero no. En todo caso son más… débiles.

—Débiles. —Yar paladeó la palabra, y le gustó el sabor—. Eso está bien. Pero que muy bien.

—Sí —coincidió Vashek—. Pero, debilitados o no, siguen esquivándonos.

—Los encontraremos. Y si la búsqueda no da frutos, siempre podemos salir al descubierto. Si la gente de los Diez Reinos…

Vashek dejó de tallar y le dirigió una mirada abrasadora.

—No —contestó, sacudiendo lentamente la cabeza—. No, no, no. ¿Es que no has aprendido nada? —Colocó las manos sobre la mesa—. Cuando golpeas a una cabra una y otra vez para que deje de comerse tus verduras, no sirve de nada. ¿Por qué?

—¿Porque es una cabra?

—Porque es su sustento. O eso cree la cabra. No importa los obstáculos que pongas en su camino ni la fuerza con la que la golpees, seguirá comiéndose tus verduras. —Vashek se inclinó hacia delante y la mesa crujió bajo su peso—. Quítale las verduras. Mejor aún, crea la ilusión de que ahí, en ese preciado jardín, ya no puede encontrar sustento, que es solo un pedazo de terreno estéril, y la cabra dejará de ir por sí misma. Buscará su comida en otros sitios. Eso es lo que hacemos. Creamos la ilusión hasta que se transforma en realidad: una palabra sutil aquí y allá, susurrada en la oscuridad, resulta muy efectiva para mermar sus propósitos, su fe. Y cuando la gente busque

su sustento en otro lugar, ahí estaremos nosotros, los seguidores de Bahl'ul, esperándolos con los brazos abiertos para darles la bienvenida.

Vashek lo valoró con la mirada y le tendió lo que había estado tallando. Era una estatuilla del Maestro.

—Debes creer en el Maestro.

—Lo hago.

—Debes confiar en sus designios.

—Lo hago.

—Bien. El fin está cerca, puedo sentirlo. Aún podemos vencer.

Poco después, Yaruddin salió de la tienda y se adentró en la noche sofocante, satisfecho de lanzarse a la caza de nuevo.

TRES

La rata estaba esquelética, sus ojos brillaban como cuentas negras a la luz de la linterna, y se le veían tiras enteras de piel arrugada donde se le había caído el pelo. Ashâke se quedó totalmente inmóvil cuando el animal saltó sobre su catre duro y le correteó por la pierna hasta llegar a la cena que no se había comido. Ahí abajo las ratas eran osadas, capaces de arrancarte el dedo de un mordisco si podían.

—Que aproveche —susurró la joven mientras la rata devoraba el guiso de alubias y maíz.

No tenía apetito, no había tenido hambre en los dos (¿o eran tres?) días que llevaba allí. Maldita sea. Ya empezaba a sentirse desorientada, perdida sin el ritmo sólido de la rutina. Por mucho que la detestara, la ayudaba a tener los pies en el suelo. Contaba el paso del tiempo según la frecuencia con la que le traían la comida y rellenaban el farol con aceite. Suspiró y apoyó la cabeza en la pared. Tras muchas deliberaciones, los sacerdotes habían acordado que no debían expulsarla (para gran alivio de Ashâke), pero que tampoco debía quedar sin castigo, volver con discreción a la rutina como si no hubiera pasado nada. Así que la condenaron a dos semanas de aislamiento para que sopesara su estupidez. En el templo no había calabozos, y Ashâke tuvo que conformarse con quedarse allí abajo, en la despensa abandonada, con la oscuridad y las ratas por toda compañía. La despensa era un enorme laberinto de nichos bajo las cocinas, y Ashâke tenía libertad para recorrerlo. Lo primero que había hecho había sido investigar si había otras salidas, pero no las encontró. Solo había una: la puerta abovedada que llevaba a las cocinas, cuya llave de hierro colgaba del cuello de la cocinera.

A Ashâke a veces le parecía oír a los otros acólitos encima de ella. Siempre había odiado los turnos que le tocaban en la cocina, cortando tubérculos o aporreando ñame, removiendo ollas burbujeantes en aquel calor, y eso sin mencionar las reprimendas de la cocinera, la sacerdotisa Wunmi, sobre la sal, el curri o algún otro condimento. En aquel momento aceptaría de buena gana un turno en la cocina con tal de escapar de ese maldito lugar.

La pregunta de la Suma Sacerdotisa todavía ardía en su cabeza: «¿Qué viste cuando realizaste el ritual?».

Ashâke había valorado mentir, pero la pregunta de Iyalawo había sido específica y urgente. Estaba buscando algo.

—Vi un salón, y estaba en llamas —contestó Ashâke con un escalofrío al recordarlo—. Escuché voces que me llamaban por mi nombre. Alguien…, varias personas intentaron agarrarme.

Iyalawo guardó silencio. Ashâke tuvo la inquietante sensación de que había algo que la Suma Sacerdotisa esperaba escuchar.

—¿Qué significa? —preguntó ella.

—Significa que jugaste con cosas que no comprendes, y todos debemos dar gracias de que no tuvieras éxito.

No era una respuesta, pero ya se había acostumbrado a los engaños. Los sacerdotes y sus muchos secretos. Solo confirmaba que había cosas que no le contaban, y ella se moría por descubrirlas.

«Quizás haya cosas que no deberías saber —le había dicho Simbi —. Así fue como te metiste en problemas la primera vez».

Ashâke suspiró y volvió a hundirse en el catre. Echaba muchísimo de menos a Simbi. Había sido su única amiga. Se había ido, convertida en sacerdotisa de Yemoja, y ahora estaría en algún lugar de los Diez Reinos sirviendo a su orisha.

—¿Qué se supone que debía hacer, esperar eternamente hasta que los orishas se dignaran a hacerme algún caso? No puedo…

—¿Hablando contigo misma? —dijo una voz briosa.

—Ba Fatai —exclamó Ashâke sentándose—, no te oí llegar.

—No me oíste, no —repuso el curandero mientras colocaba su maletín de medicinas sobre la mesa. Su kutu salió volando de su hombro y aterrizó en la cabeza de Ashâke—. Bueno, vamos a ver esa mano.

Le quitó la venda, ya sucia, y dejó al descubierto la herida. Un tajo profundo con mala pinta le recorría la mano desde la base del meñique hasta justo debajo del pulgar. Se estaba curando, aunque despacio, y la sangre negra y coagulada empezaba a endurecerse alrededor de los puntos y a formar una costra. Había trocitos de venda atrapados en ella, y Ba Fatai los sacó con una aguja larga. Después empezó a quitarle los puntos, introduciendo la punta afilada de la aguja justo debajo de la piel nueva para soltarlos. Picaba un poco, pero no tanto como cuando el corte era reciente.

—Se está curando bastante bien —comentó Ba Fatai—. No se

puede decir lo mismo de tu estado mental.

Ashâke suspiró.

—No estaba hablando sola.

—¿Con espíritus y fantasmas?

—No, era mi…, es algo que hago porque me ayuda a pensar. —Odiaba tener que explicarse—. No es que me haya… vuelto loca.

Ba Fatai enarcó una ceja.

—Yo no te he llamado loca. —Se volvió hacia el pájaro—. ¿La he llamado loca?

—No —respondió el kutu.

—Insinuaste…

Ba Fatai soltó una risita.

—Jovencita, yo no insinúo. Eso es de cobardes. Soltar pistas y dar vueltas alrededor de las cosas, usar frases rimbombantes cuando con una palabra sobra. ¡Ja! Digo lo que hay. Por ejemplo: hueles fatal. Hueles como si algo abominable se hubiera muerto y hubiera salido a rastras de su tumba…

—¡Hace días que no puedo bañarme! —protestó Ashâke, que de repente notaba el cuello caliente—. ¡Tengo que cagar en un cubo!

—¿Y de quién es la culpa de todo eso?

Ashâke soltó un bufido de frustración. Suya. Todo culpa suya. Ya era bastante malo que se hubiera acostumbrado al olor de su sudor y su mierda, pero que se lo recordaran era una humillación mayor de la que podía soportar.

Ba Fatai le sonrió, era evidente que se lo estaba pasando en grande. Metió la mano en el maletín, de donde sacó un frasco de vino de palma fermentado. Bebió un trago que hizo subir y bajar la piedra de su garganta, y echó el resto sobre la mano de Ashâke para lavarle la herida.

—Ya está —dijo—. Esta vez no te la voy a vendar. Hay que dejar que respire.

—Gracias —dijo Ashâke.

—Toma —resopló y metió la mano en el maletín, del que sacó una bolita de hojas de luna prensadas que le tendió—. Para masticar.

La joven la cogió con cautela, dándole vueltas despacio en la mano. Ashâke paseó la mirada de la bolita a Ba Fatai, que estaba recogiendo su instrumental y guardando la aguja, el hilo y la venda manchada en el maletín. Después se quedó mirando la tela que cubría su ojo izquierdo, ciego.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó—. En la arboleda.

Él la miró con el ceño fruncido.

—Creo que ya te lo conté. ¿O es que estás perdiendo la memoria también?

—Estabas recogiendo hojas de luna, pero… dijiste que nunca ibas a la arboleda… No va nadie, así que ¿por qué fuiste hasta allí aquella noche?

El curandero se encogió de hombros.

—Da gracias de que estuviera ahí para sacarte del agua.

Ashâke se metió la bolita en la boca. Tenía un sabor amargo.

—Creo que me viste.

—Al principio no —contestó él con una sonrisa—. Fueron tus chillidos de cerdito los que me alertaron.

—Chillidos de cerdito —repitió el kutu.

—No —respondió Ashâke, eligiendo las palabras con cuidado—. Puede que ese día no, a lo mejor ni siquiera el día anterior, pero me viste… me viste con tu Ojo Blanco.

Ba Fatai se quedó quieto. Seguía arrodillado frente a Ashâke con la cabeza inclinada y la mano sobrevolando la hebilla del maletín. Siguió inmóvil un rato, y después levantó la cabeza despacio para mirarla. Ashâke sentía el corazón latiéndole en la garganta. ¿Se había equivocado? ¿Simplemente era… ciego y se tapaba el ojo con un parche? Pero entonces el curandero le dedicó una sonrisa dura.

—Eres inteligente —dijo con suavidad, y el tono juguetón había desaparecido de su voz—. Mucho más inteligente de lo que la gente cree.

Si no hubiera estado sentada, se habría caído de culo en el catre. Tenía razón. Por el aliento de Obatalá, tenía razón. Había sido una suposición, una hipótesis alocada, pero ¡sus sospechas eran ciertas!

Los sacerdotes de la adivinación eran tan raros como las piedras de trueno. Era bien sabido lo selectivo que era Orunmila para escoger a quienes otorgaba su favor, y se decía que elegía a sus sacerdotes una vez cada cien estaciones. Y ahí tenía a Ba Fatai, a quien durante toda su vida había considerado un simple curandero, y que en realidad era un sacerdote de la adivinación.

—Tienes… Tienes la Vista —graznó.

—Sí.

—Entonces, sí que me viste.

—Hace muchas estaciones. Me vi a mí mismo sacándote de ese río.

Ashâke sintió frío de pronto.

—No lo entiendo. ¿Por qué finges que no eres sacerdote? ¿Por qué ser solo un humilde curandero?

—¿Fingir? Yo no finjo nada. Hubo un tiempo en que era sacerdote,

ahora soy curandero.

Poco a poco, Ba Fatai se quitó el parche para revelar el Ojo, blanco como un huevo duro, cubierto por una telaraña de venitas que crecían como las raíces de los árboles, ramificándose y conectándose hasta que solo quedaba un punto blanco en el mismo centro. El Ojo no veía, no como veían los ojos normales, y era desconcertante mirarlo. Ashâke sintió que el Ojo se sumergía en las profundidades de su alma, que la veía entera. Sobre él, en el arco donde debería estar la ceja, había glifos tatuados en la misma piel. Aunque no podía leerlos, no le resultó difícil adivinar lo que significaban. Después de todo, ella había tallado algo parecido en el idan.

—¿Cegaste tu Ojo? —susurró. Era algo que ella habría dado cualquier cosa por poseer, algo que había perseguido con todas sus fuerzas, y más: el favor de los orishas, el honor de que uno de ellos te eligiera, te hablara. Ba Fatai tenía todavía más que eso. A lo mejor ese era el motivo de que la sacerdotisa Essie lo tratara con tanto desprecio. Había recibido un regalo, un regalo muy poco común, y le había escupido en la cara a los orishas. Le había escupido en la cara a Orunmila.

—¿Por qué harías tal cosa? ¿Cómo pudiste renunciar a tu servicio?

—Fácilmente.

—¿Fácilmente? —No era capaz de entenderlo—. Pero ¿por qué?

—No hay carga más pesada que saber lo que va a ocurrir —dijo Ba Fatai—. Ser incapaz de detenerlo. No se te muestra el futuro para que lo cambies, no es posible. Puedes intentarlo, hasta retrasarlo, pero el futuro se manifestará. Aquellos de nosotros que recibimos el Ojo Blanco somos simples observadores, y estamos ahí para registrar las profecías y nada más. —Sacudió la cabeza—. Vislumbrar el futuro no es un regalo. Es una maldición.

—Una maldición —repitió el kutu.

—Mi predecesor, Olayaki, el mejor sacerdote de la adivinación que haya vivido nunca, observó demasiado tiempo y demasiado lejos en el futuro. Y se volvió loco. —Los labios de Ba Fatai se contrajeron en un gruñido—. Hay quienes contemplan el futuro durante tanto tiempo que no son capaces de distinguir el presente de lo que está por venir. Sus mentes se deforman, estiradas en mil estaciones. La mente mortal no está preparada para saber tanto; ese es el camino de la locura, y yo no lo recorreré. Para qué, cuando nada tiene sentido.

Ashâke tragó saliva mientras observaba a Ba Fatai. Incluso el kutu había dejado de aletear y la miraba con una intensidad rojo sangre. El curandero volvió a colocarse el paño sobre el Ojo Blanco.

—¿Conoces mi futuro? ¿Lo que me ocurrirá? ¿Podré…? ¿Escucharé a los orishas algún día? ¿Me elegirán?

Ba Fatai le dirigió una mirada larga y dura.

—No lo sé.

—Mientes.

Él la fulminó con la mirada, y después se giró para irse.

—¡Por favor! —gritó Ashâke, agarrándolo de la manga—. Por favor, si sabes algo debes decírmelo. ¡Debes hacerlo!

—Te he dicho que no lo sé.

—Entonces, mira mi futuro —contestó ella—. Te lo ruego.

Ba Fatai soltó una maldición.

—¿Es que no has escuchado ni una palabra de lo que he dicho?, ¿o eres así de espesa?

—Sí que te escuché, pero… Necesito saberlo. Es lo mínimo que me merezco.

—¿Que te mereces? —gruñó él, con una mueca que reveló sus dientes amarillos—. ¿Que te mereces? No sabes nada del mundo. ¿Cómo ibas a saberlo, cuando las paredes de este templo han definido tu existencia? No nos merecemos nada excepto lo que nos corresponde. Debemos aceptarlo y asumirlo.

—¿Lo que me corresponde es no escuchar a los orishas?

—Los orishas se atienen a sus propios criterios, acólita, excepto cuando no lo hacen. Si no desean hablar contigo, si no quieren tener nada que ver contigo, poco puedo hacer yo.

Ba Fatai se liberó de su agarre con tanta violencia que la joven cayó hacia delante cuan larga era y se golpeó la mandíbula contra el suelo. Se le llenó la boca de sangre, cálida y salada. Por un momento pareció que el curandero iba a detenerse para ayudarla, por un momento pareció que iba a decir algo. Pero en su lugar se dio media vuelta con brusquedad y se alejó caminando, con el kutu revoloteando tras él.

Subió las escaleras, salió de la despensa y cerró la puerta de un portazo, sumiendo a Ashâke en la oscuridad una vez más.

CUATRO

Ashâke pasó los días posteriores preparando sus argumentos para cuando Ba Fatai regresara a examinarle la mano. Pero, a medida que avanzaban los días, empezó a preguntarse si regresaría. Su mano se curaba bien, así que se volvió a abrir la herida y, cuando le trajeron la siguiente comida, se la enseñó al acólito y pidió que llamaran a Ba Fatai. Estaba dormitando cuando escuchó un murmullo de plumas y se despertó de golpe.

El kutu de Ba Fatai estaba posado junto a la lámpara de la mesa y la miraba con sus ojos rojos, pequeños y brillantes. La luz que caía sobre su plumaje rojizo y naranja lo hacía parecer en llamas.

—¿Cómo has entrado? —Miró a su alrededor, esperando ver a Ba Fatai, pero la despensa estaba vacía—. ¿Dónde está tu dueño?

—Se ha ido.

—¿Que se ha ido?, ¿qué quieres decir con eso?

—Tengo un mensaje para ti. —Una onda atravesó al pájaro, y habló con la voz de Ba Fatai—: Te estás aferrando a un camino que no es el tuyo.

—… ¿Qué?

—Querías conocer tu futuro: no perteneces a este templo. Aquí no hay nada para ti.

Silencio, mientras Ashâke digería esas palabras.

—Mientes —dijo—. Por favor, dime que mientes.

El pájaro no dijo nada.

Ashâke se levantó tambaleándose, e hizo un gesto de dolor al apoyar su peso en la mano herida.

—¿Qué hay de los orishas? —susurró—. ¿Me…? ¿Me hablarán?

Podía ser que no perteneciera al templo, que su futuro no estuviera allí. Al fin y al cabo, cuando los acólitos se ordenaban, se les enviaba al mundo a actuar como desearan. Algunos se unían a otros templos; otros, como Simbi, como había planeado hacer la propia Ashâke, se quedaban en las ciudades como consejeros de reyes, asistentes de los pobres, mediadores entre los hombres de a pie.

—No lo puedo decir.

Las lágrimas le picaron en los ojos. Eso era todo, en ese caso. Había llegado al final. Aunque hubiera significado quedarse en el templo varias estaciones más, soportando el ridículo, el desprecio y la compasión de los demás, lo habría hecho de buena gana, con la tranquilidad de saber que al final recibiría su recompensa. Pero ahora… ahora Ba Fatai le decía que los orishas no la querían. Que la habían rechazado.

—¿Por qué? —susurró Ashâke, bamboleándose. Se secó las lágrimas, enfadada—. ¿Por qué? Todo lo que recibo son acertijos de los sacerdotes y silencio de los orishas. ¿Qué tiene eso de justo? Yo nunca pedí esta vida. Nunca pedí que me arrancaran del lado de mis padres y me trajeran a servir. Pero fue lo que ocurrió, y se convirtió en lo que quería hacer. Es todo lo que conozco y… ¡ni siquiera eso me dejan hacer! ¿Qué he hecho para merecer esto? ¿Por qué no puedo ser como los otros? ¿Por qué?

—Te estás aferrando a un camino que no es el tuyo —repitió el kutu. No podía decir nada más ni ofrecerle ningún consejo. Se le había ordenado que entregara un mensaje, y había cumplido con su cometido.

—Malditos sean. —Lo dijo en voz baja, mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Y entonces se puso a gritar—: ¡MALDITOS SEAN LOS ORISHAS! ¡MALDITOS TODOS Y CADA UNO DE ELLOS!

Llegó a trompicones hasta el camastro, sobre el que descansaba su tablero de adivinación con los cauris desperdigados encima. Agarró el tablero y se lo estampó en la rodilla. El tablero se partió limpiamente en dos mitades que destrozó contra el suelo, golpeándolas una y otra vez, gritando de ira y de dolor, presa de una sensación exasperante de traición. Con cada golpe, un recuerdo acudía a su mente: Simbi adentrándose en el Santuario Interno, su excitación a la salida, cuando le preguntó si había oído la voz, y qué orisha la había elegido.

(¡Pum!).

Las horas infinitas que había pasado inclinada sobre el tablero, meditando sobre la colocación de los cauris, rogando por recibir una señal, cualquier cosa.

(¡Pum!).

Estar encerrada ahí, como una maldita prisionera, y todo porque deseaba algo que todos los demás habían recibido con facilidad. Pero la habían convertido en el hazmerreír, y los odiaba por ello. Los odiaba, a todos y cada uno de ellos. Golpeó el tablero una y otra vez, hasta que no quedaron más que astillas, y se quedó de rodillas, jadeando y abriendo y cerrando los puños. La mano le sangraba otra

vez, se le habían saltado los puntos y se le había abierto la herida. Pero no sentía el dolor, solo ira. Una ira brillante e incontenible. Deseaba con tanta fuerza hacer daño, hacer que otra persona sintiera todo el dolor que ella sentía…, pero estaba sola, a excepción del pájaro, que aún la observaba con sus ojillos relucientes.

—Se acabó —le dijo, hundiéndose en el catre—. Eso se acabó para mí.

El pájaro levantó el vuelo.

Graznó al cruzar el pasillo estrecho, aleteando. Ashâke lo observó partir un momento, y después lo siguió. A lo mejor había una entrada secreta que no conocía. Durante sus primeros días allí había registrado el perímetro en busca de otra entrada sin encontrarla. Pero el pájaro tenía que haber venido de alguna parte.

—¡Espérame! —gritó. Pero el ave era veloz y la distancia entre ambos se incrementaba con cada batir de sus alas, para cuando Ashâke cogió la curva se había desvanecido. La joven se quedó allí, con pinchazos en el costado y jadeando mientras buscaba al kutu con la mirada. Estaba al final del pasadizo. Los nichos que tenía a ambos lados estaban atestados de barriles de vino de palma vacíos, igual que la pared al final del pasillo, cubierta de barriles del suelo al techo. Los montones de paja vieja que cubrían el suelo irregular y las telarañas polvorientas que se extendían por el techo le indicaron que aquel sitio llevaba una temporada sin usar. Divisó algunas grietas en el techo, pero ninguna era lo bastante grande para que el pájaro se hubiera colado por ella. ¿A dónde había ido?

—¿Hola? —tanteó Ashâke—. ¿Dónde estás?

Maldito pájaro. No podía haberse desvanecido sin más. A no ser… a no ser que sí. Ashâke no sabía nada de los kutu, solo que eran pájaros inteligentes, más que los cuervos, y que tenían tal conexión con sus dueños que podían hablar con su voz.

Una fría corriente de aire le acarició las piernas. Ashâke se puso de rodillas y escaneó las paredes y el suelo, palpando a través de la paja. La sentía en la cara, una ráfaga de aire frío constante que venía de…

¡Ahí! Había un espacio entre los dos barriles de la fila de abajo lo bastante grande para dejar pasar a un pájaro. Con el corazón desbocado, Ashâke gateó hacia los toneles, ignorando el dolor agudo en su mano herida. Introdujo un brazo en el hueco y solo encontró aire. Meneó la mano y solo encontró aire. Una lenta sonrisa se propagó por su rostro. Ahí era.

Poco después, había apartado los barriles de la pared, que dejaron al descubierto una abertura grande y rectangular en la base del muro.

Ashâke se puso a cuatro patas y gateó dentro. Se encontró en un mullido lecho de heno, y al mirar hacia arriba entendió el motivo.

Estaba en el fondo de un conducto que subía hasta la oscuridad. Allí era donde tiraban los barriles de vino de palma durante la cosecha para conservarlos, y la paja servía para amortiguar la caída de los toneles. Llevaba un tiempo sin usarse, así que estaba infestado de ratas, que soltaban gritos y se asomaban por las grietas de las paredes del conducto.

Se había acabado. Se iba de aquel maldito lugar, de aquel maldito templo. Ashâke respiró profundamente, estiró los brazos y empezó a trepar por el agujero.

~

Para cuando llegó a la rejilla de arriba, estaba empapada en sudor y le ardían los brazos y las piernas. Por suerte, la rejilla estaba abierta; salió trepando y se desplomó en el suelo, intentando recuperar el aliento. Vislumbró un pedazo de cielo cuajado de estrellas a través de la ventana alta de las cocinas, y al ponerse de pie comprendió que estaba dentro de las cocinas. Empezó a murmurar una oración de gracias a los orishas por encontrarla vacía, pero se interrumpió. Los orishas no merecían sus oraciones. Ya no.

Se escabulló de las cocinas y salió a un pasillo iluminado por antorchas que se derretían en sus candeleros. Su luz cálida iluminaba las enormes y coloridas esteras de rafia que decoraban las paredes. Como rito de ascensión, los acólitos debían tejer esteras decorativas. En algún lugar del templo estaba colgada la estera que Simbi y ella habían tejido juntas, llena de escenas de pájaros y flores brillantes en su futuro jardín. Habían planeado comprarse una casa juntas, y cultivar un jardín lleno de frutas y pájaros. Pero eso había sido hacía casi cinco estaciones, cuando las dos se preparaban para ascender, cuando Ashâke estaba llena de esperanza y de posibilidades. Se preguntó si Simbi habría comprado los pájaros. Si había comprado la casa. Si estaría ahí fuera en algún lugar, esperándola.

«Ya voy, Simbi —pensó—. Te encontraré».

Al doblar la esquina, vio a la sacerdotisa Essie, que abandonaba el Salón del Silencio con unos pocos acólitos en su estela como polluelos que siguen a la gallina. La sacerdotisa fijó la mirada en Ashâke y sus ojos se convirtieron en rendijas.

—¡Detente ahí mismo, acólita!

Ashâke no redujo la marcha ni dio señales de haberla escuchado.

—¡Acólita! ¿Qué te crees que estás…?

—¡Cállate! —Ashâke la sobrepasó con un empujón.

Los acólitos soltaron gritos ahogados y se pusieron a cuchichear. No cabía duda de que lo sabían; todos conocían la historia de su intento de vincular a un orisha y su posterior encarcelamiento en la despensa. Quería arañarles la cara y arrancarles esos ojos despectivos con las uñas.

La mano de la sacerdotisa Essie se cerró sobre el antebrazo de Ashâke como un cepo.

—¿Qué? —siseó, los ojos se le salían de las órbitas de rabia, su pecho subía y bajaba—. ¿Qué me has dicho, sacerdote sorda?

En el pasado, Ashâke se habría arrodillado. En el pasado, se habría humillado y suplicado clemencia, pero eso era lo que hacían quienes tenían un lugar en el templo, quienes se inclinaban ante la autoridad y la posición de Essie como sacerdotisa de Ifá. Ashâke ya no iba a humillarse más. No iba a volver a aguantarles nada a los orishas, ni mucho menos a una sacerdotisa. Su mirada se posó despacio en la mano de la sacerdotisa Essie, que la sujetaba con firmeza por el antebrazo, y luego subió hasta el rostro de la mujer.

—Suéltame, sacerdotisa —dijo con calma—, antes de que te deje esa mano inútil para siempre.

La sacerdotisa Essie parpadeó. Era como si no lograra concebir lo que ocurría. Al parecer nunca se habían dirigido a ella con tal grado de insubordinación, y Ashâke vio la miríada de emociones que cruzaron su semblante: confusión, ira, incertidumbre. La sacerdotisa debió ver la expresión de Ashâke, debió percibir la promesa de violencia, porque la liberó.

Ashâke se soltó de un tirón y se alejó a grandes zancadas.

—¡LA SUMA SACERDOTISA SE ENTERARÁ DE ESTO! —gritó Essie a sus espaldas—. ¡HARÉ QUE TE EXPULSEN DE ESTE TEMPLO!

«Ya estoy fuera de este templo». No tenía sentido gastar saliva con aquella mujer. Ashâke atravesó velozmente los pasillos silenciosos y salió al patio que daba al bosque. En una noche como aquella, hacía una o dos semanas, había escapado por aquel mismo patio, con el corazón lleno de miedo y esperanza. Ahora lo recorrió y se dirigió a las puertas sin la menor preocupación. De las puertas salían dos caminos: el de la izquierda llevaba a la arboleda sagrada y a sus baobabs blancos, el de la derecha se adentraba en el bosque y en el mundo de más allá. Ashâke eligió el de la derecha sin mirar atrás.

INTERLUDIO II

~

Ba Fatai

Cuando entró en el claro, Ba Fatai sintió la hierba fresca bajo los pies descalzos. Solo llevaba una túnica agbada suelta y la bolsa a la cadera. Una pequeña cascada borboteaba sobre unas rocas cubiertas de musgo, negras bajo la luz previa al amanecer. Al otro lado de la cascada bebía un zorro, su lengua roja asomaba con rapidez con cada lengüetazo. Levantó la cabeza ante su llegada, olfateando, y desapareció de un salto entre los arbustos. Ba Fatai se quedó quieto un momento, sin mirar nada en particular, y después se llevó las manos a la cabeza y se desató el trapo que ocultaba su Ojo. Dobló el trapo en un cuadrado pulcro, lo guardó en la bolsa y se agachó sobre una piedra.

Ese era el lugar. Allí era donde llegaría su final. Había tenido incontables estaciones para contemplar ese momento, y aun así, ahora que había llegado, descubrió que estaba asustado. Ba Fatai supuso que nadie podía estar preparado de verdad para morir. Soltó una risita seca. Todos creían que el Ojo Blanco era un regalo, pero lo cierto es que era una maldición, lo cierto es que nunca comprenderían la carga que suponía conocer la hora de tu muerte.

Tampoco es que debiera conocerla. Eso fue lo primero que le enseñó Olayaki. «Nunca busques el momento o la forma de tu muerte». Pero la Mirada apenas podía ser controlada; era como intentar contener una inundación con un guijarro mientras saciabas tu sed en sus aguas blancas…, como ahogarse por partida doble. Y él se había ahogado, las visiones lo habían inundado, lo habían abrumado, hasta que vio, con gran claridad, lo que iba a ocurrir. Renunció a sus votos poco después de aquello, cegó su Ojo y encerró el futuro para siempre.

O eso había creído.

Metió la mano en la bolsa y sacó su cuchillo. Respiró hondo y se lo clavó en la carne justo encima del Ojo, gruñendo mientras lo movía bajo la piel para soltar los talismanes que habían contenido sus visiones durante cuarenta estaciones. La sangre le resbalaba por el

rostro y le escocía en el Ojo, y se preparó para la riada que estaba por llegar. Porque estaba ahí, la había sentido, tumbado en la cama entre temblores durante mil noches de pesadilla en las que las visiones habían tratado de escapar. Estuvo a punto de detenerse, de volver a colocar la solapa de piel casi cercenada.

Pero tenía que saberlo. Tenía que verlo.

El dolor le acribilló el Ojo. Ba Fatai gritó, se escurrió de la roca y cayó al suelo. El Ojo estaba caliente, tan caliente que temía que se estuviera derritiendo en su cuenca y horadándole el cráneo.

—¡Arg! —gimoteó, escupiendo espuma. Y ahí, en la oscuridad del amanecer, el Ojo Blanco se abrió y las visiones se derramaron sobre él.

Vio a un hombre sentado sobre un montón de huesos, llevaba una máscara de oro en el rostro y las aberturas de los ojos brillaban con la luz de dos soles gemelos, así que nadie podía contemplarlo. El hombre abrió la mano y de ella salió un cuervo que se convirtió en dos, luego en tres, luego en mil, los cuervos batían sus alas oscuras al liberarse en el mundo, llevados por los cuatro vientos a todos los rincones de Ayé. El hombre abrió la otra mano y de ella salió una mujer, y en su piel llevaba grabados los mil nombres de Olodumare, y se colocó a su derecha.

Vio a la misma mujer, con la piel inmaculada, cabalgando sobre un enorme elefante alado en un campo de hierba. La bestia barritó, y otro gran elefante alado se hizo eco del sonido, y sobre él cabalgaba el Señor de los Huesos, que proclamó con voz de trueno:

—¡SOY EL MAESTRO, EL GRAN SALVADOR! ¡HE LLEGADO!

Allí donde pelearon, hombre contra mujer, bestia contra bestia, el mundo se partió en dos.

Ba Fatai volvió en sí entre temblores. Tenía la mejilla derecha aplastada contra la hierba, y el Ojo cerrado por sangre seca.

—Sacerdote —dijo una voz—. Estás muy lejos de tu templo.

Había un chico sentado en la roca, observándole. Un niño desaliñado que usaba ropa demasiado pequeña. Ba Fatai podría haberlo tomado por un ratero, o un bandido, uno que no aparentaba ser lo bastante fuerte como para presentar un verdadero peligro.

Si no fuera por los ojos. Ba Fatai se sumergió en ellos y no encontró nada humano allí.

—Sé quién eres —gimió Fatai.

El chico sonrió.

—Bien. Muy bien. Te diría que no tengo nada en tu contra, pero sería una mentira. De todas formas, no soy cruel. Mellevarás hasta tu templo, y yo te mostraré la misericordia del Maestro.

—No haré tal cosa.

—No me costaría nada poseer tu cuerpo, y tus recuerdos, y encontrar el templo por mí mismo. ¿Qué eliges?

Se quedaron inmóviles por un momento, el chico observaba a Ba Fatai con una sonrisita relajada. Los ojos del curandero se deslizaron hasta su cuchillo, que brillaba sobre la hierba, donde había caído cuando la visión lo sobrecogió. El chico siguió su mirada y ensanchó la sonrisa.

En ese momento sonó un chillido que helaba la sangre y un pájaro surgió de entre los árboles. Ba Fatai se giró a tiempo de ver una mancha roja y naranja que se estrelló contra el chico en una explosión de plumas. Su kutu. Le había ordenado al pájaro que se quedara en el templo, pero ahí estaba, ayudándole. Ba Fatai nunca se había sentido tan agradecido por su desobediencia.

El chico cayó al suelo entre gritos, tratando de protegerse los ojos de las cuchilladas de las garras del kutu. Se revolcó y pataleó, y consiguió agarrar al pájaro por el pescuezo. Un giro, un chasquido brusco, y el pájaro colgaba, inerte, de su mano.

—¡NO! —gritó Ba Fatai.

El muchacho lanzó el cuerpo sin vida del pájaro al arroyo y se sentó. Tenía los ojos destrozados, la gelatina le caía por las mejillas; aun así, se giró en dirección a Ba Fatai como si pudiera verlo. Pasó un momento en que el arroyo borboteó contra las rocas, en el que un pájaro soltó un alarido en la distancia, y entonces cayó al suelo como una marioneta a la que le habían cortado las cuerdas, inmóvil.

Ba Fatai se quedó sentado, jadeando, mientras observaba fijamente al chico. ¿Estaba muerto? ¿Acaso su kutu había logrado asestarle un golpe mortal? En ese momento una nube de humo morado negruzco rezumó del cuerpo, y antes de que Ba Fatai lograse comprender lo que veía, se lanzó hacia él y lo envolvió.

Ba Fatai soltó un graznido gutural y empezó a sufrir convulsiones, a patalear y echar espuma por la boca. Sintió una presencia ajena infiltrarse en su cuerpo, en su mente, y aunque luchó con todas sus fuerzas, no era rival para ella. Lo estaba consumiendo poco a poco.

Tantas estaciones atrás, había visto cómo se quitaba la vida y se había quedado perplejo, incapaz de comprender qué podría llevarle a hacer algo así. Pero ahora lo entendía. Lo entendía todo. Su vida, para proteger a quienes aún permanecían.

Las manos de Ba Fatai se cerraron sobre la empuñadura del cuchillo, y se lo clavó en el corazón.

CINCO

Era media mañana, y gracias al rayo de luz del sol que se colaba entre las hojas, Ashâke supuso que habrían pasado tres horas desde el amanecer. Había cubierto cierta distancia la noche anterior, empujada por la ira y una necesidad ardiente de interponer todo el espacio posible entre el templo y ella. Se había adentrado en el bosque más que nunca, hasta que dejó de ver la montaña del templo cerniéndose sobre ella y las numerosas luces de los faroles que lo iluminaban; finalmente, agotada, había trepado a la rama de un árbol caído y se había sumido en un sueño intranquilo.

En ese momento estaba sentada en el árbol con la mirada perdida. Su cuerpo le decía que tenía que acudir al Salón del Silencio para los rezos matinales, pero ya no habría más rezos matinales para ella. Ni ahora, ni nunca.

Una tristeza inmensa la invadió. Una parte de ella había albergado la esperanza de que todo hubiera sido un sueño, alguna visión espantosa que su mente había creado. Pero no lo era, y bajo la cruda luz del día, la realidad la golpeó con fuerza: había abandonado el único hogar que había conocido. Los orishas no querían saber nada de ella, así que había renegado de ellos. Era un futuro aterrador, angustioso, el encontrarse a sí misma sin ataduras de pronto, pero su decisión era firme. Por primera vez, tenía el control de su propia vida.

—Soy libre —dijo, sin dirigirse a nadie en particular. Otra vez, más fuerte—: ¡SOY LIBRE!

Ashâke se quedó mirando fijamente los árboles, todos idénticos, mientras calaba en ella poco a poco la comprensión de que en el fondo tampoco había pensado mucho en lo que hacía. No sabía cómo salir del bosque. Ahora que lo pensaba, cuanto más se alejara del templo, más posibilidades tenía de perderse. ¿Tendría que vagar por los bosques para siempre, obligada a valerse por sí misma, reducida a comer setas silvestres y lo que consiguiera cazar, tan falta de contacto humano que se convertiría en una salvaje, idéntica a los animales que le harían compañía?

Malditos sacerdotes. Era todo culpa suya. Ellos iban y venían a

placer, pero los acólitos tenían prohibido pasear por el bosque, e incluso salir nunca del templo sin ir acompañados. Y así se encontraba ella ahora, sin la menor idea de hacia dónde ir. Por supuesto, conocía las ciudades de los alrededores: Inysha y Oyo, y también Offa, donde se daban los boniatos en abundancia. Pero llegar hasta allí, encontrar cualquiera de ellas…, ahí radicaba el problema.

No. No era el momento de desesperarse. Observó la posición del sol y echó a andar en dirección contraria. El bosque no se extendía para siempre, y si seguía caminando hacia el oeste, antes o después tendría que salir de él. Intentó no pensar en cuándo ocurriría eso.

~

El sol brillaba alto en el cielo y Ashâke notaba la ropa pegada a la espalda sudorosa cuando escuchó el sonido. Al principio, creyó que era una alucinación provocada por el calor y el hambre, pero entonces vio un destello de plata a través de los árboles, una vasta extensión de agua ondulante que reflejaba el cielo blanco, y supo que aquello no era una ilusión. Había encontrado un río.

—¡Toma! —gritó, y salió corriendo de entre los árboles hacia la orilla embarrada—. ¡Sí! ¡Sí! ¡sí!

Se adentró en sus aguas pocos profundas y cayó de rodillas, el agua le caló la ropa y le refrescó el culo. Ahuecó las manos para coger agua y se la llevó a los labios. Le bajó por la garganta, fresca y dulce. ¡Por el aliento de Obatalá, nunca le había sabido tan bien el agua! Cuando no pudo cogerla con las manos lo bastante rápido para calmar su sed empezó a beber directamente del río, tragando como un animal en un abrevadero. Una vez satisfecha, se adentró más en el río chapoteando hasta que la arena desapareció bajo sus pies, y se entregó al agua. Flotando de espaldas, observó el cielo blanco y sus escasas nubes mientras las lentas corrientes la alejaban más de las orillas. Podía seguir el río. Antes o después la guiaría hasta un asentamiento. Y desde allí podría encontrar el camino a Inysha, y a lo mejor encontrar a Simbi…

Voces.

Ashâke se quedó inmóvil, el corazón le latía desbocado. Se dio la vuelta, escudriñando con desesperación los árboles en busca del origen de las voces. Después, abandonó cualquier precaución y nadó hacia la orilla mientras una docena de pensamientos le cruzaban la mente. ¿En qué estaba pensando, exponiéndose de esa forma? Estúpida, estúpida, estúpida. Recordó los cuentos horripilantes sobre

forajidos que acechaban para asaltar a los viajeros incautos. Y ella era una mujer sola en el bosque.

Salió del agua dando tumbos, jadeando y empapada, y echó a correr hacia los árboles. Tropezó dos veces y estuvo a punto de caer de bruces en el barro, pero en el último momento recuperó el equilibrio y continuó. Cuando alcanzó la seguridad del bosque, trepó a un árbol, el dolor de la herida le arponeaba la mano, y se despellejó las rodillas y los brazos contra la dura corteza. Por fin, se balanceó hasta llegar a una rama gigantesca y se apretó contra ella como un leopardo. Esperó. No tenía sentido correr sin saber de qué dirección venían.

A través del caos de árboles y hojas distinguía el río, bañado por la luz dorada del sol de la tarde.

—¡Mierda! —siseó. En la tierra suave de la orilla se marcaban sus huellas, que se dirigían hasta los árboles. Para el caso podía haber dibujado una flecha gigantesca que señalara su posición.

El viento traía voces río abajo, y cuanto más escuchaba, más le parecía que eran muchas. ¿Había llegado a un asentamiento?

Un grito desgarró el aire, agudo y espeluznante; unas cuantas ardillas corretearon para ponerse a salvo. Ashâke abrazó la rama con más fuerza, con el corazón martilleándole en el pecho, mientras se preguntaba a quién pertenecía el grito, y si los forajidos habrían encontrado a sus víctimas.

Y entonces los vio.

Dos niños corrían como locos por la orilla, levantando la arena a su paso y gritando a pleno pulmón mientras huían.

Tras ellos, acercándose rápido, había un hombre adulto con el rostro oculto tras una máscara.

Sin pensar, Ashâke se deslizó del árbol y sacó el cuchillo del bolso. Cayó espatarrada, y estuvo a punto de empalarse a sí misma con su propio cuchillo, pero se puso de pie de un salto y echó a correr hacia los niños. No había peleado ni una sola vez en su vida, no le había dado ni un tirón de pelo a los mocosos que se metían con ella, por mucho que se lo hubieran merecido. Pero ahí estaba, corriendo al encuentro de un desconocido, uno que era casi el doble de grande que ella. Una pequeña parte de sí misma, su instinto de supervivencia, le gritaba que se detuviera, que diera la vuelta mientras todavía tenía esa opción, pero siguió corriendo.

Uno de los niños trastabilló y cayó. El otro se detuvo a ayudarlo, pero se habían demorado lo suficiente para que el hombre les diera alcance.

Los alcanzó en tres zancadas, se abalanzó sobre ellos, y cayeron en la arena en un revoltijo de brazos, piernas y… risas. Se estaban riendo. Lo que Ashâke había tomado por gritos de pánico eran en realidad chillidos de emoción. Se tambaleó hasta detenerse entre jadeos, observándolos con una mezcla de confusión y asombro mientras forcejeaban en la arena. El hombre había conseguido liberarse, soltó un gran rugido, sujetó a los dos niños con sus manos enormes y empezó a hacerles cosquillas en la barriga.

Gritos de alegría inundaron el aire, salpicados por risas ahogadas mientras los pequeños intentaban zafarse de las cosquillas.

En ese momento, apareció otra niña corriendo por la orilla, rauda como el viento. Con un chillido de emoción, se lanzó sobre el hombre y se le enganchó en la espalda. Entonces le arrancó la máscara con la mano, dejando al descubierto un rostro joven y sonriente y largas trenzas ondulantes.

—¡Jagu Sin Cara! —gritó triunfal, con la máscara en alto. El hombre rugió y los niños chillaron encantados. Los pequeños que se revolcaban en la arena escaparon a la vez que la niña saltaba de la espalda del joven.

—¡Jagu Sin Cara! ¡Jagu Sin Cara! —gritaban.

—¡Ay! ¡Ay! —contestó el hombre mientras lo rodeaban—. ¡Vale, me rindo! ¡Sois demasiado fuertes! ¿Cómo iba a poder enfrentarme a vosotros?

Y ahí estaba, de espaldas en el suelo mientras los niños bailaban a su alrededor y se lanzaban la máscara unos a otros mientras coreaban: «¡Jagu Sin Cara! ¡Jagu Sin Cara!».

Ashâke se descubrió sonriendo, maravillada por la alegría pura en sus rostros, como si no tuvieran ni una sola preocupación en el mundo. Era una bella imagen. Ella no era capaz de recordar una época en la que hubiera sido capaz de reír con tal abandono, ni siquiera de pequeña.

—Me toca ser Jagu —dijo la niña, la que había desenmascarado al hombre.

—¿Dónde te escondiste? —preguntó uno de los niños.

—Eso. ¿Dónde? —insistió el otro.

Ashâke paseó la mirada entre los dos. ¡Eran gemelos! De la cabeza a los pies, incluida la ropa que llevaban, eran copias idénticas el uno del otro. Los gemelos traían buena suerte. Empezó a pensar en lo bendecida que había sido su madre, que había recibido el favor de los Ibeji, patrones orisha de los gemelos, pero se detuvo. Había dejado atrás los días en los que rezaba a los orishas, en los que veía su

intención y su propósito en todo lo que ocurría. No. No le importaban un cuerno. A la mierda.

—En el bosque —contestó la niña, emocionada. Parecía mayor que los gemelos, aunque no mucho más. Y el hombre ¿sería su hermano? —. Me metí corriendo en el bosque.

—¿Qué? —El joven parecía preocupado de verdad. La señaló con el dedo mientras ella bailaba fuera de su alcance—. Ay, Ralia, diablilla. No debes entrar en el bosque. Tu madre me matará si te pierdo.

¿Sería su padre? Pero parecía demasiado joven para serlo. Parecía más o menos de la edad de Ashâke.

La niña le sacó la lengua.

—Debería arrancarte la lengua y comérmela —dijo él—. No. No nos iremos hasta que me prometas que no vas a volver a meterte en el bosque.

—¡Pero entonces no tiene gracia!

—Lo que no tiene gracia es que tu padre se haga un tambor con mi piel si te pierdo.

—Sería un tambor muy grande.

—Sí. Ya lo sé. Gracias. Y ahora prométeme que no vas a volver a meterte en el bosque.

Ralia hizo un puchero, pero era falso. Se tocó la lengua con el dedo, luego la frente, y luego apuntó al cielo.

—Lo prometo.

Los gemelos hicieron lo mismo. Ashâke sonrió al recordar todas las veces que había hecho que Simbi jurase igual.

—¡Entonces, todo listo! —dijo el joven, sonriendo—. Vamos a…

Sonó el crujido repentino de una ramita bajo los pies de Ashâke. Se quedó congelada, un conejo en una trampa, cuando los demás miraron en su dirección al unísono. Sin darse cuenta había estado acercándose a ellos poco a poco. ¿Quería estar más cerca o verlos mejor? No lo sabía. Ahora cuatro pares de ojos apuntaban en su dirección.

—¿Qué fue eso? —preguntó el primer gemelo.

—A lo mejor algún animal —dijo el hombre, frunciendo el ceño mientras se incorporaba despacio. Ashâke nunca había estado tan agradecida como en ese momento por la oscuridad del bosque y los árboles tan tupidos—. ¿Veis por qué os digo que no entréis en el bosque? Hay animales salvajes que os descuartizarían.

—Yo no tengo miedo, tío Djola —dijo Ralia, y él suspiró, lanzando las manos al aire.

Ashâke tuvo la impresión de que era una discusión recurrente.

—¿Crees que será Jagu? —preguntó uno de los gemelos en un susurro reverencial—, ¿el verdadero Jagu?

—Esperemos que no. Venga, tenemos que volver al campamento. Vuestras madres se estarán preguntando dónde estáis.

El campamento. Había un campamento cerca. Eso explicaba las voces que había escuchado. Ashâke se preguntó cómo sería de grande, y cuánta gente habría allí.

Ya se estaban alejando, así que los siguió. Se mantuvo dentro del bosque, moviéndose con cuidado. Los niños estuvieron de cháchara todo el camino, en vez de caminar en silencio bailaban alrededor de Djola, que los soportaba. Ashâke estaba empezando a preguntarse cuánto más lejos estaría su campamento cuando tomaron un recodo.

—Por las estrellas del cielo.

Había ocho barcos enormes en el río. Todos tenían forma de cebolla y los cascos cubiertos de espirales pintadas con colores brillantes: morado y naranja y azul cielo. Había otros barcos más pequeños —Ashâke contó por lo menos dos docenas— atados unos a otros con cuerdas gruesas para que no se fueran a la deriva. Parecía una ciudad flotante. Era una ciudad flotante. Como si la gente pudiera vivir toda la vida —casarse, tener hijos, morir— en esos barcos.

—Griots —susurró Ashâke. Se estremeció de emoción. La forma de los barcos, los patrones. Los había visto en libros de la biblioteca, los habría reconocido en cualquier parte. Esas personas eran griots. Había oído hablar de esos nómadas toda su vida, se los llamaba la memoria del mundo: transformaban acontecimientos históricos olvidados en canciones, recordaban todos los secretos de la historia, remontándose a la creación de Ayé. Los sacerdotes los consideraban fraudes, decían que era imposible que la mente humana lo recordase todo, que fuera capaz de albergar tanto conocimiento. ¿Qué era lo que decían? Tened cuidado con los griots. Adornarán la historia para mantener la rima, la deformarán para que encaje el tempo. Pero otros decían que tenían el don de una memoria muy larga. El ashé que corría por sus venas lo permitía. Ahí de pie, Ashâke no pudo evitar sentir que tenían razón.

Se acercó más, peligrosamente cerca de la linde del bosque, para ver mejor.

Había muchísimos niños. Se salpicaban en el agua, sus gritos poblaban el aire mientras jugueteaban y transformaban el río en espuma. En la orilla, la gente iba y venía, ocupados con una tarea u otra: unos hombres trabajaban en un barco, otros arrastraban leña recién cortada, los de más allá acarreaban cubos llenos de resina burbujeante mientras reparaban una grieta en un casco; algunas

mujeres lavaban la ropa, en cuclillas en la orilla del río, y reprendían de vez en cuando a los niños, que en sus juegos creaban olas que amenazaban con arrastrar la ropa; otras estaban reunidas alrededor de varios fuegos, sudando sobre olla enormes.

Era, en todos los sentidos, un campamento.

~

Había caído la noche y con ella la temperatura. La niebla flotaba en la superficie del río, dando un aspecto fantasmagórico a los barcos. Los griots cenaban alrededor de varias hogueras. La brisa le traía el murmullo suave de su conversación y los ocasionales estallidos de carcajadas, sin mencionar el aroma apetitoso a gachas de ñame. Ashâke tenía hambre. Llevaba casi un día sin comer y, aunque le habría gustado unirse a ellos, no se decidía a enfrentarse a trescientos desconocidos. Así que se quedó agachada entre los árboles a cien metros del campamento, sin atreverse a acercarse más por miedo a que alguien en busca de un lugar donde aliviarse se desviara y chocara con ella.

—Deberías unirte a nosotros —dijo una voz tras ella. Ashâke se puso de pie de un salto y se giró con brusquedad.

Djola estaba frente a ella, apoyado en un árbol con aire tranquilo. Se había limpiado el barro del pelo y se había cambiado de ropa, llevaba un buba y un sokoto gris carbón cubiertos por una pechera de cuero curtido, y todo se fundía con su piel oscura. Parecía uno con la oscuridad, Ashâke supuso que esa era su intención. Solo era capaz de distinguirlo gracias al parpadeo de la luz de las hogueras, que se filtraba entre los árboles. De cerca parecía mucho más corpulento, y Ashâke fue muy consciente de la facilidad con la que podría vencerla si quisiera. Lo que más la alteraba era que se hubiera acercado sigilosamente sin que ella notara nada.

Dio un paso hacia ella.

Ashâke reaccionó sin pensar y sacó el cuchillo. Se le escapó de la mano por la fuerza del movimiento, rebotó en el árbol más cercano y se hundió en la tierra de forma patética. Blasfemando, rebuscó entre la maleza mojada, lo encontró y volvió a asumir su posición a tres pasos de Djola, apuntándolo con el cuchillo.

—¿Tienes intención de apuñalarme con eso? —preguntó él—. ¡Qué imagen tan aterradora!

—Bien. Así sabrás… —Ashâke se detuvo y frunció el ceño. Se dio cuenta de que Djola no se había movido ni un ápice en todo ese rato,

se había limitado a observarla, inmóvil, con una expresión inescrutable en el rostro. De hecho, nunca había visto a nadie que pareciera menos asustado—. Te estás burlando de mí.

Djola sonrió, con un destello de dientes blancos.

—Nunca me atrevería. Aunque me veo obligado a señalar que el cuchillo que sujetas con tanta maña es un cuchillo de pan. Bueno para cortar… pan. —Alargó una mano hacia su cinturón con una floritura y sacó un puñal con aspecto peligroso. El arma centelleó en la oscuridad mientras él admiraba su filo—. Este es un cuchillo para deshuesar. Lo bastante afilado para herir, hasta para matar a un hombre… si sabes dónde clavarlo. Este es el que te interesa, si tienes intención de atacarme.

¿Por qué le diría algo así? ¿Intentaba intimidarla? Era cierto, el cuchillo parecía afilado. Dolorosamente afilado. Y Ashâke no quería ni imaginar las mil maneras en que podría destriparla. Apartó esos pensamientos y sacudió su arma en el rostro del joven.

—Un cuchillo es un cuchillo. Y sé dónde cortar para hacer daño. Así que aléjate de mí.

Djola ensanchó la sonrisa, y luego se guardó el puñal en el cinturón con gran ceremonia.

—Mis disculpas. No pretendía asustarte…

—No estoy asustada…

—… pero, para ser justos, tú sacaste el arma primero. Nadie debería agitar un cuchillo si no sabe cómo usarlo.

Se quedaron así largo rato, mirándose el uno al otro. A Ashâke le empezó a doler la mano, y comprendió que tenía un aspecto ridículo apuntándolo con un cuchillo del pan. Aun así, no estaba dispuesta a bajar la guardia. Era un desconocido, por muy desarmado que pareciera. Seguía teniendo un cuchillo de deshuesar, y estaba sola con él en el bosque, lo bastante lejos del campamento como para que nadie la oyera gritar.

—¿De dónde has salido? —preguntó Ashâke—. ¿Por qué no estás con tu gente? ¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Tantas preguntas —dijo él, cruzándose de brazos con parsimonia. Ashâke no pudo evitar percibir cómo se le marcaban los músculos—. Vi cómo nos observabas río abajo.

La joven maldijo para sí. Por supuesto que la había visto. A ella le había parecido que estaba bien escondida entre los árboles, pero al parecer no. Estaba descubriendo que no se le daba demasiado bien ser… ¿una fugitiva?, ¿una mujer salvaje?

—Así que me seguiste.

—Por decirlo así. Volví a buscarte.

Ashâke tragó saliva.

—Volviste a buscarme. ¿Por qué?

—Para asegurarme de que no representabas un peligro ni para mí ni para los míos.

Lo dijo a la ligera, pero bajo esas palabras se percibía una amenaza de fondo.

¿Era una especie de centinela? Tenía sentido. Los bosques eran peligrosos, y en un campamento tan grande tenía que haber centinelas. Un campamento en el que había tantas mujeres y niños. Djola debía haber decidido que ella no representaba ningún peligro, o no estarían charlando tan tranquilos. Pero, de nuevo, podría haber otros acechando en las sombras. Otros vigilantes.

—Mis amigos están de camino —dijo—. Se han ido de caza.

—Por supuesto.

Su tono dejaba claro que sabía que mentía. Si era el vigilante que Ashâke sospechaba, se habría asegurado de que estaba sola antes de revelar su presencia.

—¿Qué quieres?

—Ah. —Djola se dio unos golpecitos en la mandíbula, pensativo—. Esa pregunta es más bien para ti. ¿Qué quieres? ¿Qué estás haciendo aquí… sin tus amigos?

Huir. Huir del templo y de toda una vida de servicio fallida. Huir de los orishas, que la habían rechazado. Aunque nadie podía huir de verdad de los orishas.

—No es asunto tuyo.

La mirada del chico se detuvo en su mano herida, en la venda sucia y manchada de sangre.

—Puede que no. Pero no es habitual encontrar acólitos perdidos en la naturaleza.

—¿Cómo…?

Ashâke no acabó la frase. Todavía llevaba la ropa del templo, por muy sucia que estuviera. No supo decidir qué le dolía más, el que la hubiera tomado por una acólita de inmediato, o que ni siquiera contemplara la posibilidad de que fuera una sacerdotisa. Una mujer de su edad debería ser sacerdotisa. Sintió que la ira, esa vieja conocida, la invadía, pero le puso freno.

El joven esbozó una sonrisita de suficiencia.

—Pareces hambrienta. Y helada. Tenemos comida de sobra y un fuego cálido. Y un jergón en el que puedes dormir. No sé si has oído hablar de mi gente, pero en general somos inofensivos. —Hizo una

pausa—. Excepto Ralia, mantente alejada de ella. Esa niña es un peligro.

Ashâke sintió que una sonrisa asomaba a sus labios. Sí que le había parecido que Ralia lo superaba. Lo que necesitaba era una hermana mayor, una que… Por las estrellas del cielo, ¿en qué estaba pensando?, ¿iba a ser ella la hermana mayor? Miró hacia el campamento. Las hogueras parecían cálidas y acogedoras. Y sí que se moría de hambre. Pero también era recelosa. Había pasado toda su vida con la misma gente, y la perspectiva de tantos desconocidos la abrumaba. Y eso sin pensar en cómo iba a explicar de dónde venía ni cómo se había hecho el corte en la mano…

—No —respondió—. Mis amigos… se preocuparían. Pero gracias.

Djola se la quedó mirando, y después asintió despacio.

—Como quieras. —Se detuvo un momento—. Estaré atento a tus amigos.

Y se largó, adentrándose en la noche.

SEIS

—Aleluya. Estás viva.

Una mujer se cernía sobre Ashâke. Llevaba un iro y un buba de tonos tenues salpicados por las mismas espirales brillantes de los barcos, los colores hacían un bello contraste. En el cuello lucía collares de varias vueltas de conchas y cuentas de coral, que rebotaban en su pecho generoso cuando se inclinó sobre la joven. Su pelo gris plateado estaba recogido en cuatro trenzas austeras adornadas con cauris. Parecía lo bastante mayor para haber vivido sesenta o setenta estaciones de lluvia, y miraba a Ashâke con ojos delineados en kohl y la preocupación marcada en el rostro.

La muchacha parpadeó mientras intentaba despejar la mente, aún sumida en las profundidades fangosas del sueño.

Recordaba haber estado observando el campamento hasta que las hogueras estaban casi apagadas y los griots empezaron a retirarse, despidiéndose unos de otros mientras trastabillaban en dirección a sus tiendas o a los barcos. Recordaba haber vuelto sobre sus pasos, hasta que por fin encontró un trozo de tierra seca en la base de un árbol en el que se había acurrucado para dormir. Pensaba que había elegido un lugar apartado donde no sería fácil de encontrar. Pero al parecer no. Tenía que haber sido Djola, por supuesto. Ya la había rastreado con facilidad la noche anterior.

Ashâke se sentó. Notaba el cuerpo rígido tras dormir sobre el duro suelo, y tenía la ropa pegada, húmeda por el rocío. Tras ella, los ruidos apagados del campamento llenaban el aire de la mañana: hombres que gritaban, madres que llamaban a sus hijos, niños que chillaban mientras jugaban.

—Pues claro que está viva —intervino Djola al entrar en su campo de visión—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—¿Por qué no?… —La mujer cerró los ojos y se encaró con él—. Esta noche te dejaré dormir aquí sin nada más que la ropa que lleves puesta.

Djola se encogió de hombros.

—Puedo sobrevivir a un poco de frío…

—Cállate, chico. No hagas que te dé una azotaina. —Se giró hacia Ashâke—. ¿Puedes caminar?

—¿Puedo?…

Claro que podía andar, ¿por qué no iba a poder?

—Bien, pues te vienes conmigo.

Con una fuerza sorprendente, levantó a Ashâke, que soltó un grito cuando sintió un espasmo de dolor en la herida.

—¿Qué es?… ¡Ah! Estás herida. —Fulminó a Djola con la mirada —. No me puedo creer que la dejaras aquí fuera.

—Tía, ya te lo he dicho, la invité a venir. Se negó. No podía obligarla…

—¿Por qué no? ¡Mira a la pobre chiquilla! ¿A ti te parece que está bien?

—Bueno…

—Serás bruto. Te viene de parte de padre.

Djola abrió la boca para protestar, pero la mujer ya lo había ignorado.

—Vamos, hija. Ven conmigo ahora mismo.

Antes de que Ashâke acertara a abrir la boca, la mujer la cogió del brazo y la condujo hasta el campamento.

Tras la sombra del bosque, la luz del sol le hacía daño en los ojos, así que tuvo que entrecerrarlos mientras seguía a la mujer al galope, como una mula. Sentía como si la hubieran lanzado a un precipicio sin previo aviso. Quería gritar, o por lo menos pedir un respiro, pero todo ocurría muy deprisa, y se descubrió extrañamente aturullada, como si fuera una mera observadora.

—¿Cómo te llamas, pequeña?

—Ashâke.

—Puedes llamarme mamá Agba. El memo de Djola es mi sobrino, el hijo de mi hermana. Aunque nadie lo diría, con lo bruto que es a veces.

Ashâke miró por encima del hombro, Djola las seguía, y su rostro pasaba del bochorno a la exasperación. Se dio cuenta de que lo observaba y le correspondió con una mirada furiosa.

—No es culpa suya, de verdad. Le dije que estaba bien.

—Ya.

A Ashâke le daba la impresión de que la mujer solo escuchaba lo que quería, y que nadie podía hacerla cambiar de opinión. Le recordaba a Ba Fatai. Pero aquello era lo último que había esperado, una mujer preocupada que la guiaba al calor y la seguridad. Por otra parte, la noche anterior el propio Djola la había invitado a unirse a

ellos. ¿De verdad sería aquella gente tan… acogedora con los desconocidos?

Ashâke descubrió, no sin sobresalto, que estaban reuniendo un séquito considerable. La rodeó un enjambre de niños: Ralia y los gemelos, y otros niños altos, larguiruchos y cargados de mocos, todos mirándola boquiabiertos con curiosidad infantil.

«¿Quién es tu amiga?», escuchó preguntar a Ralia, a lo que Djola respondió: «No es amiga mía».

Ashâke deseó que se la tragara la tierra. Eso era justo lo que había intentado evitar, esa atención no deseada. Se sentía de vuelta en el templo, en clase de adivinación, tartamudeando sobre su tablero mientras el sacerdote Fawole chasqueaba la lengua por encima de su hombro y la instaba a aplicarse y abrir la mente. Sentía todas las miradas posadas en ella, los ojos de cien desconocidos que la evaluaban, la juzgaban. ¿Qué pensarían de ella? Sabía lo que debía parecer, con hojas en el pelo y la ropa embarrada; uno de los forajidos que tanto temía.

Pasaron delante de un barco, uno de los tres más grandes, al que le estaban reparando el casco. Ashâke mantuvo la vista fija en el suelo, las miradas de los demás la pinchaban como alfileres.

—Aquí no hay nada que ver —dijo mamá Agba a los niños—. Largo, u os busco algo que hacer. Todos.

De repente estaban en un barco. Ashâke nunca había subido a uno, y el cambio brusco le resultó abrumador. La sola idea de que bajo ella había agua en lugar de tierra firme hacía que el estómago se le convirtiera en papilla, y estaba muy agradecida de tenerlo vacío en ese momento, seguro que de lo contrario lo habría vaciado. Mamá Agba la llevó bajo cubierta, deslizó una puerta de madera y escoltó a Ashâke al interior de una habitación.

Era una estancia pequeña y cómoda, abarrotada por los adornos recopilados durante una vida entera. Unas cortinas azules *tie dye* ondeaban en una ventana que daba al río, y debajo había un baúl enorme rebosante de ropa. Apartado en una esquina había un barreño de madera y un cubo, todavía mojados por un baño previo. Una colchoneta para dormir estaba extendida en mitad de la habitación, con más ropa desparramada por encima.

—Muy bien, hay que lavarte —dijo mamá Agba—. ¿Tienes hambre? Debes tenerla.

—Yo…, sí, ma…

Un espejo antiguo con marco plateado se ocultaba en una esquina. Ashâke captó su expresión azorada en el cristal agrietado.

—Iré a por algo de comer mientras te aseas.

Mamá Agba cogió el cubo y lo lanzó por la ventana.

—Te estoy viendo, Ralia —dijo—. Vete a por agua para un baño, ya que no tienes nada mejor que hacer. ¡Ralia!

Apareció una manita en la ventana que agarró el cubo y desapareció.

Ashâke se quedó inmóvil, estrujándose las manos. No sabía qué era lo que esperaba, pero desde luego no esa mujer que, sin conocerla, la había acogido con tanta sinceridad. Que la había llamado «hija». Era demasiado. Más bondad de la que había experimentado en toda su vida.

Rompió en llanto, un llanto explosivo que la dejó sin aliento.

—Oh —dijo mamá Agba abriendo mucho los ojos—. Oh, niña…

Ashâke se dio la vuelta, avergonzada, secándose los ojos. Pero sintió los brazos de mamá Agba rodeándola y se quedó sin fuerzas. Lloró en su regazo y permitió que la abrazara, se permitió a sí misma recibir sus caricias. Lo único que había querido siempre era sentir que pertenecía. Y ahí, en ese barco, en ese campamento de griots, en esa habitación en los brazos de la matriarca, estaba empezando a sentirse en casa de una forma que nunca había experimentado en el templo.

Se abrió la puerta y Ralia entró con un cubo lleno de agua. Frunció el ceño al mirarlas y vació el cubo en el barreño.

—¿Por qué lloras? ¿Estás herida?

—Ralia, te juro… —empezó la matriarca.

—No, no pasa nada —dijo Ashâke. Le dirigió una sonrisa húmeda a la niña—. Estaba herida, pero… me estoy recuperando.

Ralia estudió a Ashâke con sus ojos grandes y curiosos, y pareció llegar a una conclusión.

—Bien.

—Venga, vamos —dijo mamá Agba poniéndose de pie. Le tendió la mano a la niña, que la tomó—. Dejemos a nuestra nueva amiga para que pueda asearse. —Dirigiéndose a Ashâke, añadió—: Da un golpe en la puerta cuando hayas terminado y vendré a por ti.

Poco después, Ashâke estaba limpia, vestida con ropa nueva un poco grande, y tenía ante sí un desayuno delicioso de ogi y akara. Aunque antes había estado famélica, descubrió que ya no tenía tanto apetito, y tras marear la comida en el plato y obligarse a tomar unas cuantas cucharadas bajo la atenta mirada de mamá Agba, alejó los restos del desayuno con una mueca de disculpa y la promesa de terminárselo antes de que acabara la mañana.

Sentada en el catre de la habitación de mamá Agba, el hedor de la

cataplasma saturaba el aire mientras la mujer le vendaba la herida.

—No me has preguntado cómo me hice esta herida —dijo. Había muchas cosas que la mujer no le había preguntado, como de dónde venía, aunque no resultaba difícil adivinar que había sido una acólita. A lo mejor creía que había escapado del templo. Y no se equivocaría. A lo mejor Ashâke no era el primer acólito fugado que veía.

—¿Quieres que lo haga? —Le dio unos toquecitos en la herida que provocaron que Ashâke diera un respingo—. Una chica joven sola en el bosque… Hay muchas muchas maneras de salir herida.

—Y no tienes curiosidad…, ¿no quieres saber por qué estoy aquí?

Mamá Agba sonrió.

—Pequeña, la mitad de la gente de este campamento ha acudido a nosotros por un motivo u otro. Algunos eran bebés abandonados por sus padres. Porque sus padres ya tenían demasiadas bocas que alimentar, o porque creyeron lo que decía un falso chamán que los declaró malditos. Otros fueron abandonados por sus familias, por la sociedad, excluidos, aislados. Y como nosotros no pertenecemos a ningún reino, como vivimos, por decirlo así, en los bordes de la sociedad, los acogemos. No importa de dónde vengas, si sufres necesidades siempre habrá un lugar para ti entre nosotros.

Ashâke se imaginó la tribu como un rastrillo gigantesco, arando los Diez Reinos y recogiendo a los perdidos. Y quizás piedras preciosas también.

—Me corté la mano en un ritual de vinculación. —Dejó escapar una risita seca y amarga—. Intenté invocar a un orisha, una tontería por mi parte, pero… Supongo que ya no importa. Los orishas no me quieren.

Una expresión extraña cruzó el rostro de mamá Agba, pero fue tan breve que Ashâke dudó si lo habría imaginado.

—Ya está —dijo la matriarca, mientras envolvía la herida y ataba la venda—. Ahora ten cuidado con esa mano para que no se vuelva a abrir la herida.

~

Ralia encontró a Ashâke en cuanto esta puso un pie fuera del barco.

—¿Quieres jugar a Jagu-Jagu?

—¿Qué? —preguntó ella con expresión confundida.

—¿Nunca has jugado a Jagu-Jagu?

No, nunca lo había hecho. Ni a Jagu-Jagu ni a ningún otro juego. Su infancia había estado dedicada a una vida ascética compuesta de

rezos y contemplación profunda. Ralia parecía escandalizada ante la idea de que no hubiera jugado nunca, e insistió en rectificar la situación. Así que la joven se encontró llevando una máscara y persiguiendo a los niños, que se dispersaban ante ella y chillaban mientras chocaban unos con otros en sus esfuerzos por escapar. Ashâke se descubrió canturreando entre risas:

—Jagu Sin Cara, Jagu Sin Cara.

—¿Qué haces? —preguntó Ralia cuando se preparaban para volver a jugar.

—¿Qué?

—No paras de mirar para los árboles. ¿Estás…? —La niña abrió mucho los ojos y se acercó a ella con aire conspirador—. ¿Estás esperando a más de los tuyos?

—¿Más de… los míos?

—¡Sacerdotes! —siseó con impaciencia, como si Ashâke fuera una cría poco espabilada.

—No.

Esperaba que no vinieran. Quería estar lo más lejos posible de los sacerdotes.

Por la tarde, después de que obligaran a los niños a dormir la siesta, Ashâke se acercó a las mujeres en el río y se ofreció a lavar algo de ropa, pero ellas se negaron al ver su mano vendada y la hicieron irse con amabilidad. Recorrió el campamento hasta que se encontró con un anciano canoso colocando las cuerdas de una kora. Su piel marrón oscura estaba marcada por las arrugas, y el poco pelo que le quedaba le salpicaba la cabeza como granos de sal. Le sonrió y le preguntó si le gustaría escuchar una canción. Ella intentó negarse —no quería ser ninguna molestia—, pero el anciano desestimó sus protestas e insistió en que se sentase mientras acababa de afinar el instrumento. Hablaba mientras trabajaba. Le contó que en la tribu había tres grandes familias, aunque entre ellos el concepto de lazos familiares estrictos era casi irrelevante, un bebé podía ser amamantado por su madre tanto como por otra mujer de otro barco. De hecho, cada persona cuidaba de las demás como si fueran familia. Ashâke descubrió que la tribu estaba liderada por Baale Jaha, el marido de mamá Agba, que llevaba siendo el patriarca y el Griot Mayor casi cincuenta estaciones, y podía recitar eventos que se remontaban a la creación, cuando Obatalá había descendido de Orun y había lanzado un puñado de arena al mar para crear la tierra. La tribu venía de Skaggás cuando se encontraron con unos rápidos que destruyeron el casco del segundo barco. El puerto al que se dirigían

ahora era Inysha, y Ashâke deseó que le permitieran unirse a ellos. Le encantaría conocer la ciudad, y a lo mejor, con un poco de suerte, ver a Simbi.

Ashâke captó retazos de mamá Agba, siempre revoloteando de un lado a otro, y comprendió la suerte que había tenido de acaparar su atención, aunque fuera un rato corto.

La cena era un asunto serio. La tribu se reunía alrededor de varias hogueras y compartía pan sin levadura y sopa de pimientos, hecha con setas y trozos de pescado y sazonada con hojas amargas y cebollas asadas. Estaba deliciosa, Ashâke había recuperado el apetito y comió hasta reventar. Se sentaba en el grupo principal, junto a Baale Jaha, mamá Agba y otras personas que había ido conociendo a lo largo del día. Ralia estaba a su lado, y cuando ya habían terminado su ración se apoyó en Ashâke y se hizo un ovillo, el pelo le olía ligeramente a aceite de coco.

Una mujer joven paseaba con una olla grande, ofreciendo una segunda ración a quien lo deseara.

—¡Yo tomaré un poco más! —gritó un hombre grande y barbudo que Ashâke identificó como Gaza, el padre de Ralia y uno de los principales percusionistas del grupo.

—No, no lo harás —intervino su mujer, arrancándole el bol de las manos—. No quiero tener que soportar tus pedos esta noche después de que te hayas empachado.

Un coro de risas recorrió el campamento mientras él farfullaba indignado. Ashâke se descubrió riendo también. Quizás era culpa del vino, o simplemente de la buena compañía, pero en ese momento olvidó todos sus males, olvidó que había abandonado el templo y que los orishas no querían saber nada de ella. Y pensar que solo el día anterior había estado vigilando desde los matorrales, viéndolo todo desde fuera y deseando unirse al grupo. Ahora estaba allí sentada, riendo con ellos como si los conociera desde hacía muchas estaciones. Al final Ba Fatai había tenido razón, su futuro no estaba en el templo. Su futuro estaba allí, en el mundo, junto a los griots, compartiendo su camaradería.

—¿A dónde vas? —le preguntó Ralia cuando se levantó.

—Tengo que orinar.

—Ah…, no dejes que te pille Jagu —susurró, con un brillo en los ojos a la luz de la hoguera, y Ashâke sonrió.

Lejos del calor de las hogueras, la noche era fresca, y los matorrales, húmedos por el rocío, le rozaban los tobillos cuando se adentró en el bosque. La llamada de apareamiento de una rana, quizás

más de una, poblaba el aire. Pronto encontró un claro cubierto de hierba de elefante que le llegaba a la cintura. Se subió la ropa, se agachó y orinó.

La hierba se movió. Al principio, Ashâke creyó que sería algún animal que se alejaba al escuchar el chorro, pero entonces vio al chico que la observaba a través de la hierba.

—¿Qué haces? —gritó, poniéndose de pie de un salto mientras se subía a toda prisa las bragas y se bajaba la ropa—. ¿Me estabas mirando?

El niño no intentó escaparse, ni siquiera ocultar el rostro. Simplemente se quedó quieto, observándola. Tenía una mirada intensa, hambrienta. Una mirada que no encajaba en el rostro de un chico de doce estaciones, y eso la puso nerviosa.

—¿Cómo te llamas?

Todavía le escocía la entrepierna por haber tenido que parar de orinar antes de tiempo.

—Vienes del templo, ¿verdad? —preguntó el chico—. Tiene que haber un templo por aquí. ¿Sabes dónde está?

Ashâke frunció el ceño. Las ubicaciones de los templos eran un secreto bien guardado, solo los sacerdotes conocían los caminos que llevaban hasta ellos.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque quiero ir —dijo el chico.

—No puedes. Solo pueden ir los sacerdotes y los acólitos. El chico inclinó la cabeza con aire pensativo.

—Tú eres sacerdotisa. Puedes llevarme tú.

—No, yo no voy a volver. —Hizo una pausa—. ¿Quieres convertirte en sacerdote?

Eso explicaría su interés, pero era un poco mayor para la iniciación, eso sin mencionar que ya era…

Se movió muy rápido. Estaba a cinco pasos de ella, oculto por la hierba de elefante, y al momento siguiente lo tenía justo delante, con los pies sobre el charco de orina, agarrándole la muñeca con fuerza.

—¡Ahhh! —gritó Ashâke—. ¿Pero qué te pasa? ¡Suéltame!

—¿Qué está pasando aquí?

Djola apareció en el claro con un machete al hombro y rostro serio. Miró a Ashâke y después al chico, que la soltó de inmediato.

—Nada. La sacerdotisa y yo solo estábamos hablando, nada más.

—¡Me estabas espiando! —gritó Ashâke, masajeándose donde la había agarrado. Por el aliento de Obatalá, tenía una mano de hierro. Nunca habría imaginado que un chico tan delgaducho pudiera tener

tanta fuerza.

—¿Ah, sí? —Djola miró ceñudo al muchacho—. ¿Estabas espiando a esta mujer en un momento privado?

Un balbuceo.

—¡Habla más alto, chico!

—No la estaba espiando. Estaba esperando a que terminase. Quería hablar con ella.

Djola le dio un coscorrón. Uno fuerte. El chico soltó un alarido y dio un salto hacia atrás, agarrándose la oreja.

—Fuera de aquí —dijo Djola.

El muchacho les dirigió una mirada siniestra a ambos y se fue, ofendido como un gato escarmentado.

—No tenías por qué hacer eso —dijo Ashâke.

Djola levantó las cejas.

—Fuiste tú la que dijo que te estaba espiando.

—Sí, pero… —Se mordió el labio—. Podías haberle echado la bronca y ya.

—Bueno. —Djola se encogió de hombros—. La próxima vez que se le ocurra espiar a una mujer se acordará de mi mano. A veces un coscorrón es mejor que las palabras. —Frunció el ceño—. Menudo tipo raro. No entiendo cómo puede creer que está bien espiar a la gente. ¿Qué pasa? ¿He dicho algo gracioso?

Ashâke sonreía.

—No, no, es que… ¿No es eso lo que haces tú? ¿Espiar?

Djola tardó un momento en digerir sus palabras.

—¿Qué? ¡Eso es distinto!

—¿Seguro? Tú también me pillaste por sorpresa ayer, y ahora mismo, ¿es que pasabas por aquí de casualidad justo donde yo había venido a orinar?

Djola parpadeó.

—No estarás…, me estás acusando de… ¡Estoy de patrulla! Oye, yo nunca…

Ashâke estalló en carcajadas.

—¡Estoy de broma! Dioses, ¡es una broma! —Se secó los ojos—. Tendrías que verte la cara, parece que te va a dar algo.

Djola compuso una expresión de perplejidad absoluta.

—Pero ¿qué clase de mujer eres?

Giró sobre sus talones y se fue a grandes zancadas hacia el campamento, con Ashâke siguiéndolo de cerca, todavía entre risas, y gritándole que solo era una broma.

SIETE

—¿Vas a quedarte con nosotros? —preguntó Ralia cuando Ashâke volvió a sentarse a su lado frente al fuego.

—Ralia. Esa decisión es suya —dijo mamá Agba, que hacía brincar a un bebé lloroso en sus rodillas—. Y nos lo dirá cuando esté lista, así que deja de agobiarla.

—Pero no volverás, ¿no? Al templo.

—No. No tengo pensado volver.

Ralia sonrió, y la joven se emocionó al ver el alivio en esa sonrisa. ¿De veras se había encariñado tan rápido con ella la niña?

—Bien —dijo la pequeña, acurrucándose más junto a ella, y añadió —: No hay orishas, así que no deberías…

—¡Ralia! —siseó mamá Agba, fulminándola con la mirada.

A Ashâke se le secó la boca de pronto.

—¿Qué? —Les dirigió una mirada inquisitiva—. ¿De qué habla?

Mamá Agba suspiró.

—Creía que lo sabías, que quizás había sido por eso por lo que… te fuiste, pero entonces dijiste en mi habitación: «Los orishas no quieren saber nada de mí». Pequeña, los orishas no quieren saber nada porque están muertos.

El silencio se apoderó del campamento, roto solo por el crepitar de los troncos en las hogueras. En algún lugar se escuchó la llamada de un animal. Ashâke fue consciente de que todos la miraban.

—Eso no es cierto —contestó con una débil risita—. No puede serlo.

—¿Los has escuchado? —El que hablaba era Baale Jaha, su voz profunda le retumbaba en el pecho—. Antes los sacerdotes eran capaces de hablar con los orishas. Escuchaban sus voces en su cabeza todo el tiempo.

—No puedo escucharlos porque no soy sacerdotisa —explicó Ashâke—. Solo después de ordenarnos podemos… Hay una ceremonia en la que los orishas eligen y nunca me han elegido a mí…

De pronto aquello le sonó hueco. Aquel razonamiento. Se aferraban a la idea de que todo lo que les enseñaban era cierto. Ella se

había aferrado a la idea de que un día escucharía a los orishas. Pero la fe era muy fácil de manipular. ¿Qué era la fe, después de todo, más que la creencia en algo intangible? Algo que no se ve, algo que no se escucha. ¿Y acaso no había creído durante todas las estaciones pasadas? Su servicio dependía de la comunión con los orishas. Pero, si los orishas estaban muertos, ¿cómo podían los sacerdotes afirmar que estaban en contacto con ellos?, ¿cómo podían afirmar que los escuchaban?

La respuesta apareció ante ella con claridad, una verdad cruel. Mienten.

Todos fingen.

Ella quería creer. Pero eso explicaría muchas cosas. Explicaría por qué, a pesar de sus denodados intentos, nunca había sido capaz de escucharlos. ¿Es que todos los demás simplemente habían entrado en el Santuario Interno y al salir habían fingido que los habían elegido? ¿Habían fingido que eran capaces de escuchar a los orishas? Ashâke se sintió víctima de una broma horrible, una broma que todos menos ella habían compartido. Pero ¿por qué? ¿Por qué mentían los sacerdotes? ¿Por qué le había mentido Simbi?

—Los orishas… no están muertos. No pueden estarlo…

Era una súplica. Una súplica desesperada e inútil. Porque la realidad significaba que ella era una estúpida. Que había sido una estúpida toda su vida. Pero la verdad era evidente. Ahora que se lo habían señalado, resultaba obvio. ¿No había sospechado que los sacerdotes le mentían? ¿No se había preguntado qué le ocultaban? Ese era el auténtico motivo por el que prohibían a los acólitos salir del templo. Para que no descubrieran la verdad. Por eso les había aterrorizado que intentara invocar a un orisha y fracasara.

Lo comprendió por fin: no había orishas a los que invocar porque estaban todos muertos.

Algo cálido resbalaba por sus mejillas. Ashâke se llevó dos dedos al rostro y observó confusa el brillo de las lágrimas en ellos. Poco a poco, se echó a reír. Una risa carente de alegría ni placer le subió por la garganta, y acabó doblada, dándose golpetazos en los muslos y sacudiéndose entre carcajadas. Qué extraña visión debía componer en aquel campamento, su risa amplificada como la llamada de una hiena en el frescor de la noche, anegando el río, los árboles y las montañas. Y cuando miró a los griots y vio la preocupación, la compasión y la pesadumbre en todos sus rostros, se echó a reír más y más fuerte, porque era una estúpida. Rio hasta que le dolió respirar, hasta que se agotó y no pudo reír más. Y después preguntó al silencio:

—¿Cómo?

Mamá Agba miró de reojo a Baale Jaha.

—Quizás… no deberíamos…

—¡No! —Ashâke se limpió las lágrimas con impaciencia—. No. Quiero saberlo. Si los orishas están… —Respiró profundamente—. Quiero saberlo. Por favor.

Pasó un momento en el que los griots intercambiaron miradas cargadas de significado, después…

—Muy bien —dijo Jaha—. Te Cantaremos una Canción. Te Cantaremos *La caída de los orishas*.

El ambiente cambió. Ashâke no vio de dónde habían salido los instrumentos, pero de pronto los griots tenían koras y shakers, gongs y flautas y tambores de piel de vaca. Se pusieron de pie despacio y formaron un círculo a su alrededor. Entonces Djola entró en el círculo con un tambor batá gigantesco colgado del cuello. Lo golpeó una vez y un bramido quebró la noche, como el retumbar de un trueno. Dejó que el sonido se extinguiera antes de golpear el tambor otra vez, y otra, y otra, creando un ritmo hipnótico y palpitante: PUM-pum-pum. PUM-pum-pum.

Las koras despertaron, sus cuerdas vibraron en acordes cálidos, las flautas se unieron a ellas, sus lúgubres melodías se entrelazaban con los acordes de las koras, y los griots elevaron sus voces como si fuera una, uniéndose en una dulce armonía hasta crear un aura de fondo para que cantara el Griot Mayor.

Jaha entró en el círculo, extendió sus largos brazos y gritó hacia los cielos:

«En la tierra sobre el cielo
vivía el Señor de todos los seres;
Olodumare, padre de los orishas y los hombres.
Los hombres vivieron muchos años ajenos a la existencia
de los orishas,
tropezando toda su existencia como los niños en los
pantanos.
Olodumare quiso revelar misterios astrales a los hombres,
y así llamó a los orishas de todos los rincones del mundo
y los instó a construir un puente;
una torre, una puerta que uniría los reinos de los hombres,
y los orishas».

El mundo desapareció a su alrededor. Los griots, los árboles, el fuego. Todo se disolvió en un remolino de colores, como si la realidad no

fuera más que la impresión de un pintor en una tabla de barro, que se borra con agua. Ashâke se encontraba sola en un espacio negro y sin forma. Seguía escuchando sus voces, la música, el cántico poderoso del Griot Mayor. Entonces el mundo estalló en colores ante ella, y se encontró ante una estructura alta y estrecha. Ashâke la reconoció por las representaciones del templo: la torre de los orishas, que conectaba Ayé con Orun.

«Los orishas trabajaron juntos y construyeron la torre:
Ogun, el orisha de los metales, aportó las herramientas de construcción.
Shangó, el orisha del fuego, el trueno y el relámpago,
destruyó las montañas de Abeokuta con sus rayos,
y con esas rocas se construyó la torre.
Yemoja, madre de los mares y la lluvia,
contuvo la lluvia mientras se construía.
Pasaron varias estaciones, y cuando Oganju, el orisha de la culminación,
colocó la última piedra, hubo celebraciones en toda la tierra».

La música se aceleró a un tempo ligero y la escena se disolvió en otra. Ashâke identificó varias siluetas en plena celebración: muchísima gente bailaba a los pies de la torre. Entre ellos se alzaban otras figuras imponentes que transmitían un aura poderosa: los orishas.

«La torre estaba completa; ya podía haber comunicación directa
entre los hombres y los orishas, como Olodumare siempre había deseado.
En todas las estaciones, antes de las lluvias, los afin, sus griots y ciudadanos elegidos
del reino podían ascender por la torre al mismo Orun,
y participar en un cónclave de orishas y hombres.
Los orishas desvelaron a la humanidad los secretos de la adivinación,
cómo interpretar sus mensajes a través de la colocación
de conchas de cauri en los tableros de adivinación.
Les enseñaron las invocaciones, los doscientas cincuenta y seis odu de Ifá,
regalándoles así el conocimiento que les permitiría navegar con éxito el mundo.
Esos hombres se convirtieron en sacerdotes de Ifá».

Ashâke vislumbró a varios hombres y mujeres que vestían ropa blanca

de sacerdotes, inclinados ante sus tableros de adivinación, lanzando cauris. Excepto por las figuras imponentes y formidables de los orishas sobre ellos, podría haberse tratado del templo. De su templo, donde había intentado que los orishas le hablaran incansablemente. Se imaginó por un momento como una de las sacerdotisas, henchida de orgullo cuando los orishas le enseñaban el idioma de la adivinación. Oh, cuánto habría valorado sus indicaciones, cuánto habría disfrutado de su atención.

La escena cambió, y la música adquirió un tono urgente y dramático.

«La caída de los orishas ocurrió en la decimonovena estación de Alafin Tade Tercero.
Los afin, con sus griots, el Sumo Sacerdote y varios ciudadanos seleccionados,
ascendieron a través de la torre hasta Orun.
Lo que no podían imaginar era que entre ellos caminaba una secta.
Un culto secreto con un propósito oscuro.
Una secta cuyo nombre resonaría para siempre
en los labios de la posteridad:
asesinos de dioses».

Ashâke se estremeció. Ese nombre desafiaba todo lo que conocía. Apenas podía imaginar cómo era posible que meros mortales poseyeran el poder de matar a los orishas.

A su alrededor surgieron espectros masculinos, sombras encapuchadas con forma de hombre, y al verlos los reconoció. Asesinos de dioses. Sin rostro, sin identidad, la perdición de los orishas.

«El cónclave comenzó con un banquete, como era costumbre.
Hubo alegría. Hubo música. Hubo risas.
Olodumare estaba sentado en su trono, en la cabecera de la mesa,
rodeado por los orishas
y por sus hijos mortales, y pensaba para sí mismo que lo había hecho bien.
Cuando terminó el banquete, un hombre se puso en pie y le interpeló en voz alta desde
el otro lado de la estancia:
“Olodumare, baba mi, pido permiso para acercarme al trono. ¡Traigo un regalo para vos!”.
El Padre Supremo, muy complacido, le indicó por señas que
se aproximara».

Un hombre se levantó de la mesa y caminó despacio hacia el trono. Su oscura piel de ébano casi parecía resplandecer, como si también fuera un orisha. Una cicatriz espantosa le cruzaba la cara y le había

arrebatado el ojo izquierdo. Llevaba el pelo dorado recogido en siete rastas gruesas que le caían por los hombros.

Su intención estaba escrita en todo su cuerpo, en los labios torcidos y la barbilla alzada. ¿Cómo pudieron no verlo los orishas? ¿Cómo pudo no verlo el propio Olodumare?

La voz del Griot Mayor resonó a través de las paredes:

«El hombre se arrodilló sobre una pierna ante Olodumare, que le dijo:
"Dime, hijo, ¿cuál es tu hombre?".
"Me llamo Bahl'ul. Pero mis seguidores me llaman Maestro".
Olodumare le preguntó, divertido: "¿Y qué tienes para mí, Maestro?".
En ese momento, el hombre miró a Olodumare a los ojos y bufó: "La muerte".
En un movimiento fluido, Bahl'ul se incorporó con rapidez y se sacó una espantosa cimitarra negra de los pliegues de la túnica.
Olodumare abrió mucho los ojos e hizo ademán de agarrar su cetro.
Demasiado tarde: Bahl'ul atravesó al Padre Supremo con su hoja, y Olodumare cayó sobre el trono jadeante, con una mirada incrédula
clavada en la aberración que le sobresalía del pecho, en laslíneas dentadas de luz brillante que se extendían rápidmente por sus brazos, su rostro…
Olodumare explotó, muerto».

Ashâke tardó un momento en comprender que el grito de angustia le pertenecía. El creador estaba muerto, llevaba muerto muchas estaciones, pero su dolor era real. Las lágrimas le corrían por las mejillas mientras el asesino de dioses se giraba para enfrentarse a los rostros estupefactos de los orishas y los hombres.

«Otras siluetas se levantaron de entre la comitiva:
siluetas vestidas de rojo, los seguidores de Bahl'ul,
que portaban afiladas armas de destrucción.
Cayeron sobre los ebrios orishas.
Se desató el caos».

Los gritos. Por las estrellas del cielo, los gritos. Sonaban a miedo, a traición, a dolor. Y Ashâke lo sintió todo, cada una de las emociones que se agitaban en su interior.

«Los orishas huyeron, o intentaron huir, pero no eran rival
para los seguidores del Maestro.
Sus sentidos estaban minados por los excesos de vino y dulces.
Todos menos Shangó.
El señor del fuego, del rayo y el relámpago se levantó con gran furia
y desató la venganza de los orishas sobre ellos.
Un relámpago sacudió Orun cuando se abatió sobre sus enemigos con su hacha de

doble
filo, cegado por la ira.
También se lanzó sobre otros inocentes.
Cayeron los afin, y también griots y sacerdotes.
Tan grande era la ira de Shangó que estuvo a punto de destruir el mundo.
Orun no era suficiente para contener su furia, y
el hogar de los orishas estalló en llamas a la vez que
la torre se resquebrajaba, y Shangó, el señor del trueno,
del fuego y del rayo, se consumía en su propia ira».

La figura terrible de Shangó se reveló ante Ashâke, sus ojos eran carbones en ascuas mientras destruía Orun, barriéndolo con su enorme hacha, escupiendo fuego como un kulukaya rabioso, lanzando flechas de luz roja a amigos y enemigos por igual.

Shangó se alzaba solo sobre una montaña de cadáveres, muchos de los cuales eran sus hermanos. Al ver lo que les había ocurrido, dejó caer los hombros. Su mirada sobrevoló a Ashâke como si no estuviera allí de verdad y, aunque no la estaba viendo de veras, la joven se encogió por el peso de aquella mirada. Shangó levantó el hacha sobre su cabeza y gritó: le salía fuego de la boca, rojo, amarillo y naranja, y Orun explotó en una miríada de colores brillantes.

La escena cambió y mostró la torre, oscura y formidable, que se elevaba en el cielo hasta Orun. Estaba ahí, en pie como había estado miles de estaciones. Un momento después, varios rayos de luz roja fracturaron el firmamento. Encendieron el cielo nocturno con su belleza terrible, y brillaron mucho más de lo que lo haría ningún relámpago común. Un rayo atravesó la torre. La mitad superior se desplazó, se balanceó en el borde, y después, con un enorme crujido, se hizo añicos.

Un vasto terremoto sacudió el continente. Los árboles fueron arrancados de raíz. Grietas profundas surcaron la tierra, y se abrieron para formar fisuras, barrancos y canales muy muy profundos. El mar se precipitó en los canales y los ensanchó, alejando los pedazos de tierra que se convertirían en los Diez Reinos. Ciudades hundidas en el mar, asentamientos y pueblos engullidos por aguas hambrientas. Los niños gritaban y llamaban a sus madres, las mujeres aullaban, llamando a sus maridos, que a su vez chillaban llamando a sus propias madres. Todos ellos, hombres, mujeres y niños, gritaban a los orishas para que los salvaran.

Pero los orishas habían muerto y no podían salvarlos.

~

Ashâke se abrazó las rodillas y se quedó mirando el fuego fijamente, mientras las lágrimas le resbalaban por el rostro. Los orishas les habían abierto las puertas de Orun a los hombres y ¿qué habían hecho ellos? Matarlos. Pero ¿por qué?, ¿cuáles eran las motivaciones de Bahl'ul y sus seguidores?, ¿y qué clase de poder poseían, que les permitía matar a los orishas?

Asesinos de dioses, así los había llamado el Griot Mayor. La joven se estremeció.

No percibió que los griots dejaran de cantar ni que se retiraran a sus tiendas. Alguien, no sabía quién, la había envuelto en una manta, y se acurrucó más en ella mientras observaba el fuego consumirse hasta convertirse en brasas brillantes, y los rescoldos transformarse en ceniza blanca.

En algún punto de la larga noche, mamá Agba se acercó y echó más leña al fuego. Después se sentó a su lado.

—Comprendo que esto debe ser difícil para ti —dijo—, sentir que tu fe se tambalea hasta los cimientos.

Ashâke resopló, y se limpió la nariz.

—Mi fe no se tambalea. Está perdida. Todo lo que pensaba que sabía… ¿Por qué lo harían? ¿Por qué fingen los sacerdotes que los orishas siguen vivos?, ¿en qué ayuda eso a nadie?

—Cada uno se enfrenta a la carga de forma distinta. Me he cruzado con muchos sacerdotes a lo largo de mi vida. Pero es necesaria una capacidad de autoengaño especial para ignorar lo que tienes tan claramente ante ti.

O un verdadero compromiso con una mentira.

—Por eso nos mantienen apartados cuando somos jóvenes, para que no descubramos la verdad. Hasta que nos hayan instruido tan bien que podamos salir al mundo y escuchar la historia de la caída de los orishas sin perder la fe.

—Ahora eres libre. Libre para ver el mundo por ti misma y decidir. —Mamá Agba suspiró—. La caída de los orishas ocurrió hace cuatrocientas estaciones, y sus consecuencias fueron terribles. El mundo se sumió en el caos. El orden natural de las cosas, de pronto y sin previo aviso, desapareció. Nos convertimos en niños huérfanos. La mitad del mundo había sido destruido, y el continente se había roto en varias islas. Peor que la idea aterradora de que nuestros orishas podían fallar, era saber que entre nosotros había personas capaces y dispuestas a matarlos.

La imagen de Bahl'ul apuñalando a Olodumare se formó en la mente de Ashâke. La recorrió un escalofrío.

—¿Quiénes son?, ¿quién es esa gente?, ¿cómo pueden ser tan… poderosos?

De pronto mamá Agba parecía más vieja a la luz del fuego.

—Muchos se han hecho esa pregunta. Nadie lo sabe.

Se quedaron sentadas en silencio, con la vista fija en el río y en los barcos, envueltos en la neblina. Alguien tosió en sueños. Okoye, el vigilante nocturno, salió del bosque, silencioso como una pantera. Saludó con una inclinación de cabeza a mamá Agba, que le devolvió el saludo.

—El barco de Gaza está reparado —le dijo la mujer a Ashâke—. Mañana partimos para Inysha. Intenta descansar.

Después, la matriarca se levantó y la dejó a solas con sus pensamientos.

OCHO

A la hora del chacal, Ashâke se alejó por fin dando tumbos de su posición junto al fuego para arrastrarse hasta su tienda.

Había alguien tirado en el suelo con la cara en el barro.

Se le congeló el corazón y se le quedó la mente en blanco. Estaba a cierta distancia del campamento, donde la ribera daba paso a la espesura del bosque. Lo primero que pensó Ashâke fue que alguien había salido a orinar de madrugada y se había desmayado en un estupor alcoholizado. Pero entonces vio la lanza, caída a dos pasos de la mano abierta, vio la pulsera blanca que lo identificaba como vigilante, vio la cicatriz larga y curvada del brazo.

—¡Djola! —gritó, precipitándose hacia él—. ¡Djola!

La cabeza colgaba sin vida en sus brazos mientras lo palmeaba por todas partes en busca de una herida, una inflamación, cualquier cosa que sugiriese que se había llevado un golpe en la cabeza. Pero no encontró nada. Parecía haberse desplomado sin motivo. Colocó la mano bajo su nariz y sintió un escalofrío de alivio al notar su aliento cálido. Estaba vivo.

Vio algo moverse por el rabillo del ojo y se descubrió arrojándose a por la lanza, dio un salto y se quedó en cuclillas a la vez que una silueta aparecía entre las sombras.

La silueta llevaba un caftán azul medianoche con incrustaciones de conchas sagradas, una escobilla de pelo blanco de caballo le colgaba de la faja, y su rostro estaba oculto por una máscara de bronce que Ashâke habría reconocido en cualquier parte.

—Suma Sacerdotisa —exhaló.

Era difícil romper el hábito de tantas estaciones. Aunque su mente le gritaba que huyera, la joven se encontró inclinándose con reverencia, con la frente en el barro.

—Levántate, niña.

Ashâke se incorporó y miró a la Suma Sacerdotisa. Iyalawo observaba la forma inconsciente de Djola.

—El ashé es fuerte en él, como en todos los griots. Me cubrí con un manto y creí que no me vería, pero sintió mi presencia. Así que le hice

dormir. A él y a todos los vigilantes. —Se volvió hacia Ashâke—. He regresado para llevarte de vuelta a donde perteneces.

Hubo un tiempo en que esas palabras, venidas de la Suma Sacerdotisa, la habrían hecho sentirse extática. En otro tiempo, habría gritado, bailado y reído ante la mera idea de que pertenecía, de que la necesitaban. Ahora sabía la verdad, y le parecía que le estaban ofreciendo un coco vacío.

—No.

Iyalawo ladeó la cabeza, su máscara tan inescrutable e intimidante como siempre.

—¿No?

Ashâke tragó saliva.

—No. ¡No volveré a una vida de ridículo, anhelos vacíos y mentiras! ¡No ahora que sé que los orishas están muertos!

Silencio. Un silencio que envolvía con pesadez el claro y le oprimía la garganta.

—¿Cuándo descubriste eso? —preguntó Iyalawo.

—Así que es cierto. Nos habéis estado mintiendo…

—¿Cuándo?

—Hace una hora, dos —dijo Ashâke—. ¿Qué más da?

—Oh, niña estúpida. —La Suma Sacerdotisa le tendió la mano—. Tenemos que irnos de inmediato.

—¿Es que no me has oído? He dicho que no…

—Crees que lo sabes todo, pero no es así. De verdad que no. Debemos irnos. Ahora.

—¡No! No me…

—**Ven.**

La palabra le llegó de todas partes, resonó con fuerza en sus oídos, como si el viento hubiera transportado las voces de una muchedumbre que coreaba esa única palabra. Una orden. Ashâke sintió que tomaba posesión de su cuerpo y obligaba a sus pies a moverse.

—¿Qué estás haciendo? —gritó la joven mientras sus pies dejaban atrás a Djola y la llevaban hacia la Suma Sacerdotisa—. ¡Suéltame! ¡Suelta…! ¡AYUDA! ¡DJOLA! ¡DESPIERTA! ¡MAMÁ AGBA! ¡AYUDA!

—**Silencio.**

La boca de Ashâke se movía, pero no emitía ningún sonido. La Suma Sacerdotisa le había robado la voz, la había convertido en prisionera en su propio cuerpo, incapaz de gritar, incapaz de rebelarse. Una oveja que seguía a su dueño. Ashâke nunca había odiado tanto a nadie como odió a Iyalawo mientras galopaba tras ella, alejándose de los griots e internándose en el bosque.

Iyalawo desenganchó la escobilla de pelo de caballo de la faja y la sacudió. La escobilla estalló en llamas, y la sujetó en alto como una antorcha. Ashâke observó fascinada cómo ardía sin consumirse por el fuego. Las demostraciones de magia tan evidentes eran poco comunes.

Se adentraron aún más en el bosque, dejaron atrás varios bosquecillos de bambú y un pantano apestoso, y al final llegaron ante una cueva. Resultaba obvio que aquello no era el templo. ¿Qué hacían allí? La Suma Sacerdotisa se quedó quieta, observando el espacio oscuro de la entrada. Ashâke le dirigió una mirada interrogante, pero Iyalawo la ignoró mientras sus piernas la llevaban al interior de la cueva.

Dentro, oscuridad. Y un frío penetrante. Ashâke se quedó ahí de pie, preguntándose cómo de grande sería la cueva, y pensando en todas las formas en las que podría morir. No podía evitar creer que Iyalawo la había llevado hasta allí para matarla. Podía matarla de hambre, atrapada en su propia piel, incapaz de gritar para pedir auxilio. ¿Cuánto tardarían en encontrar su cadáver, si es que lo hacían? A lo mejor lo encontraba muchas estaciones después algún cazador en busca de refugio, y fabricaba armas con sus huesos.

Iyalawo entró en la cueva. Se paseó por ella con la escobilla ardiente en alto, alumbrando las paredes llenas de agujeros y el techo cubierto por una enredadera y una raíz enorme y retorcida que atravesaba la pared occidental. Parecía estar buscando algo, cuando pasaba las manos sobre las paredes murmuraba entre dientes. Satisfecha, ató la enredadera seca al mango de la escobilla, que quedó colgando del techo e iluminó la cueva. Entonces centró su atención en Ashâke.

—Aquí podemos hablar —dijo.

Ashâke sintió desvanecerse el poder que había utilizado la Suma Sacerdotisa para dominarla, y recuperó el control de su cuerpo. Lo primero en lo que pensó fue en huir. Pero, a propósito o no, la Suma Sacerdotisa bloqueaba la única salida. Eso sin mencionar que con una sola palabra podría volver a inmovilizar sus extremidades otra vez, convirtiéndola en prisionera dentro de su propio cuerpo de nuevo, y ¿quién sabía cuándo la liberaría entonces? Estaba claro que la mujer quería hablar, así que hablarían. Ashâke tomó aliento.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó—. Creía que me llevabas al templo.

—Todavía no podemos volver —dijo Iyalawo—. Has perdido la fe.

—¿Fe? Quieres decir que ya no soy una de vuestras ovejitas, tragándome todas vuestras mentiras. ¿Qué me vas a hacer? —Ashâke

se movió hacia atrás despacio—. Ahora sé la verdad, así que vas a matarme, ¿es eso?

—No sabes la verdad. Como mucho sabes una media verdad.

—Sé que los orishas están muertos.

—Es cierto, la caída de los orishas ocurrió. Cierto, muchos orishas murieron aquel día. —Iyalawo hizo una pausa—. Pero no todos.

Ashâke entornó los ojos, suspicaz.

—¿Qué quieres decir con que no todos? Los griots…

—No lo saben todo.

—¿Y tú sí?

—Sí. Yo sí.

—No te creo.

La Suma Sacerdotisa suspiró y dejó caer los hombros. Ashâke nunca la había visto tan… menguada.

—No —dijo con voz queda—. Supongo que no.

Iyalawo se llevó las manos a la parte trasera de la cabeza y empezó a moverlas. Ashâke tardó un momento en comprender lo que estaba haciendo, pero para entonces era demasiado tarde; la Suma Sacerdotisa se había soltado las hebillas que sujetaban la máscara en su sitio, y se la había quitado para dejar su rostro al descubierto.

La joven apartó la vista.

—Mírame —exigió Iyalawo.

Ashâke mantuvo la vista fija en el suelo, sentía el calor subirle por el cuello. Tenía la sensación de haberse tropezado con la desnudez de la otra mujer. Hasta donde ella sabía, nadie había visto el rostro de la Suma Sacerdotisa en mucho tiempo, y no podía comprender por qué se lo estaba revelando ahora.

—Niña. Mírame.

Ashâke obedeció a regañadientes, y exclamó ante la imagen ante sí.

Iyalawo tenía la cara quemada. La mitad del rostro y parte del cuello estaban cubiertos de manchas provocadas por el fuego. La oreja izquierda estaba tan consumida que recordaba a una coliflor marchita. Pero quizás lo más sorprendente era que no parecía mucho mayor que Ashâke. A lo mejor tres o cuatro estaciones. Podría haber sido su hermana mayor.

—El Fuego de Shangó es devorador —dijo Iyalawo, arremangándose la túnica para revelar unos brazos igual de quemados, cubiertos por las mismas manchas—. Los orishas a duras penas lograron volver a unirme.

—El Fuego de Shangó. —Ashâke frunció el ceño—. No lo

entiendo…, ¿por qué quería atacarte Shangó?

—No me atacaba a mí; solo tuve la mala fortuna de estar cerca.

Aquello encajaba con Shangó. ¿No acababa de ver en la Canción de Recuerdo las consecuencias de su ira? ¿No había observado, horrorizada, cómo había escupido fuego sobre amigos y enemigos?…

—Espera un momento. —Ashâke asimiló la piel quemada de Iyalawo, su cabellera chamuscada, y se le secó la boca—. Estabas ahí… —dijo con voz ahogada—. Tú… ¡presenciaste la caída!

—Sí.

—Pero… ¡eso fue hace cuatrocientas estaciones! ¿Como es eso siquiera…?

—Los orishas tenían un interés personal en mi supervivencia… Yo poseía algo de gran valor, algo que necesitaban con desesperación.

—¿El qué? —susurró Ashâke—. ¿Qué necesitaban los orishas de ti?

Iyalawo dibujó una sonrisa triste. Empezó a recorrer la cueva despacio, el caftán susurraba al rozar el suelo.

—Ya sabes cómo atacaron Bahl'ul y sus seguidores a los orishas, y cómo Shangó descargó su venganza sobre ellos. Lo que no sabes es que algunos orishas escaparon. Huyeron a Ayé. Pero este mundo no está hecho para los orishas…, especialmente con Olodumare muerto y los —escupió las palabras— asesinos de dioses sueltos. La esencia del Padre Supremo se rompió en fragmentos, y los seguidores de Bahl'ul se apoderaron de algunos de ellos, lo que les concedió un poder incomprensible. Los orishas no podían sobrevivir en Ayé, no en su estado debilitado. No podían luchar contra su enemigo, así que hicieron un último esfuerzo desesperado para salvarse. Crearon un Guardián.

—¿Un Guardián? —preguntó Ashâke.

—Un idan, para ser más precisos.

Ashâke frunció el ceño.

—¿Un ser de arcilla, como el que intenté hacer yo?

—Un idan puede tomar muchas formas —dijo Iyalawo—. Somos nosotros, los mortales, los que al crear un idan utilizamos las herramientas que poseemos. Nosotros usamos arcilla, la sustancia pura con la que Obatalá nos formó. Para albergar su espíritu divino, los orishas eligieron un ser de huesos, carne y sangre, dotado de vida por sus acciones.

—¿Una persona?

—Sí —prosiguió Iyalawo—. Pero el enemigo es astuto. Con la ubicación de los orishas y su idan oculta, los asesinos se centraron en otro tipo de contienda: una guerra de fe. Los orishas solo pueden

existir de verdad si brillan con fuerza en las mentes de sus seguidores. Y por eso durante muchas muchas estaciones, los sacerdotes de Ifá han librado una guerra de fe contra Bahl'ul y sus seguidores, que se han ido infiltrando en todos los estratos de la sociedad, divulgando la mentira de que los orishas están muertos. —La sacerdotisa suspiró—. Es una guerra que nos está costando ganar. Si la gente suficiente creyera que los orishas han muerto, entonces morirían de verdad. Los orishas se aferran a la vida a través de nuestra fe inquebrantable en ellos…, la de los pocos que creemos.

—Dices que los… asesinos de dioses se han infiltrado en todos los estratos de la sociedad. ¿Podrían…? —Le daba miedo preguntar, no estaba ni siquiera segura de querer saber la respuesta, pero Iyalawo comprendió a lo que se refería.

—Podrían ser cualquiera. Eso es lo que los hace peligrosos. Los seguidores son expertos en el arte de esconderse. Nunca lo descubrirías si tu vecino es uno de ellos. Tienen oídos en todas partes, ojos en todas partes, en busca del Guardián. Pero esto…, lo que acabo de contarte es el secreto que revelo a los acólitos cuando se ordenan sacerdotes, para que así puedan salir al mundo armados con la comprensión de la verdad, para luchar contra cada mentira susurrada por los seguidores de Bahl'ul.

Qué oportuno que Iyalawo se lo revelase solo a los sacerdotes recién ordenados. ¿Cómo iba Ashâke, que nunca lo había logrado, confirmar la veracidad de la historia? ¿Cómo podrían hacerlo el resto de los acólitos? No, no se dejaría engañar tan fácilmente. Esa mujer llevaba toda su vida mintiéndole. Podría estar mintiendo en ese mismo momento.

—Si los orishas no están muertos, ¿por qué no puedo oírlos?

Iyalawo tenía una expresión extraña.

—Ashâke —dijo con suavidad—, ¿sabes por qué los acólitos tienen prohibido salir del templo sin que los acompañen sacerdotes de alto rango?

—Para evitar que descubramos la verdad.

—Para prevenir el contacto con algún desconocido escéptico. Una magia antigua oculta el templo, lo protege de los asesinos de dioses. Y esa magia se sostiene gracias a nuestra creencia común en los orishas.

—Eso no responde a mi pregunta. ¿Por qué no puedo yo escuchar a los orishas? ¿Y por qué necesitáis proteger el templo?

—Porque el Guardián habita entre los muros del templo. Si los seguidores descubrieran algún día su ubicación, entonces vendrían, cientos de ellos, miles, a terminar lo que empezaron.

Ashâke frunció el ceño.

—El Guardián… ¿habita en el templo?

Miró hacia Iyalawo, se sumergió en esos ojos antiguos y sabios, en ese rostro quemado y reconstruido por los orishas, y se tambaleó bajo el peso de la comprensión.

—Eres tú —susurró.

Tenía todo el sentido del mundo. ¿Por qué si no la habrían reconstruido los orishas? ¿Cómo si no habría vivido tanto tiempo?

Iyalawo sacudió la cabeza.

—No, niña. —Se acercó a ella hasta que Ashâke sintió el calor que emanaba de su piel—. Una acólita retenida mientras sus compañeros se ordenaban —susurró—. Una acólita frustrada porque cree que es incapaz de oír a los orishas y siente que la han abandonado. Una acólita más segura tras la magia del templo que en el mundo exterior, donde los seguidores de Bahl'ul acechan en todas partes.

Ashâke oyó las palabras, comprendió su significado, pero no fue capaz de aceptarlas.

—No puedes estar sorda de verdad a los orishas —murmuró Iyalawo—, porque tú eres los orishas.

—No —graznó Ashâke, recuperando por fin la voz—. Estás equivocada. Es imposible. Ni siquiera puedo…

Iyalawo la sujetó por los hombros y le sopló con fuerza en la cara. Ashâke echó la cabeza hacia atrás de golpe cuando el aire le entró por las fosas nasales. Un calor le atravesó el cuerpo, y un lamento agudo le llenó los oídos.

Se tambaleó hacia atrás, dando bandazos e intentando aferrarse a algo; la cueva daba vueltas. La voz de Iyalawo le llegaba como desde el fondo de un pozo, lejana y hueca:

—… Cometí un terrible error… No eras más que una niña, no fui capaz de dejarte ir.

Ashâke cayó de rodillas, sin aliento. Unos símbolos intrincados aparecieron en su piel, grabados de glifos antiguos cubrieron cada centímetro de su cuerpo.

Era el lenguaje de Orun, el lenguaje de la vinculación, y por algún motivo extraño, muy extraño, lo reconoció.

La mente de Ashâke explotó en una miríada de imágenes.

Lo vio todo.

INTERLUDIO III

~

Hace cuatrocientas estaciones

Dolor. Rombi sintió un dolor horrible cuando recuperó la consciencia. Gimió. Notaba la lengua arder y tenía la boca seca. Abrió los ojos una rendija, intentando recordar dónde estaba, cómo había llegado hasta allí. Estaba en… un banquete, eso es, con los orishas y…

¡Los asesinos!

Se sentó, y aulló cuando al repentino movimiento lo acompañaron oleadas de dolor.

—No te muevas con tanta brusquedad —dijo una voz. Una mujer. A través de la neblina de dolor, Rombi vio una silueta que se inclinaba sobre ella y la empujaba contra la cama. El pelo blanco le enmarcaba el rostro marrón como un halo, y sus ojos… sus ojos eran de los diferentes tonos de los océanos, o del cielo preñado de lluvia.

—Yemoja —dijo con un grito de asombro.

—Muy bien, hija —contestó la orisha de los mares y la fertilidad—. Muy bien.

—¿Estoy muerta?

—Ya no.

—¿Ya no? —Rombi se revolvió en la cama. Tenía la piel pegajosa de sudor. Estaba en un salón enorme con arcos altísimos y columnas blancas de alabastro. La luz del sol se filtraba a través de unas hendiduras rectangulares en las paredes y en el techo e iluminaba el suelo con sus rayos. Aquello no era Orun. Orun estaba en ruinas, en llamas, y en él los cadáveres de los orishas se apilaban en montañas. Los había visto caer a todos. ¿Cómo podía estar viva Yemoja? ¿Cómo podía estar viva ella misma?

Recordó la locura en la mirada de Shangó, era una visión aterradora; sin su mujer, sin su voz de la razón, no había habido nadie que pudiera calmar su ira. Recordó sus llamas lamiéndola, recordó cómo se le quemaba la piel, cómo burbujeaba y se le desprendía de los huesos mientras gritaba, mientras suplicaba por su…

—¡Mi bebé! —gritó, palpándose el vientre hinchado—. Mi bebé.

—Tranquila, niña —dijo Yemoja—. Ya viene. Tienes que empujar.

¿Me oyes? Empuja.

Rombi empujó, y un gemido terrible le brotó de la garganta. Empujó, chillando mientras el dolor la sacudía en espasmos, se le clavaba en la espalda y en los genitales. Por las estrellas del cielo, cómo dolía. Muchísimo. Su mano tocó la de la orisha y la apretó con fuerza, queriendo transmitirle su sufrimiento, pidiéndole que la librara de él.

Yemoja le sonreía, resplandeciente, y aunque sus labios no se movían, Rombi escuchó su voz, su canción, resonando con fuerza en su cabeza…

Volvía a ser una niña pequeña que corría bajo la lluvia, escapando de casa y de la nueva esposa de baba, que era malvada. Estaba muy oscuro, tan oscuro que era difícil ver nada, así que no vio que estaba corriendo hacia un acantilado, no se dio cuenta hasta que era demasiado tarde y la tierra desapareció bajo sus pies.

El viento se llevó su voz cuando cayó por los aires. Después… frío. Un frío estremecedor y cortante mientras pataleaba en el agua y se hundía por las corrientes turbulentas. Consiguió sacar la cabeza a la superficie una vez, dos, pero el agua tenía sus propios planes, y al poco tiempo se estaba ahogando, incapaz de saber dónde estaba la superficie y dónde el fondo, el agua fría y negra le inundaba los pulmones.

«No quiero morir —pensó—. Por favor, no quiero morir».

Entonces escuchó la canción. Una melodía tranquilizadora dentro de su mente que calmó sus movimientos espasmódicos. Vio a la orisha, una luz en las aguas oscuras que nadaba hacia ella, la arrancaba del agarre turbulento del río y la llevaba hasta la orilla.

Rombi estaba tumbada en la ribera embarrada y observaba sobrecogida a la orisha, delirante y agradecida.

—Gracias, madre de los mares —dijo—. Mi corazón es tuyo. Mi vida es tuya. Ahora y para siempre.

Rombi se estremeció al regresar al presente. Yemoja estaba arrodillada entre sus piernas, y acunaba un bulto ensangrentado en los brazos. Un grito estrangulado se le escapó de los labios, un grito de dolor, de alivio, de agotamiento. La orisha la había acompañado durante los dolores del parto. Rombi pasó la mirada del bebé (su bebé) a la orisha.

—¿Por qué… por qué no llora? —dijo, con voz entrecortada por el pánico—. ¿Por qué no se mueve?

—Chsss. —Yemoja le puso una mano en la frente—. Duerme. Duerme…

Rombi durmió.

~

Cuando se despertó por segunda vez estaba oscuro. Los rayos de luz que se colaban por las hendiduras eran de luz de luna plateada y bailaban sobre el suelo ajedrezado. En el centro de la estancia, un fuego ardía en un crisol. A Rombi se le aceleró el pulso al ver las altas llamas.

Se sentó. La habían limpiado y le habían puesto un vestido suelto de flores. Tenía los brazos descubiertos, con la piel manchada expuesta. Se pasó las manos por encima y sintió su rugosidad. Nadie debería haber sobrevivido a algo así. Claro que ella tampoco lo hizo. Había muerto…, igual que su bebé.

Su bebé.

Rombi saltó de la cama y recorrió el salón.

—¿Hola? —llamó—. ¿Orisha iya mi?

Su voz se diluyó en la extensión de la sala. ¿Dónde estaba? ¿Y Yemoja? ¿Había alucinado con dar a luz? No. El salón era el mismo, y sabía que había estado embarazada.

Cruzó la estancia.

Había varias puertas, todas cerradas, algunas ni siquiera tenían pomo. Y justo cuando estaba empezando a desesperarse, escuchó el grito de un bebé, y salió corriendo del salón al patio de más allá.

Yemoja estaba sentada en un columpio acunando un bulto, su pelo blanco flotaba a su alrededor. El columpio pendía de la rama de un baobab blanco gigantesco que se asomaba al mundo de debajo.

Rombi dejó escapar un grito ahogado al ver a su bebé, al ver sus ojos curiosos. Estaba viva. Su hija estaba viva.

Yemoja le dirigió una sonrisa.

—Ven. Siéntate. Y conoce a tu hija.

Rombi se desplomó en el columpio de al lado y la orisha le colocó al bebé en brazos con delicadeza. Rombi creyó que le iba a explotar el corazón de alegría.

—Gracias —susurró, las lágrimas resbalándole por las mejillas—. Gracias.

Era tan cálida, tan pequeña, tan… indefensa. El bebé la contempló con sus enormes ojos marrones y, satisfecha con lo que vio, alargó una mano regordeta para acariciar la mejilla de Rombi, haciendo

gorgoritos. Rombi se echó a reír. Estaba dispuesta a todo para proteger a la niña. Cambiaría su propia felicidad sin dudarlo si eso aseguraba la seguridad de su hija.

—Qué cosa tan preciosa, ¿verdad? —dijo Yemoja—. Niños. Son tan inocentes, están tan desamparados. Cuando crecen es cuando hay que vigilarlos, antes de que quieran ocupar una posición por encima de lo que les corresponde y se conviertan en un grano en el culo, antes de que se olviden de quien les dio la vida.

Lo dijo con tranquilidad, con amabilidad, pero Rombi percibió el cambio en el aire. El viento se volvió más frío, y sintió un peso aplastante sobre ella. Era como si la pisotearan una docena de elefantes furiosos. Casi no podía respirar, e incluso su hija empezó a llorar entre resoplidos. Cuando Rombi miró a Yemoja, los ojos de la orisha se habían convertido en piedras de hielo brillantes, toda calidez evaporada. Su pelo blanco adquirió vida, hinchándose, las hebras se retorcían como miles de gusanos diminutos. Rombi comprendió horrorizada que estaba abandonando su aspecto mortal. Había un motivo por el que los orishas nunca mostraban su verdadera esencia a los mortales: contemplar su verdadera forma significaba la destrucción, los hilos de la mente se descosían. Rombi abrió la boca a pesar de que tuvo que luchar, aunque sentía como si la aplastase el peso de una montaña, y susurró con voz entrecortada:

—Madre…

Yemoja cerró los ojos y suspiró; la presión desapareció, el frío penetrante se desvaneció, y ella volvió a su agradable forma habitual.

—Perdóname —dijo la orisha—. Estoy furiosa… Y cansada.

—Estás hablando de… ¿los asesinos? —Rombi se mojó los labios, abrazando con fuerza al bebé—. Los otros orishas. Están…

—Están dormidos —dijo Yemoja—. Los que no están muertos por lo menos. No pueden manifestarse por mucho tiempo. El golpe del enemigo fue tremendo. Olodumare ha muerto, y sin él no podemos… Robaron su esencia, se la repartieron como si fueran piezas de un juego. Se burlan de nosotros…

Una delgada grieta apareció en su mejilla, como si fuera una escultura que sucumbía a los elementos.

—Tu… tu rostro —dijo Rombi.

La cara de Yemoja empezó a descascarillarse, diminutas piececitas marrones se desprendían de ella. Atrapó unas pocas con la mano y las observó mientras se disolvían en polvo brillante, y después en la nada.

—Yo también debo hibernar. Me he… agotado demasiado, aunque temo que ni siquiera sea suficiente. El velo que he erigido alrededor

de este templo nos protegerá de sus ojos, pero no puedo mantenerlo por mucho tiempo. Los asesinos no se detendrán hasta que todos los orishas estemos muertos.

—¿Por qué?

—A mí también me gustaría saberlo. Me gustaría mucho.

Yemoja miró hacia abajo, a las nubes, y la oscuridad inmensa del firmamento.

—Ahí abajo se extiende el rumor de lo que ha ocurrido, y nuestros seguidores y fieles comienzan a perder la fe. ¿De qué sirve un orisha sin las oraciones de sus acólitos? ¿De qué sirve un orisha olvidado?

Muere. Eso era lo primero que aprendían los acólitos. Los orishas se alimentaban de oraciones y devoción, y recompensaban a sus más fieles devotos. Rombi se estremeció. No era capaz de hacerse a la idea de que el Padre Supremo estaba muerto. No podía imaginar qué clase de poder ostentaban los asesinos para ser capaces de matar con tanta facilidad incluso a uno de los orishas.

—¿Qué haréis?

—Darles caza. A esos ladrones, esos usurpadores, esos asesinos. Tenemos que descubrir cómo obtuvieron sus poderes. Tenemos que descubrir por qué están tan decididos a acabar con nosotros.

—Pero ¿cómo? Dices que necesitáis hibernar. No podéis enfrentaros… a esos asesinos todavía.

Yemoja le dedicó una sonrisa cargada de intención.

—No, así no podemos.

Rombi comprendió entonces por qué la habían salvado, por qué la habían llevado hasta allí.

—Tomadme —dijo—. Usadme como portadora. Como idan.

—No podrías contenernos a todos. Para que esto funcione, necesitamos un portador lleno de ashé puro. Una mente todavía sin formar, maleable a nuestras necesidades…

Su mirada se posó en el bebé.

Rombi abrazó a su hija con más fuerza mientras el horror le sacudía el cuerpo.

—No —dijo, pero recordó con quién estaba hablando—, quiero decir…, por favor…, ¿por eso me habéis traído aquí? Me rescataste porque sabías… sabías que nos encontraríamos aquí.

La mirada de la orisha era intensa y firme.

—Hace muchas estaciones, me entregaste tu vida «ahora y para siempre», ¿lo recuerdas?

Por supuesto que lo recordaba. ¿Cómo olvidarlo? ¿Acaso no había dedicado toda su vida a servirla?

—Sí, pero no la vida… no la vida de mi hija.

—Toda vida me pertenece. —Yemoja posó la mano en la cabeza del bebé, acariciándole los rizos—. Este milagro lo he realizado yo.

—La perseguirán. Los asesinos no se detendrán, por favor…

—Sobrevivirá, porque estaré con ella, todos estaremos con ella.

Rombi abrazó con fuerza al bebé. Se había quedado dormida, su pequeño pecho subía y bajaba con cada respiración. ¿Qué clase de vida tendría, siempre huyendo de los asesinos, en busca de respuestas? No había garantía de que no la matasen. Eran la misma gente sin nombre ni rostro que había asesinado al Padre Supremo como si no fuera nada. Rombi pensó en tirarse por el acantilado, sumergirse en la muerte con su hija. Pero Yemoja no las dejaría ir con tanta facilidad. En realidad, no tenía elección. Lo que los orishas pedían se entregaba sin preguntas.

Entre lágrimas, le entregó a la niña.

Yemoja acunó al bebé con un brazo, y le hizo gorgoritos mientras le ajustaba la ropa con el otro. Tocó su frente con el dedo y aparecieron los grabados, que se extendieron desde ese único punto hasta cubrir cada centímetro de su piel: intrincadas espirales y glifos, el lenguaje de la vinculación. Empezaron a brillar en un azul claro, como si en su interior hubiera una luz deslumbrante.

—No le has puesto nombre —dijo la orisha—. ¿Cómo te gustaría llamarla?

—Ashâke.

La diosa sonrió.

—Un nombre adecuado. «Elegida de los orishas». Guardiana de dioses. Y tú. —Le limpió las lágrimas, y después le tocó la frente con el pulgar—. Por tu sacrificio, por tu devoción, te nombro Iyalawo: Suma Sacerdotisa de los orishas, Madre de los Misterios.

Tras sus palabras, se puso de pie y se deslizó hacia el salón mientras le cantaba una nana a la niña dormida.

NUEVE

Ashâke observó boquiabierta a Iyalawo, sin palabras. La Suma Sacerdotisa estaba arrodillada frente a ella, le temblaban los labios y las lágrimas bañaban su rostro destrozado.

—Lo siento —dijo Iyalawo entre sollozos—. Lo siento tanto. Todo lo que has tenido que pasar, todo lo que has tenido que sufrir, siempre pensando que nadie te quería, que nadie te había querido. Cuando lo cierto es que… —Cogió aliento y prosiguió con voz entrecortada—. Te quería demasiado para dejarte ir. Fui… egoísta. Te quería junto a mí. Así que cuando el ritual estuvo completo y sus esencias se habían transferido a ti, los contuve, y a ti te hice olvidar. Pensé que si conseguíamos que suficientes personas creyeran en ellos los orishas no te necesitarían, y te dejarían vivir conmigo. Pensé… —Nuevas lágrimas acudieron a sus ojos.

Todo ese tiempo, su madre había estado a un paso de distancia, y ella no lo había sabido. Pero ¿no había sentido, estación tras estación, que la observaban? ¿Cuántas veces, mientras rezaba o realizaba alguna tarea, sentía que había unos ojos posados en ella, aunque al darse la vuelta no veía a nadie? En realidad, nunca había estado sola. Iyalawo siempre había estado allí, entre las sombras, protegiéndola.

—Eres… eres mi madre. —Las palabras le resultaban extrañas, todavía más saliendo de su boca. Pero eran ciertas.

—No me puse la máscara para ocultar mis cicatrices —dijo Iyalawo—, sino para ocultar nuestro parecido. Cualquiera que te mirase a ti y luego a mí, adivinaría lo que somos.

Madre e hija.

Ashâke se lanzó hacia Iyalawo y la envolvió en un abrazo feroz, sujetándola con tanta fuerza que le dolían las costillas. Pero no la soltó. Y cuando sintió que los brazos de Iyalawo la envolvían, abrazándola con la misma fuerza, a duras penas logró contener las lágrimas.

Durante tanto tiempo se había sentido tan sola. Durante tanto tiempo había vivido sin amigos, anhelando escuchar a los orishas, ansiando convertirse en sacerdotisa. Pero no había ido al templo para

hacerse sacerdotisa. Era la Guardiana. Los orishas moraban en su interior. Incluso en ese momento los sentía, los sentía en su mente de una forma que antes no había experimentado. Era como si compartiera su cerebro con otros. Y así era. De verdad.

—Los sentí —dijo—. La noche en que intenté invocar a Eshu. Escuché sus voces, los sentí en mi mente.

Iyalawo asintió.

—Estuviste a punto de liberarlos. Hay mucho que tengo que explicarte, que enseñarte…

—Un momento —dijo Ashâke, con aire pensativo—. Si la caída ocurrió hace cuatrocientas estaciones, eso significa… —Sondeó los ojos de Iyalawo—. ¡Significa que he vivido cuatrocientas estaciones! ¿Cómo puede ser? Solo tengo recuerdos de las últimas veintidós.

—También a ti te sumí en un estado de hibernación…, aunque no se puede llamar hibernación exactamente. Era más bien un estado de vida detenida. Necesité tiempo para descubrir cómo contener a los orishas. —Iyalawo sostuvo el rostro de su hija entre las manos—. No es tarea fácil atrapar a un orisha, imagínate a varios. Pero eran vulnerables, estaban muy débiles, y se habían entregado a ti. —Se encogió de hombros bajo el fino caftán—. Hice lo que tenía que hacer para mantenerte a salvo, para mantenerte conmigo.

Ashâke sostuvo el rostro de Iyalawo entre las manos a su vez, y se acercó a ella hasta que sus frentes se tocaron.

—Hiciste lo que habría hecho cualquier madre —susurró.

Iyalawo le dedicó una sonrisa húmeda.

—Pero ahora deben ser despertados. Y Yemoja no perdonará mi intromisión… —Su voz se apagó.

—¿Qué? —preguntó Ashâke—. ¿Qué pasa? Intercederé a tu favor si es lo que…

Iyalawo se puso de pie con brusquedad.

—No estamos solas. —Desató la escobilla de pelo de caballo en llamas de su lugar—. Espera aquí.

Se dio la vuelta y fue a rastrear la entrada de la cueva. Ashâke se puso de pie a toda prisa.

El amanecer era inminente, y había suficiente luz filtrándose entre los árboles para iluminar al niño que estaba de pie ante la cueva, con los brazos en la espalda mientras esperaba pacientemente.

—¡Te dije que te quedaras atrás! —siseó Iyalawo cuando le dio alcance.

—¡No pasa nada! Es uno de los griots. —Ashâke miró alrededor para comprobar si había alguno más—. Deben estar buscándome.

—Eso —dijo Iyalawo, escupiendo cada palabra— no es un griot. Es un asesino de dioses.

Una corriente fría recorrió la espina dorsal de Ashâke.

—¿Estás… estás segura?

Pero lo vio en sus ojos, en la posición de los hombros.

Se infiltran en todos los estratos sociales. ¿Acaso no eran los griots, que acogían a la gente sin preguntas, sin juzgar, que viajaban a lo largo y ancho de los Diez Reinos, perfectos para ello? Ashâke recordó con un terror cada vez mayor la emboscada que le había tendido el niño, sus preguntas exigiendo conocer la ubicación del templo. Había estado buscándola, aunque ella no lo había sabido, aunque él tampoco lo sabía. Y ahora la había encontrado.

—Por las estrellas del cielo —dijo débilmente.

—Asesino de dioses.

La boca del niño se contrajo en una mueca de desagrado.

—Cómo aborrezco esa frívola etiqueta. Somos más, mucho más que eso. Soy Yaruddin, sirviente del Gran Maestro Bahl'ul.

—Vete, asesino de dioses. —Iyalawo retrajo los labios en una mueca de desprecio—. Los tuyos no son bienvenidos aquí.

Yaruddin dio un paso al frente, pero se encontró con una barrera invisible. Frunció el ceño y puso una mano en el aire, probando la barrera, y una burbuja iridiscente se reveló. Envolvía toda la cueva.

Le estalló la mano en llamas.

Yaruddin se apartó y observó su mano con el ceño fruncido, como si no estuviera ardiendo, como si aquello no fuera más que una pequeña molestia; después apagó las llamas en silencio con la otra mano.

—Un campo de protección. Qué… pintoresco. Debes ser consciente de que no puedes detenerme. Ni vencerme. —Su mirada vacía se deslizó hacia Ashâke y volvió a Iyalawo—. Entrégame a la Guardiana y no hace falta que mueras.

—Abandona este lugar de inmediato y no hace falta que mueras tú.

Ashâke se secó las manos frías y pegajosas en la ropa, respiraba rápida y agitadamente. Quería salir corriendo. Quería salir corriendo tan lejos de allí como fuera posible. Pero estaban atrapadas, no había a dónde ir. Las imágenes de la caída se sucedían en su mente, imágenes de los seguidores de Bahl'ul matando a los orishas, el estupor en el rostro de Olodumare cuando murió. No eran rival para esa gente. ¿Cómo podía Iyalawo plantarle cara a uno de ellos?

Yaruddin se llevó la mano al costado y una nube de niebla morada y negruzca la rodeó, condensándose poco a poco hasta formar una

cimitarra negra del mismo tipo que la que había aniquilado al Padre Supremo. Ashâke sintió que le fallaban las piernas con un nuevo ataque de terror.

El niño alzó la cimitarra y cortó el aire. Se escuchó un clac agudo cuando golpeó el campo de protección, y saltaron chispas en el punto de contacto. El escudo titiló y se agrietó. Los pájaros alzaron el vuelo, sus sombras oscuras aleteaban sobre los árboles, hacia la luz de la mañana. Yaruddin golpeó una y otra y otra vez.

Con cada golpe la cueva se sacudía, y puñados de tierra pútrida caían del techo e iban formando un paño mortuorio de polvo en el suelo. Ashâke observó asustada las grietas que aparecían en el techo y en las paredes. Faltaba poco para que la cueva entera se desmoronara.

—¡Guardiana! —le gritó el asesino de dioses—. ¡No tienes a dónde ir! ¡No hay ningún lugar en el que puedas ocultarte! ¡Ningún lugar en el que no te encontremos!

Iyalawo se giró hacia Ashâke.

—Escúchame. El escudo no aguantará. Cuando se rompa, quiero que eches a correr hacia el templo…

—¿Qué?

—Yo lo mantendré ocupado. Los seguidores de Bahl'ul son incapaces de entrar en el templo, y así seguirá siendo mientras tu fe sea fuerte, mientras sigas creyendo.

—¡No! —Ashâke la sujetó de las manos—. No puedes enfrentarte a él. ¡Te matará!

Iyalawo sonrió.

—Cogieron a los orishas desprevenidos, yo me he preparado cuatrocientas estaciones para este momento.

El escudo parpadeó una vez, dos, y se desvaneció. Desaparecido. Iyalawo levantó la escobilla.

—No te llevarás a los orishas —bramó—. Y no te llevarás a mi hija.

Una lanza salió zumbando de entre los árboles. Atravesó el aire con gran velocidad y alcanzó a Yaruddin en plena espalda. El niño salió despedido hacia delante, empujado por el impulso de la lanza, con los brazos extendidos como si abrazara el aire. Aterrizó de rodillas, apoyado en la punta de la lanza ensangrentada que le salía del pecho, mientras una sangre negra le empapaba la ropa. La cimitarra se desvaneció de su mano y se disolvió en un torbellino de niebla negra.

Apareció alguien corriendo del bosque.

—¡Djola! —gritó Ashâke.

—Está todo bien —gritó él—. Los otros…

Una nube de niebla rezumó del cadáver. Al principio, Ashâke pensó que era la cimitarra, pero no se condensó en ninguna forma sólida. En lugar de eso, se quedó flotando sobre el cuerpo sin vida de Yaruddin, una sustancia amorfa que daba vueltas.

Ashâke sintió un tirón en la boca del estómago, como si le hubieran echado el lazo, la hubieran atrapado por la cintura y ahora tiraran de ella. Dio un salto hacia delante.

Sintió que la mano de Iyalawo se cerraba sobre su hombro, y el aliento cálido de la mujer en su oído:

—¡Corre!

Pero no podía correr. Se sentía atraída por esa cosa, esa nube de…

La niebla tembló, se extendió, y después se abalanzó sobre Djola, envolviéndolo. Se agitaba y se revolvía, como una pequeña tormenta, hasta que al final se disolvió, y solo quedó Djola de pie.

—… ¿Djola? —preguntó Ashâke.

Djola la miró, pero ella no encontró nada reconocible en su rostro.

—¡CORRE! —gritó Iyalawo—. ¡VETE! ¡VETE! ¡VETE!

Echó a correr. Tras ella, escuchaba los sonidos de la pelea entre su madre y Yaruddin. Yaruddin, vestido con la piel de Djola. Djola estaba… ¿estaba muerto? ¿o solo poseído? ¿Era así como se desplazaban los seguidores? ¿Se apoderaban de los cuerpos de la gente, para que nadie supiera si la persona que tenía delante era quien decía ser? Era una idea aterradora. Había tanto que no sabía, tanto para lo que no estaba preparada, y…

Ashâke salió a trompicones del bosque y llegó al campamento.

—No —dijo, con un grito ahogado.

Los barcos estaban en llamas. Ardían, consumidos por llamas moradas antinaturales, un humo negro y espeso subía al cielo de la mañana como salido de una forja de bronce. Ante sus ojos, el barco más grande explotó, lanzando trozos de madera despedidos en todas las direcciones. Con un gemido terroso, el caparazón destrozado del barco empezó a hundirse en el río en ebullición.

—No.

Reinaba el caos: los griots corrían para todos lados, gritando y llorando a pleno pulmón. Había tiendas en llamas medio enterradas en el barro y ropa desparramada que se agitaba en el viento como si fueran pájaros. En un perol enorme todavía colocado sobre el fuego, se cocinaba un desayuno que ya nadie comería. Y en la ribera…

—Por las estrellas del cielo, por favor…, no…

El margen del río estaba anegado de cadáveres, algunos boca abajo, otros boca arriba, pero todos inmóviles, como si simplemente se

hubieran desplomado donde estaban.

Ashâke se acercó dando bandazos hasta el grupo más cercano de griots que se lamentaban. En el centro había una mujer, o lo que solía ser una mujer; ahora era…, su piel tenía la textura de la terracota esmaltada, surcada de grietas. Era de color blanco alabastro, desde las trenzas del pelo hasta la ropa que llevaba; parecía la versión que crearía un escultor de una mujer, hecha de arcilla y cocida en el horno, como si no hubiera vivido una vez, como si no hubiera reído y respirado, como si no hubiera soñado, amado e imaginado su futuro. Donde debería haber tenido los ojos había unos agujeros hundidos de los que salían volutas de humo. Ashâke descubrió con una punzada en el corazón que la conocía: era Modupe, que le había puesto una segunda ración de gachas la noche anterior, con su bebé recién nacido atado a la espalda; Modupe, que había bromeado con que su marido tenía flatulencias nocturnas. Ahora estaba muerta, muerta.

—¿Qué ha pasado? —graznó Ashâke. Pero sabía lo que había pasado. Yaruddin.

Nadie le hizo el menor caso, consumidos como estaban por el dolor, y Ashâke se encontró susurrando palabras de consuelo vacías, sin apenas saber lo que decía. Su mirada se posó en una silueta cerca del río, y se encontró corriendo, conteniendo el aliento en la garganta y el dolor en el corazón. Tropezó en el barro, cayó y se levantó de nuevo.

—¡AH!

La palabra escapó de su garganta, un grito de angustia. Mamá Agba estaba medio arrodillada, medio sentada sobre la cadera, con los brazos levantados como si intentara protegerse. En el rostro tenía una expresión congelada de agonía, la boca abierta en un grito silencioso e interminable.

Ashâke dejó escapar un nuevo grito de dolor. Se arrodilló allí mismo, golpeándose el pecho como para intentar arrancarse la pena. Mamá Agba no. Por favor, ella también no…

Baale Jaha estaba arrodillado junto a su mujer, cubierto de barro y hollín, con el pelo medio chamuscado. Tan pequeño, tan menguado, distaba mucho del orgulloso Griot Mayor que había Cantado para ella sobre la caída de los orishas hacía apenas unas horas. Sostenía la mano calcificada de mamá Agba en la suya, con la mirada perdida y una expresión extraviada en el rostro, como si no pudiera creerse del todo que aquello fuera real. Ashâke no podía culparlo; a ella le resultaba difícil de creer que nada de aquello estuviera ocurriendo, que no fuese alguna pesadilla espantosa conjurada por el torrente de

descubrimientos que había hecho en las últimas horas.

Los ojos inyectados en sangre de Baale Jaha resbalaron hacia ella, como si la viera por primera vez. Su mirada recorrió los tatuajes sobre su piel, los antiguos glifos que vinculaban a los orishas con ella. Ashâke vio el momento en que lo entendió, en que sus ojos se endurecieron bajo el peso de la comprensión.

—Tú —susurró, apuntándola con un dedo tembloroso—. Te buscaban a ti.

—Lo siento —chapurreó—. Lo siento tanto…, no lo sabía…

Pero él no la escuchaba.

—No lo entendía, pero… Los seguidores de Bahl'ul. Vinieron… — Su rostro se contorsionó por la ira al asimilar la matanza que le rodeaba—. Están todos muertos… ¡por tu culpa!

—No… Yo no quería que nada de esto… No lo sabía. ¡Lo siento!

Ashâke miró a su alrededor, hacia los incontables griots asesinados. Baale Jaha tenía razón. Era culpa suya. Si no se hubiera ido del templo, nada de esto habría ocurrido. Si no hubiera intentado invocar a un orisha no habrían sabido dónde se ocultaba en primer lugar. Y ahora, por su culpa, montones de los suyos habían muerto, innumerables niños habían quedado huérfanos.

Se puso en pie de un salto y echó a correr, resbalando en el barro, limpiándose a manotazos las lágrimas y los mocos de la cara. Al pasar por su lado a toda velocidad, su mirada se posó en Ralia, que sollozaba sobre la forma sin vida de su padre golpeándole el pecho.

—¡Despierta, baba! ¡Despierta!

Cuando la niña vio a Ashâke echó a correr hacia ella, chocaron y enterró el rostro en el vientre de la joven mientras vociferaba:

—¡Han matado a mi baba! ¡Está muerto!

Ashâke no encontraba las palabras. ¿Cómo iba a consolar a Ralia cuando ella misma era el motivo de su aflicción? Así que se quedó ahí de pie, sosteniéndola mientras lloraba.

Entonces los vio.

Primero, a una mujer que caminaba hacia ella, con la mirada clavada en Ashâke. A su izquierda, al otro lado del campamento y acercándose en diagonal, un hombre. Ashâke se giró y vio también a Iyalawo salir corriendo de entre los árboles con un arma en la mano.

Sintió que las fuerzas la abandonaban. Su madre estaba muerta, le habían robado el cuerpo. Pero ¿qué había creído? Nunca habían tenido la menor oportunidad. ¿Cómo matar a alguien que podía simplemente saltar y meterse en tu cuerpo? ¿Cómo matar a alguien que había asesinado a los mismos orishas? No se podía. Y los orishas.

¿Dónde estaban cuando los necesitaba? Mudos como siempre.

Los tres seguidores se separaron, depredadores que rodeaban poco a poco a su presa. No tenía escapatoria. Tampoco es que tuviera intención de escapar.

Separó los brazos de Ralia de su regazo y la alejó.

—¿Qué haces? —gritó la niña.

—Voy a entregarme. No pararan hasta que me tengan a mí.

—Lo prometiste. —A Ralia le temblaba la boca, y lágrimas nuevas le resbalaban por las mejillas sucias—. Me prometiste que no me dejarías.

En ese momento, Baale Jaha soltó un rugido agudo y angustiado. Sonoro, viajó por el aire cargado de humo, sobre los árboles y al otro lado del río, hasta las montañas al este, que devolvieron un eco largo y lejano. Al principio, Ashâke pensó que era un grito de dolor, desgarrador por su crudeza. Pero cuando las montañas replicaron la misma melodía vacilante, reconoció lo que era: el comienzo de una Canción. Uno a uno, los griots repartidos por la playa, heridos y llorosos, se unieron a la Canción. Cantaron sin koras, ni flautas ni tambores. Cantaron sin adornos ni ceremonia. Solo estaban sus voces, fundidas en una por el dolor, el duelo, la resistencia.

El mundo se disolvió. Desapareció la ribera llena de cadáveres, desaparecieron el río en ebullición y los barcos llameantes. Ashâke sintió la magia de la Canción cuando las profundidades de un Recuerdo la engulleron.

Estaban en un mercado, bajo un sol abrasador. Al ver las pirámides doradas en la distancia, que centelleaban bajo el sol del mediodía, adivinó que era el mercado del Oba. Ashâke miró hacia abajo y descubrió que estaba detrás de un puesto de naranjas y papayas, e iba vestida con ropa de comerciante. Sus grabados habían desaparecido, en su lugar tenía tatuajes, espirales poco definidas en azul kongi.

Estaban en el Cinturón del Medio, aunque no estaba segura de en qué reino.

Se movió con torpeza entre la multitud. La Canción de los griots llenaba el aire, le llenaba la cabeza, la oía incluso por encima del estruendo del mercado, por encima de la cacofonía de una docena de idiomas. Se agachó para cruzar los puestos, en los que vio a una joven tessinia agachada bajo una torre de cestas.

—¡Ralia! —siseó Ashâke.

La niña se giró para mirarla.

—¿Qué está pasando?

—No lo sé.

—¿Qué Recuerdo es este?

Ralia frunció el ceño, pensativa.

—La estampida de Nok.

—¿Una estampida? —gritó, asustada—. ¿Por qué iban a…?

Y entonces lo comprendió. Intentaban crear una distracción. Tal como ya había experimentado, los griots no se limitaban a recrear los acontecimientos, te ponían allí, en el centro, y te convertías en un jugador vivo y activo en esa evocación. A ella le resultaba difícil distinguir a una persona viva de una que había sido conjurada por la Canción, y sospechaba que a los seguidores de Bahl'ul les pasaba lo mismo; podrían recorrer el mercado entero sin encontrarla.

Escuchó la voz del Griot Mayor retumbar en el aire:

«En el primer día de cosecha en el reino de Nok».

Ashâke cogió a Ralia del brazo.

—Ven —le dijo—. Vámonos.

Se agacharon para cruzar los puestos, dejaron atrás comerciantes y compradores que regateaban. Dejaron atrás un niño pequeño que empujaba un carro llenísimo de dulces melones.

«Llegaron al mercado del Oba a la sombra de su palacio
gentes de todos los reinos, desde Nago hasta Skaggás».

Ashâke se descubrió a sí misma respirando muy rápido, casi enferma de miedo mientras su mirada se paseaba por un mar de rostros… Un hombre tessinio que mostraba sus estatuas de bronce, un tejedor de mimbre de Ijebu que exhibía sus sillas y mesas del mismo material, vendedoras de Nago con sus delicadas prendas *tie dye*. Había tanta gente… Gente que se apiñaba, se empujaba y daba codazos. Y cualquiera de ellos podía ser un asesino de dioses. No podía parar de imaginar una mano que la agarraba, o un filo negro que le atravesaba la columna.

Vio a un zapatero agachado frente a su puesto que movía la boca mientras clavaba la aguja en la suela de un zapato. El zapatero levantó el rostro y sus miradas se encontraron. Y aunque ahora era delgado y calvo, y vestía con un caftán manchado de sudor que colgaba como la vela de un barco de su delgada figura, Ashâke reconoció al hombre tras aquellos ojos.

Baale Jaha.

—Ven —dijo el Griot Mayor—. ¡Rápido!

Ashâke cogió a Ralia en brazos y lo siguió. El patriarca las guio por

la parte de atrás hasta un rincón mugriento, y se puso a dibujar con tiza en la pared.

—¿Qué haces? —preguntó Ashâke.

Jaha había dibujado lo que parecía un arco rudimentario en el muro.

—Intentaremos retener al enemigo aquí todo lo posible —dijo él—, o hasta que nos encuentren. Así te daremos tiempo suficiente para escapar.

—¿Escapar?

—Atraviesa el muro, te guiará para salir de este Recuerdo, de vuelta al río. —Su mirada era inescrutable—. Sálvate.

A pesar de todo lo que había hecho, de todo el dolor y destrucción que había provocado, estaba dispuesto a ayudarla.

—¿Por qué?

El patriarca pareció comprender a qué se refería.

—Los orishas siguen vivos. Hemos vivido mucho tiempo pensando que no era así. Pero ellos moran en ti.

—Lo siento. Lo siento muchísimo. Tienes que saber que nunca os habría puesto en peligro de forma consciente. Si hubiera…

—Muchos han muerto, es cierto. Pero la muerte es pasajera. Que vivan mil vidas.

—Que vivan mil vidas —repitió Ralia, secándose las lágrimas. Ashâke también susurró la fórmula.

—Ahora vete. ¡Vete!

Antes de que pudiera protestar, el Griot Mayor la lanzó contra el muro, en la oscuridad.

DIEZ

Ashâke cayó de bruces en el barro.

Se incorporó de un salto, y agarró a Ralia cuando esta salió dando tumbos de…

Un remolino. Eso era lo que parecía. Una masa de nubes negras que se agitaba y tocaba el suelo, y ocupaba casi toda la ribera. Ashâke casi podía distinguir formas dentro del torbellino, pero no estaba segura de si era su mente la que inventaba cosas, intentando encontrarle un sentido a aquella masa, o si eran escenas de la estampida. En cualquier caso, los griots habían ganado tiempo y no podía permitirse perderlo.

Se dio la vuelta y vio a los niños. Unos veinticinco, todos apiñados y con los ojos rojos de tanto llorar. Un par de ellos todavía sorbían por la nariz, sus rostros reflejaban un miedo que ningún niño debería conocer. También había algunos adultos; los que, igual que ella, no eran Cantantes, pero se habían unido a los griots, los que no tenían ningún sitio al que ir y habían encontrado su lugar junto a los griots.

Todos la miraban. Ashâke fue muy consciente en aquel momento de los grabados que cubrían cada centímetro de su cuerpo.

—Me voy —dijo.

Ralia se colgó de ella con más fuerza.

—¡Prometiste que no te irías!

—Es a mí a quien quieren. Si ya no estoy aquí… no os molestarán.

—¿Tú crees? —dijo una mujer que acunaba a su bebé lloroso—. Mira a tu alrededor. ¿Te parece que eso los ha detenido antes?

Ashâke se pasó la lengua por los labios, observando sus rostros demacrados y sintiendo el peso de sus miradas expectantes. Se le ocurrió que todos estaban esperando a que hiciera algo. «Orishas, ¿qué hago? Por favor, hablad conmigo. No sé qué hacer».

Los dioses guardaron silencio.

Podían ir al templo. Allí estarían a salvo. Al fin y al cabo, la había mantenido oculta de los seguidores durante todas esas estaciones. Pero no conocía el camino.

—No podemos correr lo bastante rápido. Hay tantos niños…

Uno de los pequeños chilló. Un sonido que helaba la sangre resonó en sus oídos, y Ashâke se dio la vuelta de un salto por instinto, colocando a Ralia tras ella.

Un Cantante salió a trompicones del Recuerdo sujetándose el pecho. El espacio en el que había estado se cerró como el agua que rellena un hueco vacío. Pero estuvo abierto el tiempo suficiente para que Ashâke viera al asesino de dioses ahí de pie, para que viera la espantosa cimitarra negra. El Cantante cayó al suelo pataleando. Después empezó a calcificarse, el blanco se extendió desde la herida del pecho y le devoró la piel como una especie de enfermedad maligna hasta que se convirtió en una estatua de alabastro blanco.

—¡Ashâke! —gritó Ralia.

Levantó el rostro y se encontró con un rostro casi carente de rasgos que presionaba contra la membrana del Recuerdo.

—¡El barco! —dijo alguien—. ¡Mirad! El barco de Gaza no ha ardido. Si navegamos con el viento podemos seguir el río hasta los rápidos. Nos sacará al mar Eterno, y si seguimos la costa podemos llegar a Inysha. Allí estaremos a salvo.

Ashâke no creía que los niños fueran a estar a salvo en ninguna parte, al menos mientras estuvieran con ella. Pero no tenían otra opción.

Si los asesinos de dioses encontraban a todos los Cantantes, no habría nada que les impidiese ir a por ella.

—Está bien —dijo—. Navegaremos hasta Inysha si podemos. ¡Vamos, niños!

Echaron a correr hacia el barco, Ashâke llevaba en volandas a algunos de los más pequeños. El río seguía en ebullición y el aire todavía estaba espeso por el humo. Ashâke soltó los amarres del barco y los chicos mayores izaron las velas justo cuando se soltaron. El barco se alejó de la orilla, cabeceando en el agua.

Pero no hacía ningún viento, la vela pendía, flácida, y el barco se movía a la deriva en el río como un madero abandonado.

El torbellino empezó a menguar, los Cantantes caían del Recuerdo como moscas.

—¡Coged los remos! —gritó Ashâke—. Todos los que podáis remar, ¡REMAD!

Se precipitaron a por los remos y empezaron a remar. A Ashâke le ardían los brazos. La mano herida le daba latigazos de dolor con cada movimiento. El agua se resistía contra cada golpe y el río revuelto hacía girar el barco en el mismo punto, daba vueltas como un corcho.

Apareció un asesino de dioses con la piel de Baale Jaha.

—Eyin Orisha —susurró Ashâke, a punto de sucumbir al pánico—. ¡Ayudadme!

Los otros seguidores también se habían liberado del torbellino y se acercaban a ellos, entraban en el río, lo vadeaban despacio para llegar al barco. Una niña estalló en sollozos mientras llamaba a su madre.

—¡Ogun! ¡Shangó! —Ashâke ni siquiera sabía cuáles estaban vivos, cuáles moraban en su interior—. ¡Por favor, os necesito!

Podía sentir a los orishas, sentir su poder. Pero era como divisar un fuego lejano en una noche fría y saber que su calor te caldearía, pero ser incapaz de acercarse lo suficiente…

Una oleada de náusea la golpeó sin previo aviso, y cerró los ojos para calmar el mareo. Todo se disolvió: el calor de los barcos en llamas, el sabor acre del miedo en la garganta, los gritos. Cuando abrió los ojos, se encontró en medio de un enorme salón.

—¿Qué dem…? —Se dio palmaditas por todo el cuerpo para comprobar que aquello era real. Lo era, o al menos lo parecía. ¿Cómo había llegado hasta allí?

De pronto fue consciente de otra presencia, y se dio la vuelta para encontrarse cara a cara con una mujer a tres pasos de distancia. Estaba de pie, con las manos enlazadas en la espalda, y observaba a Ashâke en silencio. Lo más impactante no era que no había estado ahí un instante antes; era que parecía una copia de Ashâke, idéntica desde la coronilla hasta los grabados que le cubrían la piel.

—¿Qué es esto? —susurró Ashâke con el corazón en la garganta—. ¿Quién eres?

Su doble frunció el ceño.

—Soy tú.

—¿Qué? ¿Estoy soñando?

—¿Eso importa? Lo más importante es ¿por qué estás aquí?

—¿Por qué estoy…? —Miró a su alrededor, aún tratando de comprender lo que ocurría—. No lo sé, estaba… Estaba en un barco…

La mujer se dio la vuelta y se alejó.

—¡Oye! ¿A dónde vas?

Los pasos de Ashâke resonaron sobre el suelo cuando fue tras ella. Aunque su doble se movía sin prisa, no era capaz de reducir la distancia entre ellas.

—No deberías correr —le dijo su doble despreocupadamente, y se desvaneció tras una puerta.

Ashâke se encontró en una habitación pequeña, ante un gigantesco disco de latón que flotaba en el centro de la estancia. Parecía una pieza de un puzle enorme, formada por varias docenas de piezas más

pequeñas entrelazadas. En el centro tenía un surco con forma de mano.

La mujer encaró a Ashâke cuando se acercó.

—¿Por qué estás aquí?

—¡No lo sé! —contestó Ashâke, que empezaba a enfadarse. No tenía tiempo para adivinanzas—. Pero tengo que volver, ¿entiendes? Los seguidores…

Se quedó callada. La mujer era ella misma, así que debía ser una manifestación de su propia mente que intentaba decirle algo, intentaba proporcionarle una respuesta a su pregunta.

—Estoy aquí para encontrar a los orishas —dijo Ashâke—. Necesito… Necesito su ayuda.

Por fin, la mujer sonrió.

—Han estado esperando por nosotras. —Señaló el disco con un gesto de la cabeza—. Madre los encerró, pero es hora de que los liberes.

—¿Cómo?

Pero en realidad no necesitaba preguntar. El disco era una puerta, y ella la llave. Respiró profundamente, temblorosa, levantó la mano y la posó sobre la hendidura.

—Me ofrezco a vosotros —susurró—. Ahora y siempre. Tomadme. Usadme.

Con un clic, el disco empezó a abrirse, cada lámina se retrajo como los pétalos de una flor hasta que el disco ya no era un disco, sino un enorme anillo de latón, un portal, una entrada, y más allá vio…

Una luz dorada cegadora surgió de la entrada, envolviendo a Ashâke en su luminiscencia etérea.

~

Los gritos le indicaron que estaba de vuelta en el barco. Ashâke abrió los ojos, y se sorprendió de seguir sosteniendo el remo. Los seguidores estaban en el mismo sitio en que los había visto por última vez, acercándose despacio al barco. Al parecer el tiempo se había detenido, pero ahora… ahora ella era diferente.

Ashâke apartó el remo y se puso de pie.

Sintió un remolino en su interior, una gran brecha como si su todo su ser se abriera en un bostezo enorme. Era una portadora, un recipiente enorme y vacío, y todos los recipientes están hechos para ser llenados.

Sintió el poder precipitarse en ella, una gran cascada de energía

pura, sin restricciones. Vio cómo sus grabados adquirían vida, emitían una luz abrasadora, blanca azulada, y se retorcían por su piel: los mil nombres de Olodumare grabados en ella, sus mil aspectos replicados en los orishas.

Ashâke era consciente como nunca antes lo había sido. Conocía al pájaro que trinaba en el cielo, al gusano que escarbaba en lo más hondo de la tierra; conocía la vasta extensión del mar Eterno y a las criaturas que poblaban sus profundidades insondables. Y conocía el viento, sus muchos nombres, sus muchas formas. Llamó al viento de todos los rincones del mundo, del este al oeste, del norte al sur. Lo llamó por su nombre.

Y el viento contestó.

Una brisa suave agitó el aire. Fría, como la brisa que anuncia tormenta. En las alturas, los pájaros piaron y huyeron en busca de refugio. Entonces Ashâke lo escuchó, un gruñido profundo que le tamborileaba en el pecho. El cielo se oscureció, el día se transformó en noche. La tierra tembló como en medio de un terremoto, los árboles traquetearon como sacudidos por una estampida, y la tormenta apareció por un recodo.

Un enorme muro negro de viento: hasta las montañas parecían pequeñas en comparación, aullaba como un demonio de Apadi mientras destrozaba el valle, arrancaba los árboles de raíz, devoraba el barro y el río y los restos aún humeantes de los barcos de los griots. El río vomitaba espuma, convertido en una enorme ola de casi veinte metros de altura, lo que se acercaba a toda velocidad era un muro de viento y agua que lo consumía todo a su paso. Ashâke vio cómo los seguidores se giraban, con el miedo pintado en el rostro mientras intentaban escapar, y eran absorbidos como mosquitos por la tormenta.

El barco empezó a balancearse peligrosamente, la madera vieja crujía al ser zarandeada una y otra vez por las aguas tumultuosas. Con un chasquido ensordecedor, uno de los tablones laterales se arrancó de cuajo y salió despedido, dando vueltas en el cielo. Los griots se amontonaban en el centro del barco entre gritos, aferrándose unos a otros mientras el buque giraba sin cesar.

Ashâke estaba de pie en la proa, con los brazos levantados como si rezara mientras dirigía el viento. Lo sentía cargar contra ellos, rebosante de un poder desenfrenado. La tormenta se tragaría el barco, lo haría pedazos, y todos saltarían por los aires. No podía permitirlo. No podía permitir que murieran todos. Así que agarró la tormenta por el corazón y la obligó a hacer su voluntad. Y cuando el grueso de la

tormenta cayó sobre ellos se dividió, se abrió como un río que rodea una roca, y el barco quedó en el medio, en una burbuja segura rodeada por su oscuridad embravecida.

Viajaban río abajo, se aproximaban con rapidez al mar Eterno. Ashâke sentía que la tormenta seguía creciendo. Sentía cómo se rebelaba contra su control, cómo empezaba a escapársele, y necesitaba todas sus fuerzas para retenerla. Empezó a sangrar por la nariz, sangre cálida y pegajosa. Sintió el sabor del hierro cuando se le metió en la boca mientras gritaba y tiraba con todas sus fuerzas.

Era un recipiente. Un recipiente vacío y enorme. Pero había aceptado demasiado, demasiado rápido, y estaba sobrepasada.

Una canción perforó el aire. Venía de todas partes y también de su interior. Una canción que era a la vez extraña y familiar, era lo más bonito que había escuchado nunca. Escucharla la tranquilizó, diluyó el dolor y la preocupación. Se llevó el miedo. En ese momento Ashâke comprendió que la carga no era tan pesada de soportar.

Sintió que alguien la cogía de la mano, y al girarse se encontró con una mujer que la sostenía. Una mujer cuyo pelo blanco flotaba como un halo, cuyos ojos eran del color del mar Eterno, y Ashâke la reconoció con la misma seguridad con la que se conocía a sí misma. Pues no era una mujer.

—Estoy aquí —dijo Yemoja.

Alguien más le cogió la otra mano, y Ashâke se giró y descubrió a la orisha de las tormentas, cuyo semblante reflejaba la tempestad, y cuya sonrisa brillaba con la luz de mil soles.

—Estoy aquí —dijo Oyá.

Y, como tres, como una, elevaron las manos al cielo.

ONCE

Ashâke estaba de pie junto a la ventana, observando la respiración acompasada y tranquila de Ralia mientras dormía. Tras ella se filtraban los ruidos de Inysha: conversaciones rápidas salpicadas de risas escandalosas, el ulular ocasional de un colimbo. Justo al otro lado de la calle alguien le arrancaba una melodía a una kora con torpeza. La ciudad nunca dormía, como Ashâke había descubierto; vibraba con el rumor constante de la actividad. Todavía le resultaba extraño encontrarse entre tanta gente, dudaba que nunca llegara a acostumbrarse. Si por ella fuera, se quedaría siempre tras los muros de aquella casa, a salvo del mundo y todo lo que contenía.

Habían tardado tres día en llegar a Inysha, tres días que había pasado entrando y saliendo de la inconsciencia mientras estaba en contacto con los orishas. Le había parecido mucho menos tiempo, y cuando por fin despertó se sentía distinta. Ahora percibía la presencia de los orishas constantemente, escuchaba sus voces a voluntad.

Los otros niños estaban repartidos por la habitación, acurrucados en sus colchonetas. Aquello le recordaba extrañamente a su época en el templo, pero donde la institución se había erigido sobre secretos y mentiras (por muy necesarios que hubieran sido), en esa habitación, entre los niños, reinaban solo la verdad, el amor y la esperanza. Una trenza se coló en la boca entreabierta de Ralia, Ashâke la sacó con delicadeza y se la colocó tras la oreja. Vaciló un momento sobre la niña, observando la arruga entre sus cejas mientras dormía. Después le dio un beso en la frente.

—Adiós, pequeña —susurró.

Atravesó la estancia esquivando niños dormidos y salió. —Te vas.

Ireti estaba sentada en la mecedora del salón, frente al altar que había erigido en honor a los griots muertos. Era la hermana pequeña de mamá Agba, que se había casado con un ebanista y había renunciado a la vida nómada para instalarse en la ciudad con su marido. Había transcurrido casi una semana desde que Ashâke había aparecido en su puerta acompañada de veinte niños huérfanos. La mujer se había quedado sentada en silencio mientras le explicaban lo

que había ocurrido, que un clan entero había desaparecido, que su hijo Djola y su hermana habían muerto.

—Sí —respondió Ashâke—. Me voy.

Ireti se dio la vuelta por fin para mirarla. Su parecido con mamá Agba era asombroso. Tenía el mismo pelo blanco plateado, las mismas cejas pobladas. Ashâke casi podía fingir que era la misma mamá Agba, la mujer generosa que la había acogido, vestido, alimentado y cuidado. Casi podía imaginarse que mamá Agba estaba allí, en vez de yacer congelada en la ribera del río junto al bosque. Casi.

—Cuando Ralia se despierte… —dijo Ashâke—. ¿Se lo dirás?

La mujer asintió.

—Temo que no me perdone. Pensará que la he abandonado.

—Te sorprendería la capacidad de perdón que tienen los niños —dijo Ireti—, con el tiempo lo entenderá. Ahora es mi hija. Todos lo son. Yo cuidaré de ellos.

Ashâke asintió y se giró para partir.

—¿A dónde irás?

—No lo sé. Allá donde me dirijan los orishas.

—Diles… —Ireti tomó aliento—. Diles a los orishas que extenderé el mensaje a todos los clanes hermanos. El mundo sabrá lo que ha ocurrido. El mundo conocerá el sacrificio de los míos, que vivan mil vidas. El mundo sabrá que los orishas aún viven.

Ireti había pasado los últimos días interrogando minuciosamente a cada niño, preguntándoles cada minúsculo detalle que pudieran recordar de los hechos acontecidos. Cuando llamó al décimo niño, Ashâke comprendió el motivo: estaba capturando el Recuerdo. Puede que hubiera abandonado la vida nómada, pero seguía siendo una griot (una Cantante) y cantaría la historia hasta que llegara a todos los oídos que la escucharan. Su madre le había dicho que los sacerdotes llevaban mucho tiempo librando una guerra de fe contra los seguidores de Bahl'ul. Pero no habían tenido a los griots de su parte.

Ashâke asintió. El camino ante ella todavía era incierto, y estaba lleno de peligros. Pero no estaba sola. Nunca volvería a estarlo.

Tras despedirse de Ireti con un último asentimiento, Ashâke abrió la puerta y se adentró en la noche.

EPÍLOGO

El Maestro estaba de rodillas, inmóvil, solo en la oscuridad.

Podría haber estado profundamente dormido, tenía los ojos cerrados con suavidad. Podría haber estado meditando, respiraba profunda y armoniosamente, y le bailaban los ojos bajo los párpados cerrados. Pero no estaba dormido ni meditando.

Frente a él había un pequeño estanque, bajo aquella luz tenue el agua era negra y reflectante. El Maestro abrió los ojos y escrutó sus profundidades insondables, como si buscara un significado, un propósito, una señal. Estudió su propio reflejo largo rato, después hundió una mano en el agua y empezó a revolverla.

Movía la mano despacio, y el agua salpicó y borboteó hasta convertirse en un remolino, la oscuridad empezó a sangrar como la tinta por los bordes del estanque, y finalmente se encontró frente a un agua clara que se convirtió en una ventana.

El Maestro miró.

Vio un río, sus aguas tranquilas estaban llenas de árboles caídos y de escombros. Vio la orilla del río cubierta de cadáveres calcificados, con ojos vacíos que miraban sin ver. Vio las proas destrozadas de los barcos quemados, varadas en la orilla como esqueletos de grandes bestias del mar Eterno. Tanta muerte. Tanto despilfarro. No había habido tanta destrucción sin sentido desde la caída de los orishas, desde que había hundido su hoja en el Padre Supremo y liberado a los hombres del yugo de los orishas.

Suspiró.

Sus hijos se habían apartado mucho de sus enseñanzas, habían convertido sus edictos en una farsa. Había estado fuera mucho tiempo. Demasiado.

No importaba. Ya estaba de vuelta. La Guardiana todavía los esquivaba, pero ya estaba él ahí para solucionarlo. Si quieres que algo se haga bien, hazlo tú mismo.

Poco a poco, el Maestro se levantó y entró en el mundo.

AGRADECIMIENTOS

Aunque haya escrito yo las palabras que han dado forma a la historia que acabas de leer, varias personas interesantes conspiraron para producir el libro que tienes entre manos. Entre ellos mi extraordinario agente Alexander Cochran; mis editores Jonathan Strahan (al que le pedí muy amablemente que echara un vistazo a mis tonterías, y que muy amablemente aceptó) y Eli Goldman (que no ha dejado de mostrarme su apoyo gentil y su entusiasmo infeccioso desde *Breathe FIYAH*). Gracias a Shawna Hampton por su corrección (me declaro deslumbrado para siempre por los correctores y su atención sobrehumana al detalle), a Christine Foltzer por su impecable dirección artística, a Godwin Akpan por una cubierta soberbia, y a todos los que trabajaron sin descanso en Tordotcom para que este libro cobrara vida. Gracias también a Chinaza Eziaghighala, Somto Ihezue, Oluwatomiwa Ajeigbe, Ephraim Orji, las primeras personas que leyeron este libro y que no estaban obligadas por contrato a ser amables, y lo fueron de todas formas.

Los orishas

Los orishas son dioses yoruba. La tradición yoruba afirma que existen 400 + 1 orishas, una cantidad que se asocia a un número sagrado. 400 + 1 es el equivalente yoruba a la expresión inglesa «mil más uno», que viene a significar innumerables. Hay quien dice que existen tantos orishas como granos de arena en la playa.

En la cultura yoruba, como en el catolicismo, es posible que los mortales sean deificados o canonizados. Un ejemplo perfecto de esto es Shangó, el dios del trueno, el fuego y los rayos, que había sido el cuarto gobernante de Oyo, y era tan poderoso que se convirtió en un dios tras su muerte y posterior abandono del plano físico. De hecho, el candomblé y la santería se desarrollaron de esta manera, con la sincretización de las creencias yoruba con elementos del catolicismo romano llevada a cabo por los esclavos, que se veían obligados a practicar su religión en una situación de opresión.

Aunque he utilizado estas deidades, que existen en el mundo real, no siempre las he representado con fidelidad. En realidad, como veréis, me he tomado grandes libertades artísticas en su representación para que se adaptaran mejor a la historia. También he introducido orishas originales de mi creación, y les he asignado los poderes y características que la narración requería. Es importante señalar que la adoración a los orishas sigue siendo muy practicada en Nigeria

en la actualidad, así como en Brasil, Cuba y otros países de Latinoamérica (trasladada allí por los esclavos) y por tanto no se ha convertido por completo en una mitología, como sería el caso de los dioses griegos o nórdicos. Tengo la esperanza de que estos libros animen a los lectores a buscar textos y fuentes veraces que representen a los orishas sin el artificio de las licencias artísticas.

Por ese motivo, ofrezco aquí una breve descripción de los orishas que aparecen en mis libros, incluidos los que he creado yo mismo.

Dioses auténticos

Olodumare: Ser Supremo. Olodumare es el Señor de todo. El Ser Supremo, el Creador del mundo. Todos los orishas son hijos suyos, cada uno representa un aspecto de él, y se encarga de una porción de la creación. Aunque me refiero a él en masculino, en realidad Olodumare es una deidad sin género. Ni masculino ni femenino. Tiene sentido, pues todos los dioses que son o bien masculinos o bien femeninos nacen de Olodumare, y representan diferentes aspectos de su existencia. También me gustaría señalar que no hay pronombres de género en el lenguaje yoruba, por eso cuando se habla de Olodumare se hace sin indicar si es masculino o femenino. No obstante, para los propósitos de esta historia, elegí asignarle género masculino a Olodumare, y lo llamé Padre Supremo.

Shangó: dios del trueno, el fuego y el relámpago. Shangó es, probablemente, el más popular de los orishas; es el señor de los relámpagos, los truenos, el fuego, los tambores y el baile. Es un guerrero orisha de mente aguda y temperamento explosivo, y representa el epítome de la virilidad. Tiene un temperamento tremendamente impulsivo, es terco y adora todos los placeres mundanos: el baile, los tambores, las mujeres, las canciones y la comida. Se dice que si ves la rapidez con la que un rayo destruye un árbol, o la velocidad a la que el fuego consume un vasto terreno, has presenciado el temperamento de Shangó en acción. Sus colores son el rojo y el blanco y se identifica a sí mismo con los números cuatro y seis. Se le suele representar con un hacha de doble filo.

Ogun: dios de la guerra y la metalurgia. Ogun es un orisha poderoso vinculado a la metalurgia. También es un gran guerrero. Es el patrono de los cazadores, los herreros y los guerreros, y de todos los que utilizan metales en sus profesiones. También es el orisha del ron y de la fabricación de este licor. Los yoruba creen que Ogun es atroz y terrorífico cuando se venga y que cualquiera que rompa un acuerdo hecho en su nombre sufrirá pronto las consecuencias. Al igual que a los testigos se les pide que juren sobre la Biblia en los tribunales occidentales, en algunas zonas de Nigeria los seguidores de Ogun eligen a día de hoy jurar sobre una cimitarra cuando tienen que testificar en los tribunales. En estos libros lo he convertido en el hermano de Shangó.

Yemoja: orisha de los mares y la fertilidad. Yemoja es la orisha de los mares y los lagos en los que habita. Se viste con siete faldas azules y

blancas y, como los mares y los lagos, es profunda y enigmática. Yemoja también es la orisha de la fertilidad y la maternidad, pues es la Madre de todos. Su nombre es una versión abreviada de Yeyé Omo Eja, y significa «Madre cuyos hijos son los peces», para dejar patente la realidad de que sus hijos son tan incontables como los peces en el mar. Por ese motivo, en mis libros la he convertido no solo en la madre de todos los orishas, si no en la madre de todos los seres vivos.

Oyá: Oyá es la dueña de los vientos, el vendaval que arranca de cuajo incluso montañas. Había sido la mujer de Shangó y, al igual que su marido, es una gran guerrera que cabalga para unirse a la guerra, y comparte los relámpagos y el fuego con él.

Eshu: Eshu Elegba (también llamado Eleggua o Elegguá) es el dueño de todos los caminos y de todas las puertas. Es el depositario del ashé, la energía divina que dota de vida a todas las cosas. Los colores rojo y negro, o blanco y negro, son los suyos, y ejemplifican su naturaleza contradictoria. En concreto, Elegba aparece en los cruces entre lo humano y lo divino, y es el mensajero entre ambos planos. Nada puede hacerse en ninguno de los dos mundos sin su aprobación. A Elegba siempre se le aplaca y siempre se le llama el primero, antes que a cualquier otro orisha, pues él abre la puerta entre los mundos, y nos abre nuestros caminos en la vida. Por este motivo, al comienzo de *Después de la caída*, Ashâke intenta invocarlo para que transmita su mensaje a los orishas. Eshu representa el caos y la incertidumbre, y con frecuencia se le puede ver sembrando el caos para su mero disfrute. Esto condujo a los primeros misioneros cristianos a confundirlo con el demonio, e incluso a día de hoy se considera que la palabra «Eshu» en el idioma yoruba equivale a «Satán». Pero es importante destacar que en realidad no es el demonio. He mejorado la apariencia de Eshu en mis libros, y le he asignado rasgos que no posee en el mundo real: tiene dos caras, una de ellas con los ojos destrozados y los labios cosidos por hilos de cobre.

Shopona: dios de la viruela. Shopona es el dios de la viruela, pero en estos libros lo he convertido en el dios de todas las enfermedades y dolencias. Los sacerdotes de Shopona descubrieron pronto que las costras que se les caían a los enfermos seguían transmitiendo la enfermedad, y las utilizaban para contagiar a quienes les habían agraviado. Este dios y sus sacerdotes eran tan temidos que nunca se pronunciaba su nombre en una conversación, utilizándose en su lugar

alguno de sus múltiples seudónimos.

Dioses creados para esta historia

Arewa: dios de la belleza, el vino y el libertinaje. Los yoruba no tienen un dios de la belleza, así que cree uno. «Ewa» significa belleza en yoruba, y «arewa» significa atractivo. Se podría asemejar al dios griego Narciso, vanidoso y egocéntrico. En la historia sirve como muy necesario contrapunto a la seriedad de Yemoja.

Afonja: señor de los trolls, los hombres de piedra y otros habitantes del bosque profundo. Los yoruba creen que el bosque profundo es un lugar poblado por todo tipo de seres sobrenaturales, así que cree a Afonja para reflejar este concepto.

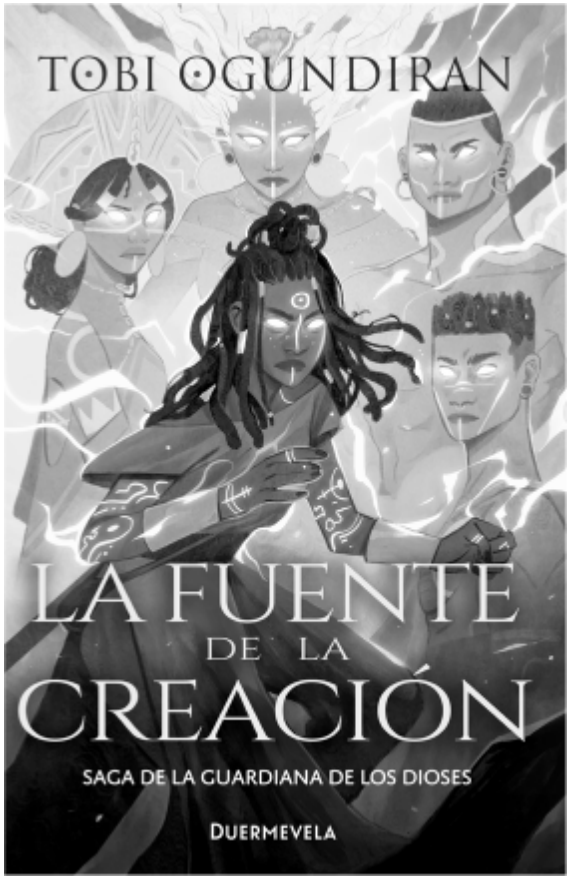
Korika: Korika es la diosa de los árboles y de todo aquello que tiene raíces. Es la diosa de los herbaristas y curanderos. Los árboles son una de las cosas más antiguas que existen en este mundo, y ella los controla.

Los griots

Un griot es un historiador, un cuentacuentos, un poeta, un músico o un bardo de África occidental. La historia de África occidental, antes de ser interrumpida por los colonizadores, era sobre todo oral, y se educaba a los griots para que recordasen sucesos muy antiguos. Estos utilizaban multitud de trucos mnemotécnicos que les ayudaban a recordar historias tan vastas, por ejemplo la repetición, siendo el más importante el uso de canciones.
Historicamente los griots eran un grupo endogámico, se casaban entre ellos y transmitían la tradición de la narrativa oral a las siguientes generaciones. Todos los reyes tenían griots, que actuaban como cronistas y bardos, y todos los griots tenían reyes. Era una relación simbiótica. Casi todos los pueblos tenían también sus griots, capaces de relatar todo tipo de datos, incluyendo los nacimientos, las muertes, los matrimonios etc. A causa del respeto y la reverencia con que se trataba a los griots, cuando había una guerra no se les solía atacar, lo que los convertía en útiles mediadores en tiempos de guerra. También había griots en las bodas, en las que cantaban las alabanzas del novio

y de la novia acompañados de sus instrumentos.
Partiendo de los griots de la vida real, les he añadido un elemento más fantástico en estos libros. Sí, cuentan historias y recuerdan acontecimientos históricos, pero lo hacen de tal forma que son capaces de transportar literalmente a quien los escucha al centro del acontecimiento. La relación estrecha de las familias de los griots se mantiene, pero en estos libros los griots se diferencian de sus homólogos en el mundo real en algunos aspectos fundamentales: cualquiera puede unirse a los griots. Dan la bienvenida a los forasteros y a los marginados. Como no pertenecen a ningún reino ni a ningún rey, si no que son un clan itinerante de nómadas que ofrece sus servicios a la gente, aceptan a cualquiera que desee unirse a ellos. Por tanto, ser un «griot» es una identidad que se puede lograr, igual que se puede uno naturalizar para convertirse en ciudadano de otro país. Pero dentro de los clanes de griots hay Cantantes, aquellos que han sido bendecidos con el don de Cantar, y que al narrar la historia transportan a su público a una escenificación de los acontecimientos. Los forasteros, por supuesto, carecen de ese don, y por tanto no pueden Cantar, pero eso no los convierte en menos griots.

La historia finaliza en:



La fuente de la creación

Traducción de Rebeca Cardeñoso

El destino de los orishas y de Ashâke se decidirá en el volumen final de la bilogía de la guardiana de los dioses

A la venta en 2025

www.duermevelaediciones.es

Table of Contents

Título
Créditos
Uno
Dos
Interludio I: Yaruddin
    Tres
    Cuatro
Interludio II: Ba Fatai
    Cinco
    Seis
    Siete
    Ocho
Interludio III: Hace cuatrocientas estaciones
    Nueve
    Diez
    Once
Epílogo
Agradecimientos
Nota del autor para esta edición